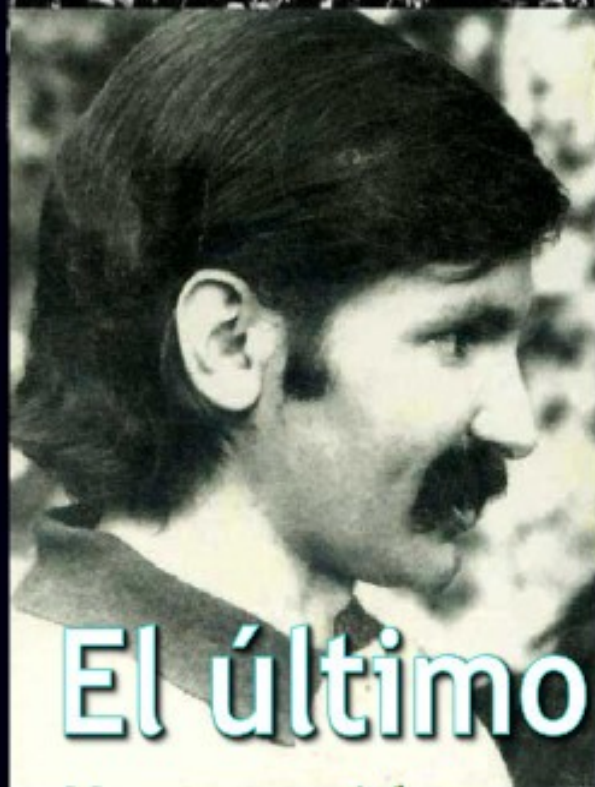


Sebastián Giménez



El último tren

Un recorrido por
la vida militante de
José Luis Nell (1940-1974)

Novela biográfica

Ediciones Margen

El último tren

Un recorrido por la vida militante de José Luis Nell

Autor: **Sebastián Giménez**

Profesor de enseñanza primaria y Licenciado en Trabajo Social.

Publicó artículos sobre Trabajo Social y otros temas sociales en revistas digitales y de papel: revista Margen de Trabajo Social y Ciencias Sociales; revista Regional de Trabajo Social de Uruguay y revista Debate público, reflexión de trabajo social de la Universidad de Buenos Aires.

Publicó artículos en la página web del Consejo Profesional de Trabajo Social de la ciudad de Buenos Aires y participó del libro “20 AÑOS DEL CONSEJO EN 200 AÑOS / 200 AÑOS EN 10 ARTICULOS” editado por la misma entidad.

Es su primera novela.

Primera edición: Ediciones digitales Margen, formato e-book, año 2014

Este libro se edita bajo Licencia CC (Creative Commons)

Las licencias Creative Commons se basan en combinar distintas propiedades. Estas propiedades son:

Attribution (by): Obliga a citar las fuentes de esos contenidos. El autor debe figurar en los créditos.

Noncommercial o NonCommercial (nc): Obliga a que el uso de los contenidos no pueda tener bonificación económica alguna para quien haga uso de contenidos bajo esa licencia.

No Derivative Works o NoDerivs (nd): Obliga a que esa obra sea distribuida inalterada, sin cambios.

ShareAlike (sa): Obliga a que todas las obras derivadas se distribuyan siempre bajo la misma licencia del trabajo original.

La licencia CC permite libremente: copiar, distribuir, exhibir, hacer obras derivadas y ejecutar la obra
Bajo las siguientes condiciones:

Se debe atribuir la obra en la forma especificada por el autor o el licenciante.

No puede usarse esta obra con fines comerciales.

* Ante cualquier reutilización o distribución, usted debe dejar claro a los otros los términos de la licencia de esta obra.

* Cualquiera de estas condiciones puede dispensarse si usted obtiene permiso del titular de los derechos de autor.

*** Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.**

A mi amor, Mariana.

A nuestros hermosos hijos, Santiago y Guadalupe.

Palabras preliminares

Escribí este libro sin un plan premeditado. José Luis Nell fue una persona que me atrajo y siempre me pareció que su vida tuvo ribetes de novela, de relato épico. Su gran compromiso militante es el reflejo de toda una generación que se propuso cambiar la Argentina y convertirla en un país justo, solidario, socialista.

Nacido en 1979, no fui ni siquiera testigo lejano de los hechos que protagonizó aquella generación.

Me ha servido de insumo lo que he leído para escribir. Imposible ignorar los aportes de libros como *Tacuara, historia de la primera guerrilla urbana*, de Daniel Gutman, muy útil para reconstruir los primeros pasos en la militancia de José Luis Nell.

Fundamental e imprescindible fue *Los Malditos Caminos*, el gran documental de Luis Barone y que me sirvió de gran ayuda para luego reconstruir libremente algunos pasajes de la vida del protagonista.

El libro *La Voluntad*, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, también aportó valiosa información de contexto y puntual de su persona. Valiosos datos extraje del libro *La Cullen, una historia de militancia*, de varios autores. Fue invaluable el aporte del testimonio de Jorge Rulli, quien me concedió una entrevista y mucha información sobre el biografiado.

Este libro es una biografía novelada y como tal es un relato ficcional, no se preocupa por la exactitud objetiva de una investigación. Uno se provee de muchas fuentes como las que cité, pero para escribir un relato libre como este, hay que apartar por un momento esos materiales muy útiles y lanzarse a la aventura de narrar, de imaginar, de armar algo nuevo, crear una nueva realidad. Soy adherente de

aquella máxima de Nietzsche de que *no hay hechos, sino interpretaciones*. Este texto es una interpretación.

Por supuesto, se intenta que la ficción adquiriera verosimilitud, porque los personajes que la encarnan fueron reales, como muchos de los hechos que se nombran.

He intentado por todos los medios hacer un relato respetuoso de las características de los protagonistas. El objetivo no es juzgar, ni siquiera comprender las contradicciones inherentes a la misma persona humana y a los tiempos convulsionados que forman parte de la historia reciente de nuestro querido país. Es intentar recrear lo que pasó en ese momento, lo que pensaron, lo que soñaron, lo que se jugaron jóvenes argentinos que no tuvieron otro ideal que el socialismo nacional y la realización colectiva del país, buscando la liberación de los poderes de turno.

Lucía Cullen y José Luis Nell pudieron haber tenido hijos y constituir la familia tipo burguesa. Lejos de eso, sacrificaron su vida personal buscando la realización común. Además de su gran inteligencia, tuvieron la valentía de dejar todo por una causa. Esos valores conmueven aún hoy, cuando desde los medios de comunicación muchas veces se proyecta individualismo, superficialidad, vacío.

Este libro se ocupa de una persona recordada por muchos pero escrita por pocos. Ojalá que esta vida militante no se la trague el olvido, porque representa también uno de los exponentes más nobles de una generación injustamente esquilmada por el terrorismo de Estado. Este libro es un aporte para eso.



José Nell deambula por la sala de espera del hospital como un león enjaulado. Hace ya más de una hora que se han llevado a su mujer.

Camina en círculos, siente la transpiración surcándole fría como un río la espalda. Sus ojos se fijan en la puerta que se cerró cuando su mujer desapareció rumbo a la sala de partos. La puerta se abre, dos médicos jóvenes salen. Él los mira ansioso de novedades pero no pregunta nada. Es un volcán a punto de entrar en erupción pero su aspecto general traduce una mal disimulada tranquilidad que se esfuerza por mantener a todo trance. Los facultativos siguen su camino hacia otras salas del hospital sin reparar siquiera en esa alma inquieta.

Cansado de caminar en círculos, se sienta en un banco vacío y metálico. Su mirada sigue fija en la puerta e intenta imaginar qué estará ocurriendo detrás de ella, por donde se la acaban de llevar a Nené. Nadie se ocupa de decirle nada a ese hombre que es un manojo de nervios y que no resiste sentado más que unos breves minutos antes de volver a caminar en círculos. Sus ojos vidriosos no se quedan quietos y revolotean por distintos lugares para terminar siempre en la puerta, donde está su vida en ese momento. Nada importa más que esa puerta.

Transcurre un breve tiempo más y la puerta se abre. Un médico sale y José Nell recuerda que es quien se llevó a su mujer.

-Tranquilo, hombre. Todo salió bien. - dice el médico. Es joven, de tez trigueña. Palmea en el hombro al padre primerizo, que tiembla como un barrilete.

-Es un varón. Lo felicito - completa el médico aunque nadie le haya preguntado.

-¿Un varón? Qué bien - asiente José Nell y su rostro esboza una sonrisa.

Enseguida, atraviesa la puerta detrás del médico, que lo guía como un hotelero al turista en un país extraño. Se siente caminar en el aire como si hubiera tomado unas copas de más.

Entonces ve a la partera con el bebé, limpiándolo y moviéndolo con la misma prestancia que si fuera un muñeco de trapo. El bebé llora pero la mujer actúa como si no lo notara o como si supiera que no puede hacer algo para impedirlo. Lo envuelve entonces en una manta blanca. Y mira fijamente al padre, que los contempla hipnotizado.

-Tome. Aquí tiene su hijo – dice con voz ronca, y le alcanza al bebé.

José Nell lo toma temblando, con los brazos rígidos, siente que se le va a caer al piso, que estrellará esa pequeña cabecita que recién vino al mundo en las baldosas duras del hospital. Lo agarra entonces fuertemente poniendo sus manos justo debajo de los brazos de él. Mientras el bebé llora, él no sabe si reír o llorar, tan estúpido se siente que no es capaz de una cosa ni de la otra. Camina torpemente hacia la cama donde está su mujer.

-Es un varón, mi amor. Un varón. Será José Luis -dice ella en un susurro.

Él asiente y se sorprende de ver qué pocas energías quedaron en el semblante de esa mujer que tanto ama. Se dice que parece una sobreviviente de la guerra. Ojerosa, transpirada y sin embargo nunca había visto una mirada tan feliz en ella, y esa revelación termina de enmudecerlo. Le alcanza presuroso al bebé, que ni se cayó al piso ni paró de llorar un solo instante en los brazos del padre. El pequeño retuerce sus brazos y piernas buscando explorar el nuevo mundo que lo circunda. Sin embargo, por un raro artilugio al sentir los brazos de su madre se tranquiliza y se acomoda en su pecho como en un mullido sillón. Ahora no llora, y los dos padres se sonríen.

Corre el año 1940, y en el país aún no existe el peronismo.



En el barrio de Flores transcurren los primeros años de la infancia de José Luis Nell. La casa tiene el comedor y la cocina en su parte inferior, y arriba las dos habitaciones para el matrimonio y el único hijo. Es una familia de clase media como la mayoría de las que viven por allí.

José Nell, el padre, abandona la casa cada mañana hacia su trabajo y no vuelve hasta bien entrada la tarde. Su mujer lo espera con la mesa servida. Nené carga con las tareas del hogar y la crianza del niño travieso que poco habla y mucho se mueve. El pequeño muestra gran agilidad para subir y bajar las escaleras que separan el comedor de la casa de las habitaciones y lo repite como un juego que preocupa a Nené.

-Vas a romperte la crisma – sentencia ella, mientras el niño prosigue en su actividad, a veces subido a la baranda.

Su madre lo saca a pasear habitualmente durante sus primeros años para que agote su energía. Y el niño se enseñorea de las plazas, corretea y se revuelca por el pasto. Juega con otros niños, a los que lidera pese a ser el más pequeño por la osadía y el coraje con que cuenta, no trepidando jamás ante los peligros. Trepa a los árboles como si fueran las escaleras de la casa, con la misma facilidad y sin medir el riesgo. Nené le grita:

-Bajá de ahí, hijo. Si no volvemos a casa.

Y entonces José Luis obedece, porque más de una vez la madre cumplió con la amenaza.

Es habitual que los días domingo la familia concurra a misa en la parroquia de San José de Flores. Entonces el pequeño José Luis se sienta en el banco circunspecto y muestra cierta solemnidad impropia de observar en otros niños. Aparece reconcentrado, plegado sobre sí mismo. Fija sus ojos en el emisario de Dios, en las estatuas de los

santos, en el crucificado al que toca las llagas de mármol como lo hace su madre cada domingo.

Cuando termina la escuela primaria, los padres lo inscriben en el liceo militar General San Martín para que obtenga el título de bachiller.

Allí conoce a un compañero de promoción con quien entabla una amistad destinada a perdurar: Cacho Envar el Kadri. Valora y acompaña su franqueza y sus rebeldías ante la marcialidad que se exige a los cadetes. Cacho es peronista por impronta familiar y convicción propia, José Luis todavía no lo es pero quizás por su amistad no alcanza a odiar al peronismo como es común en otros compañeros de cursada.

En el liceo militar José Luis Nell recibe una formación que le sería útil el resto de su vida. Aprende el manejo de armas y realiza guardias junto con los otros cadetes jóvenes cerca del predio del colegio. Chicos de quince, dieciséis años, ocupan los puestos de control empuñando ametralladoras y otras armas de grueso calibre.

Políticamente, adhiere a una visión nacionalista y se integra al MNT (Movimiento Nacionalista Tacuara).



Corre el año 1957. En las puertas del Instituto Histórico, sobre la avenida Córdoba, las consignas preanuncian la guerra:

-¡San Martín / Rosas / Perón! – grita un grupo de jóvenes, ninguno mayor de veinte años, germen de la primera juventud peronista de la resistencia.

A unos escasos metros, otro grupo de jóvenes miembros la mayoría del MNT (Movimiento Nacionalista Tacuara), grita:

-¡San Martín / Rosas / Lonardi!

Un solo nombre los diferencia, pero son el agua y el aceite. Las consignas se siguen repitiendo como desafío y preámbulo de la batalla.

-¡San Martín / Rosas / Lonardi! –insisten unos.

-¡San Martín / Rosas / Perón!- repiten los otros acentuando el último nombre, el de la diferencia, el que los lleva a una pelea casi inevitable.

A medida que se repiten las consignas, ambos grupos se aproximan primero levemente, hasta que la primera lluvia de piedras hace que el enfrentamiento sea incontenible. Las consignas ya no se escuchan, sólo se ven las patadas, los golpes de puño, los insultos y gritos y los dos grupos colisionando, separándose y volviendo a chocar. Las corridas se generalizan y los vecinos no tardan en dar aviso a la policía, que irrumpe en la escena repartiendo bastonazos a diestra y siniestra sin distinción de ideología alguna. A los pocos minutos, la gresca se dispersa, los jóvenes desaparecen tragados por la ciudad que les sirve de camuflaje. Unos pocos son detenidos.

Un solo nombre, razón de todas las batallas, explica todo: Perón.



El MNT (Movimiento Nacionalista Tacuara) se constituye oficialmente hacia 1957. Su embrión fue la UNES (Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios). Sus integrantes provienen de familias de clase media y alta de los barrios de Flores, Recoleta y Palermo. La mayoría son estudiantes secundarios alumnos de liceos militares y colegios católicos.

La agrupación adhiere a una visión revisionista de la historia. Reivindican a Juan Manuel de Rosas, leen los libros de autores conservadores como Ibarguren e Irazusta. Pregonan un cerrado catolicismo y en la confrontación durante el gobierno frondicista entre educación laica y libre, defienden a rajatabla la enseñanza católica en

las escuelas y universidades. Rescatan a la Falange española y algunos aspectos del fascismo adhiriendo también al antisemitismo.

Respecto de Perón, no le perdonan el enfrentamiento con la iglesia en la última etapa de su gobierno.

No desdeñan la violencia. Forman grupos de choque y participan habitualmente en peleas callejeras. Los compañeros se tratan de camaradas. Sus principales líderes son Alberto Ezcurra Uriburu, Joe Baxter, Oscar Denovi y Eduardo Rosa.

Es un grupo, sin embargo, que dista mucho de ser homogéneo ideológicamente. En el contexto de la llamada Revolución Libertadora que derrocó al peronismo, la Tacuara es el paraguas, el marco desde donde muchos jóvenes comienzan a mostrar su disconformismo con lo que les toca vivir: todos son católicos y antiimperialistas, pero algunos son férreamente antiperonistas y otros manifiestan cierta simpatía por el peronismo depuesto.

Esta diversidad interna del grupo implosiona en 1962, en el contexto de la anulación del triunfo del peronista Andrés Framini en la provincia de Buenos Aires por parte del gobierno de Frondizi. Es cuando se produce la escisión que da origen al MNRT (Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara), que se siente incómodo ya con el abuso de teorías fascistas y antisemitas y que considera al peronismo como vehículo para la revolución nacional.

Componen esta agrupación muchos jóvenes, entre los que se encuentran Joe Baxter; José Luis Nell; Jorge Caffatti; Carlos Arbelos; Alfredo Roca; Tommy Rivaric; Jorge Cataldo, Rubén Rodríguez y Horacio Rossi, entre otros.

El 29 de agosto de 1963 ejecutan el operativo más emblemático de su historia y considerado el primer golpe de la guerrilla urbana en Argentina: el asalto al Policlínico Bancario.



El primer paso es conseguir una ambulancia. No hay otra forma de entrar en el Policlínico sin despertar sospechas. José Luis Nell toma el teléfono y disca el número.

-Hola- saluda una voz femenina.

-Hola. Necesito una ambulancia en alquiler. Tengo que trasladar a mi padre muy enfermo a Santiago del Estero.

-¿Qué enfermedad padece su padre?

-Cáncer. Está delicado, casi no puede moverse.

-Entiendo. ¿Para cuándo la necesita?

-Para mañana, si es posible. A las nueve.

-Espere un momento, por favor.

Rivaric y Rossi miran a Nell queriendo saber cómo marcha todo. Éste, confiado y manipulando el tubo como si fuera un juguete, sonríe y levanta el dedo pulgar.

-Sí, tenemos una disponible para mañana. Páseme la dirección donde está el paciente y el destino.

-Cómo no, señorita. Anote. Por favor que sea puntual.

-Sí, no se preocupe.



José Luis Nell salta de la cama apenas el sol tibio del amanecer comienza a asomarse entre las nubes rojizas. Se despereza y oye el crujir de sus huesos, efecto de la tensión previa al operativo. Tranquilo, que aquí todavía no ha pasado nada, se dice. La noche pasó como un rayo. Los nervios, la adrenalina. La entrada al ruedo en serio de la Tacuara revolucionaria, que se juega mucho como esos

jóvenes que ultiman los detalles del plan que cambiaría sus vidas para siempre.

José Luis Nell siente el estómago revuelto, carcomido por el ansia.

-Comé algo, Enano. Tendremos un día movidito- le dice Rossi.

Al mismo tiempo le alcanza un té caliente y unas tostadas con manteca. Imposible negarse. Rivaric no dice nada, está ensimismado repasando los papeles sueltos sobre la mesa con datos de la operación.

Hay que dar un repaso a los preparativos. Las armas, los horarios, los compañeros que esperan en el Policlínico, los guardapolvos, todo. No está permitido, por lo menos hoy, fallar. Todo coordinado, en una ingeniería que hace prever hasta el último detalle.

Suena el portero eléctrico. Es la señal esperada, el momento de entrar en acción.

-Partimos –anuncia Rivaric y deja escapar una sonrisa nerviosa.

Nadie responde porque ni falta hace. José Luis Nell oculta la PAM debajo del sobretodo y siente los dedos sacudirse en un leve movimiento incontrolado. Rossi le palmea la espalda al pasar junto a él y susurra:

-Vamos, Enano.



Pasaron treinta minutos de la hora pactada y Cacho Envar El Kadri no da señales de vida. José Luis Nell se dice que ya vendrá, que no es de los que dejan de hacer lo que deben. Sus ojos escrutan, sin embargo, el reloj con nerviosismo.

Entonces, se escuchan los pasos torpes y apurados de Cacho que casi se llevan la puerta por delante. La sacude con sus manos grandes varias veces. Lucía Cullen concurre presurosa a abrir.

José Luis Nell sonríe al escucharlo, sabía que no iba a fallarle justo ahora. Era lo único que faltaba. Sos de hierro, Cacho, se repite.

-¿Qué te pasó?

-Nada. Me quedé dormido.

¿Qué te vas a quedar dormido?, piensa José Luis Nell pero tiene la deferencia de no decírselo. Sabe que Cacho siempre se demora cuando debe hacer algo que no quiere. Y esa es la cuestión ahora. Sin embargo, no es de los cobardes que dejan las cosas para mañana.

- ¿Todo bien? – pregunta Cacho.

-Fenómeno. – responde Nell, dejando escapar en su voz un dejo de ironía.

-Entonces vamos.

A Nell lo sorprende gratamente su decisión, no se anda con rodeos. Ninguna observación trivial acerca del tiempo. Ningún qué calor hace, cuánta humedad. Nada. Directo al grano. Por eso eligió a Cacho para esta tarea. Nunca falla. Un tipo directo y decidido como él no había otro para elegir.

Lucía se arrima hacia su esposo y le da un beso cálido. Su boca se abre generosa sin cohibirse siquiera ante la presencia de un testigo. Lo abraza fuertemente y José Luis Nell intenta responder al gesto moviendo apenas perceptiblemente su brazo derecho. A él se le llenan los ojos de lágrimas al comprobar que tan sólo eso puede hacer, un movimiento tenue de sus músculos destrozados por la desgracia y que lo dejaron confinado en esa silla de ruedas. Lucía desvía la mirada y deja escapar ahora unas lágrimas pero no se deja ver, como siempre desde que él quedó así.

José Luis Nell sabe que está llorando aunque no pueda buscarle la mirada y ruega que no diga nada, que simplemente lo deje ir porque es lo mejor para todos.

Lucía se recupera y se vuelve a acercar a él. Cuando José Luis Nell le besa la panza, ella hace un esfuerzo descomunal para no dejar escapar una catarata de lágrimas que le brotan de lo profundo del alma. También lucha para mantenerse en silencio y no pedirle, gritarle que se quede, que todo puede volver a empezar pese a todo. Su cara dibuja una sonrisa cuando él intenta acariciarle la panza con su brazo derecho.

Es de roble, se dice José Luis Nell. Fiel hasta el último instante. Tragando su dolor, su impotencia. Por amor, sólo por amor se puede explicar.

-Chau. Hacé lo que quieras, sólo lo que quieras mi amor.- dice Lucía con la voz entera todavía.

Él inclina la cabeza buscando su mirada y asiente. Ella lo acaricia con esos ojos únicos.

Cacho se acerca y la saluda. Ella le susurra algo que José Luis Nell no alcanza a oír. Busca seguramente darle ánimo, quizás agradecerle por haber estado con José Luis hasta el final. ¿Qué puede importar, hoy que las palabras sobran?



El trayecto se hace largo sin pronunciar palabra. ¿De qué pueden servir hoy ya las palabras?

Se lo nota nervioso a Cacho. No lo demuestra pero yo lo sé. Lo intuyo. Qué se yo. El camino es accidentado con este carromato que llevo a cuestas. Siento culpa cuando el negro tiene que hacer fuerza para saltar los baches de una vereda rota. No maneja la silla con la misma habilidad que Lucía. Es un tipazo. Le di el peor encargo que se le puede dar a un amigo. Y lo está haciendo contra su voluntad, obedeciendo sólo la mía. No me dice una palabra en el trayecto porque

las sabe inútiles. Por eso no dice nada, absolutamente nada. Mejor así. Es lo que le pedí. Ya bastante lloré. No quiero seguir llorando. ¿Para qué? ¿Por qué llorar?

Estamos cerca. Qué lugar lúgubre, abandonado. Acá no llegó el progreso por lo visto. La gran paradoja que muestra un lugar tan abandonado en plena ciudad. Siempre la desigualdad. Casas lujosas por un lado y baldíos sucios y solos, todo en la misma Buenos Aires.

-Llegamos amigo. Estás acá como me lo pediste.

-Gracias viejo. Sos de fierro.

Me abraza con afecto pero evitando mostrar la emoción que siente.

-Me voy. Te dejo tranquilo. Cualquier cosa ya sabés donde encontrarme.

Asiento inclinando la cabeza. Se da vuelta y desaparece rápidamente, como tragado por la tierra. No se vuelve en ningún momento, no. No quiere hacer esas escenas propias de los dramas vulgares de hoy, de esas películas que se hacen sólo para hacer llorar a las mentes sensibles y mediocres.

Es un fenómeno. Me trajo aquí con un aguante bárbaro. Me despidió sin llorar, como se lo pedí. El último instante de mi vida quiero que sea así. Yo quiero decidir el momento, el lugar, la forma de morirme. Este paraje junto a las vías es ideal. No hay nada cerca ni nadie que me rompa las pelotas. Todo está hablado. Todo está decidido. Parece mentira. Mis sueños se hicieron pedazos. No puedo moverme. Paralizado. Muerto. No creo haberlo merecido, pero por algo me pasó. No sé. ¿Qué salió mal para que todo terminara así? ¿En qué me equivoqué? ¿Qué fue realmente lo que pasó? Tenía el mundo por delante. Habíamos tomado el cielo por asalto. Y todo se fue a la mierda de un momento a otro, sin alertarnos siquiera.

Miro las vías. Será arduo convencerse de que aquí termina todo. No soy tan conformista como para creerlo. Aunque es así. No sé por qué

me invade esta sensación justo ahora que voy a acabar con este calvario. Esta es una decisión tomada. Hablada con todos. Con Lucía. Con Cacho. Lloramos mucho. Me entendieron. No puedo seguir así, esto se terminó. No puedo tolerar no moverme. Yo que siempre fui de acá para allá, no puedo ser esta resaca con dos ruedas a cuestas. Me imaginé otro final. No feliz. No soy tan imbécil como para creer que la felicidad es algo fácil.

Todo se derrumbó como un castillo de naipes. ¿Dónde terminaron nuestros sueños de redención, de liberación? Todo se fue al carajo. Nuestros sueños quedaron postrados como yo. No me puedo mover, no puedo hacerlo ni lo haré nunca más. Hijos de puta los que me dispararon. Ni siquiera les reprocho haberlo hecho. Podían haber apuntado mejor, sólo eso. La puta suerte. Me dieron en el peor lugar. Dos centímetros más acá o más allá que pegara la bala era la muerte instantánea, mucho mejor que esto. La puta suerte me condenó a esto.

¡Qué grande Cacho que me trajo! ¡Qué temple! ¡Qué compañero! Hay que tener huevos para traer a un tipo al lugar de su muerte. Y lo hizo sin chistar. No me dijo nada. Sólo me abrazó, pero cortésmente. Sin atisbos de dramatismo. Así debe ser.

Ojalá puedas cuidar a Lucía como te pedí, hermano. La vista se nubla de pronto, otra vez las lágrimas. No las quiero. No quiero morir triste y lamentándome.



Bajando por la escalera, los jóvenes tacuaras hacen bastante estrépito. El silencio sepulcral de la media mañana en el edificio no los ayuda a pasar desapercibidos. Sin embargo, ningún vecino se alerta. Rivaric oculta la inyección en el bolsillo de la campera.

A unos veinte metros de la entrada del edificio, ven estacionada la ambulancia. El chofer está parado junto a la puerta del vehículo completando unos papeles. Levanta la vista cuando oye a los jóvenes aproximarse.

-Hola. ¿Dónde está el paciente? ¿Necesitan una silla de ruedas?

Por toda contestación José Luis Nell le exhibe la metralleta, corriendo apenas el sobretodo. Le indica luego que ingrese a la parte trasera del vehículo. El hombre se sorprende, pero no alcanza a gritar porque su lengua se entumece como en una pesadilla. Sin perder tiempo, Rivaric le aplica la inyección.

Rossi ingresa entonces luciendo un guardapolvo impecable a tomar el volante de la ambulancia. Prende el vehículo y deja calentar el motor presionando levemente el acelerador. José Luis Nell y Rivaric se colocan en la parte trasera custodiando al chofer, que enseguida se duerme bajo los efectos de la medicación. Lo cubren con una sábana. De su bolso, saca Nell dos delantales, alcanzándole uno a Rivaric. Este se ríe al ponérselo.

-¡Qué bien me queda!

-Y sí, serías un buen médico, flaco. Ni te tembló el pulso para aplicar una inyección, tenés madera para eso. – certifica Nell sonriéndose.

Ya cuentan con el vehículo y una llave de entrada al Policlínico.

La ambulancia que traslada al supuesto enfermo hace su trayecto sin contratiempos. El tiempo parece detenerse. La tensión flota en el aire, en ese espacio enjaulado entre gasas, algodones, camillas y el aire con gusto a medicina, a hospital. Y la mirada de esos hombres quiere relajarse pero vigila, atenta a lo que pueda pasar adentro y, sobre todo, en la inmensidad del afuera.

José Luis Nell apoya la metralleta al costado de la camilla. Está ahí como un mueble, como una silla, camuflándose y convirtiéndose en un objeto más de la ambulancia. Su mente divaga casi relajada, y por

un momento juega a creer que es un médico que atiende a ese paciente al que cubre la sábana. Pero un grito lo devuelve pronto a la realidad, el de Rossi al divisar al camión de caudales. Activa la sirena y acelera a contramano por Gaona.

-Agarrá la PAM, Enano – grita Rivaric.

-¡Vamos Tacuara, carajo! – se repiten todos.



No voy a poder ver a mi patria linda como la quería. Si alguien hará o no la revolución es algo que poco me atañe. Yo di mi vida por ella. Me gané un tiro en la cabeza por ella que no me mató. Peor, me mató en vida. Ya no puedo más con esto.

Quizás creímos en algún momento que las cosas iban a ser más fáciles. O que se apoyaban en la inexorabilidad del destino, del socialismo que se venía e iba a ser imposible de frenar. Sabíamos de las dificultades con las que podíamos encontrarnos, pero queríamos morir como héroes si no se podía derribar este sistema de mierda. Este capitalismo cruel. Tuvimos muchos errores pero lo intentamos. Y lo seguirán intentando otros. Yo me retiro. Estoy terminado, poco puedo aportar. Nunca fui un intelectual sino un hombre de acción. Sin piernas me muero. No sirvo. No quiero ser una carga. Hay mucha gente con las mismas penurias mías o mucho peores que sobrevive por muchos años. Fatigan a la familia. Cansan a todos. Mueren odiados por todos. Eso creo. Lo hablé con Lucía. No te merecés a un tipo así, que no puede darte nada. Sos todo corazón. Te la aguantaste como una princesa todo este tiempo. Ni mu dijiste. Jamás te quejaste. Eso nunca lo voy a olvidar, me lo llevo a la tumba. Te amo. Pero no te lo merecés. Sos hermosa. No puedo condenarte, atarte a mi silla de ruedas.

Qué lugar desolado éste. Como lo pensé. Quiero gobernar los últimos instantes de mi vida. Ahí viene el tren. Cargado de laburantes. Si supieran que en el borde del camino yace un hombre que alguna vez intentó algo por ellos. Todo por los trabajadores, para que no sean más explotados. Amo a este país. Todos los pasajeros, todos esos laburantes deben ser peronistas. ¡Viva Perón carajo! Hoy más que nunca lo pienso y me lo repito. Los obreros lo amarán por siempre. Y yo quiero a los obreros y hubiera querido a Perón mil años gobernando mi patria. Para hacer el socialismo nacional o lo que carajo quisiera. Los trabajadores siempre estuvieron bien con él, con el Pocho. Y no se olvidan.



Rossi acelera y la ambulancia logra ubicarse justo delante del camión de caudales. Es detenida por la barrera de ingreso al hospital.

-Se nos muere. Por favor – dice Rossi. El hombre de custodia alcanza a asomarse a través de la ventanilla del acompañante, vacía. Divisa a los dos médicos intentando auxiliar al enfermo con maniobras de reanimación. Pero el hombre ni se mueve, por la droga aplicada por Rivaric. La barrera se abre.

La ambulancia ingresa al Policlínico. Enseguida llega el camión de caudales. La barrera de acceso ya la controla un miembro de la Tacuara para que no se alerte a la calle.

Los empleados del camión de caudales frenan muy cerca de la ambulancia y comienzan a bajar el efectivo.

-¡Alto! Esto es un asalto. – anuncia la voz firme de José Luis Nell.

Rivaric se coloca de un lado apuntando con su FAL y Nell del otro, con la PAM.

Los guardias se sorprenden y no oponen resistencia. Hay un policía también pero ni se mueve, quizás pensando que esos dos locos lo acribillarían con eso que tienen si intentara algo. Y no se equivoca. Estaba en los planes de los tacuaras impresionar con el armamento.

Mucha gente que estaba hasta ese preciso instante transitando por el patio, queda ahora paralizada. Sus caras muestran una expresión de sorpresa y quedan petrificados mirando a quien anunció el asalto. José Luis Nell siente que sus ojos se clavan en los suyos, lo penetran como dagas invocando piedad. Parecen decirle no hagas locuras, pibe. ¿Qué carajo tenemos que ver nosotros? Vine porque me dolía un poco la cabeza, flaco. O a visitar a un pariente que tengo acá internado. Por favor no hagas macanas. Imploran eso sus miradas, tan fuertes que si pudieran las convertirían en dardos venenosos que acabarían con esa pesadilla. Pero no pueden. Si se quedan quietos, se salvarán. Es lo que se repiten esos jóvenes armados hasta los dientes.

Otros tacuaras, infiltrados entre la gente con armas cortas, controlan que no haya ninguna sorpresa.

Todos se mantienen sin resistirse, inmóviles. Sus ojos imploran que no los maten. Y nadie quiere matar. José Luis Nell siente el miedo como una presencia incómoda que no quiere admitir ni confesarse. Tranquilo, tranquilo, se repite pero no lo logra. Sujeta fuerte la PAM y sus ojos giran y giran queriéndolo ver todo. Pero el ojo humano no puede ver todo.

Un ruido. El sonido de la metralla. Voces que gritan, gente que se tira una sobre otra. ¿Escapar? ¿Seguir? ¿Hacia dónde? Un zumbido agita mi cabeza, lo ocupa todo. Siento que caigo al vacío. Soy yo, pero ya no soy yo. Estoy viendo las cosas desde afuera. Veo a un tipo

desorientado, confundido, petrificado. ¿Cómo se le ocurre, señor, disparar? ¿Para qué, si nadie hizo nada? Si nadie merece morir. ¿Entiende señor? Ese señor es igual a mí, pero sus piernas caminan solas y su mano accionó el gatillo de la metralleta sin que yo se lo ordenase. Olor a transpiración. A muerte. Gritos. Caras que se deforman por el horror. Y esas caras entran a través de la ventana de mis ojos y ocupan todo, y todo lo desordenan y todo lo destruyen. Arrasan con todo, como un maremoto, como un huracán. Y entonces me quedo inmóvil contemplando los dos cuerpos caídos. Aunque mi cuerpo deambule, es un títere sin alma, sin vida. Sin sentido. Y el corazón se agita de estupor, y la mente hace lo posible para retomar el control para volver a ser yo, sin lograrlo.

José Luis Nell queda inmerso en un estado de confusión que lo deja unos segundos congelado.

La gente muestra sus rostros desencajados y se hacen oír sus gritos nerviosos, histéricos. Se amontonan, se entreveran, se confunden.

Rivaric hace señas y le grita.

-Vamos, Enano. Vamos.

José Luis Nell lo sigue entonces como un autómatas.

-No la puedo levantar. – dice agitado Rivaric.

La bolsa que contiene el dinero pesa una enormidad y Rivaric no la puede ni mover. Al final, entre tres la pueden levantar y colocar en la ambulancia. Se activa la sirena y el vehículo arranca a toda velocidad. José Luis Nell siente un zumbido en la cabeza y las lágrimas brotan sin querer de sus ojos como del mar por inacabables, por eternas. Escucha voces que repiten cosas que ya no alcanza a comprender. No quiere escuchar ya nada. No le interesa saber cuánta plata hay, si los sigue la policía, si la operación fue, a pesar de todo, un éxito para la organización. Escucha voces, el vehículo se detiene. Vuelve a arrancar. Tiene el rostro marcado por el llanto, que deja sus huellas haciendo canaletas por las mejillas y los pómulos. Y las lágrimas siguen cayendo sin cesar, abundantes como el agua de una canilla e impulsadas por el motor inclemente de la culpa.



El golpe que debía ser rápido y limpio no fue ni una cosa ni la otra. Heridos, quizás muertos. Abundantes huellas y demasiados indicios como para ser descubiertos pronto. Eso piensan los integrantes del comando tacuara, pero se cuidan bien de decirlo delante de José Luis Nell.

La huida es muy rápida. La metralleta rebota contra una pared de la ambulancia lanzada por José Luis Nell, en estado de shock. Sus pensamientos forman un maremoto, destruyéndose e intentando renacer de nuevo. Siente los brazos de sus compañeros que lo intentan sostener como tenazas de las que quiere liberarse. Luego de forcejear un rato y mientras la ambulancia se escabulle a toda velocidad con la sirena encendida, José Luis Nell cae extenuado recostándose justo al lado de la camilla. Lo invade un sudor frío.

Las preguntas se le clavan como puñaladas en la cabeza. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué salió mal?

Llora sin proponérselo, porque el alma llora sin preguntarle. Doblá por acá, ahora tomá la otra, bajá un poco la velocidad, escucha que dicen las voces amigas.

No fue un atraco de guante blanco como había sido planeado. Responsabilidad mía, se dice. Sólo mía.

Nadie le dice nada. Ningún reproche. Ni siquiera una observación. Quizás la necesite. Y las lágrimas siguen, y vocifera cosas incomprensibles, insultos. Los compañeros entonces le repiten quedate tranquilo, Enano. Calmate, lo que te pasó a vos nos podía haber pasado también a nosotros. Entonces, Nell cierra los ojos. Le vienen las miradas de horror de la gente. ¿Pude haber evitado disparar?, se interroga. Quizás. Disparé por miedo a lo que pudieran hacer. Me defendí. No quise matar a sangre fría. Se acabó, concluye.

Siente el peso de una cruz enorme, imposible de arrastrar. Con las manos manchadas de sangre. Sangre inocente. Cierra los ojos buscando que la realidad desaparezca como por arte de magia.

La ambulancia avanza a toda velocidad sin enemigos a la vista. La sirena encendida, el tránsito abriéndose para dejarle paso.

Rossi duda en apagar la sirena, que disimula los gritos e improperios de José Luis Nell que vuelven a repetirse luego del momentáneo alivio que había traído su abatimiento.

-Tranquilizate, Enano- implora.

Nell asiente pero su cuerpo sigue gritando, como una voz de otro que nace desde adentro y no puede detenerse. Rivaric intenta tomarlo mientras rebota en la parte trasera de la ambulancia.

Rossi arrima la ambulancia a un costado de la calle. Pone balizas. Pasa a la parte trasera del vehículo para sostenerlo con Rivaric. José Luis Nell cede al fin extenuado. Y deja de gritar.

-Escuchame, esto es una guerra. En las guerras hay muertos. Es bueno evitarlo, pero puede haber muertos – balbucea Rossi mientras recupera el aire.

-Pero disparé a cualquiera, a laburantes.

-Sí, negro. La intención no era matar. Fue algo no querido. Nos estamos jugando la vida. Le pudo haber pasado a cualquiera, todos íbamos amados. La organización se hace responsable de nuestros actos. No sos el culpable – apunta Rivaric.

-Esto es un desastre. – concluye Nell.

Rossi y Rivaric se conmueven al ver así al hombre con más cojones de la organización. Le tocó bailar con la más fea. Todos tenían armas, pero el que disparó fue él. Los dos se preguntan de forma fugaz por qué lo hizo, por qué, si estaba todo controlado, tranquilo, viento en popa. ¿Qué te pasó, Enano? ¿Qué?, se pregunta Rivaric mientras ve a José Luis Nell como una marioneta desanimada derrumbada de nuevo al lado de la camilla. Rossi vuelve al volante y quita las balizas. Acelera.

-No hay tiempo de lamentarse. Hay que rajar.

¿A dónde?, se pregunta Nell. Los pensamientos y las preguntas lo siguen atormentando. ¿Cómo y desde dónde explicarles a los trabajadores que no somos unos trasnochados ni unos chorros, sino que lo hicimos para ayudar a liberarlos, para que vuelva el General que tanto los quiso? Esos ojos. Ese pedido silencioso y desesperado de clemencia. No se le borrarán nunca. Intenta infructuosamente responder la contradicción que lo desgarrar, de cómo pudo disparar a los laburantes para salvar a los trabajadores.



No pudo pegar un ojo en toda la noche José Luis Nell asaltado, acorralado por la culpa. Lo devora la incertidumbre por la suerte de las personas víctimas de su impericia. No quiso escuchar la radio, sólo lloró toda la tarde. Le fue imposible conectarse y hablar con nadie de nada, con las preguntas que lo atormentaban, con las sensaciones que iban y venían en una espiral bastante parecida a la locura. ¿Qué es, si no es eso, la locura?

¿Y si no murió nadie? ¿Y si se encuentran internados en el Policlínico todos, recuperándose?, quiere esperanzarse. Recuerda la imagen de un hombre que quedó inmóvil sobre la valija de la plata. Lo habían tomado para apartarlo y estaba rígido, no se movía. José Luis Nell hubiera deseado quedarse a ver qué pasaba con él, ayudarlo de alguna forma. Pero no. Había que rajarse, hacerse humo.

Sigue escuchando esa mañana los gritos de la gente, los alaridos desesperados de los que vieron en el hombre caído su propio futuro. Posible, concreto. El futuro era la muerte a manos de ese loco de mierda que manejaba la PAM sin tino. Mucha gente. Algunos habrían ido a la guardia por cualquier trivialidad, por un dolor de garganta, por fiebre, por un dolor de cabeza. De pronto, todos esos síntomas desaparecieron y sólo quedó uno: el temor a la muerte, que siempre los acompañó pero en ese momento se hizo presente. Y los aterró. De otra manera no pueden comprenderse la profusión de gritos, que hoy todavía le retumban como si los oyera detrás de la ventana por donde comienza a introducirse el sol apenas tibio del amanecer.

Todavía es de noche pero se levanta apurado, sin tiempo para perder. Se larga a la calle. Falta todavía una hora para entrar a la conscripción en la Casa Rosada.

Tiene tiempo de deambular, de pensar. De considerar que todo pudo haberse evitado. O de ilusionarse que quizás las cosas no salieron tan mal, que todos se encuentran recuperándose. Que el hombre había

quedado inmóvil por el susto y la pérdida de sangre, pero la bala no dañó ningún órgano vital. Entonces se encuentra mejor, compensado. Y su mujer aliviada porque no lo perdió, ni la dejó sola en este mundo con sus hijos. Es sólo cuestión de tiempo, de que la herida cicatrice. Y luego volver al trabajo, como si nada hubiera pasado. Y dejar enterrada la anécdota hasta que se rememore más lejano el tiempo en alguna mesa familiar, donde todos mirarán con curiosidad lo bien que se encuentra el hombre herido en el pecho durante el famoso asalto al Policlínico Bancario.

José Luis Nell avanza por Avenida de Mayo llevándose por delante papeles viejos y hojas muertas que dejan caer los árboles. Más allá, un puesto de diarios. Se aproxima cautelosamente como quien se acerca a una revelación que marcará su destino. Quizás por haber ocasionado sólo heridos, la noticia no se encuentre en las tapas de los matutinos sino hacia el pie de alguna de las páginas interiores, mezclada entre tantas otras noticias. El diariero pregunta:

-¿Lo ayudo hombre?

No, está bien. No tengo ayuda posible, se dice Nell. Quizás si puede volver el tiempo atrás. Y, viviendo todo de nuevo, que no le tiemble el pulso como a un principiante, como a un novato. Y entonces no tener miedo, manejarse fríamente, con la mayor naturalidad como esos veteranos del crimen que ni se mosquean, que roban con una sapiencia que no deja rastros ni heridos, que actúan guiados por la intuición y una frialdad imposibles para él.

Ahí están las letras catástrofe. Asalto al Policlínico Bancario: dos muertos, cinco heridos.

-¿Vio señor? ¡Qué barbaridad!

José Luis Nell asiente nervioso. Trata de desviar la mirada, que se dirige alternativamente al piso, al cielo, a revistas de chimentos o deportes. Mira la tapa del Gráfico. Todo sería más fácil si le interesara

la formación de Boca, de River, y viviera sin jugarse por nada ni por nadie. Y no pensar en política, sólo en el fútbol, en la frivolidad, en la última moda.

Las letras son tan grandes que los ojos se sienten atraídos por su influjo. Todos leerán esa noticia porque es imposible no hacerlo. Por lo menos su título, tan llamativo.

-¿Vio joven? Esta juventud está perdida. Dos tipos muertos. ¿A usted le parece?

-No, no me parece. Es un desastre.

-Sí, tiene razón. Es un verdadero desastre. Usted piense que estamos aquí tranquilos, y que en cualquier momento puede aparecer un loco que nos tira con una metralleta.

-Y sí, el mundo está lleno de locos. Nosotros los primeros.

El diariero asiente sonriendo.

-¿Qué dice? ¿Sospechan de alguien?

La pregunta es casi una confesión. Pero a alguien que no sabe con quién habla, le parece la más natural del mundo.

-Dicen que fue el pibe Metralleta. Un pibe que viene haciendo ese tipo de desastres. Se ve que ya lo tienen visto. Y yo me pregunto: ¿A usted le parece que a un joven que le dicen el pibe Metralleta lo dejen estar libre, como cualquier hijo de vecino, matando gente así? ¿Cómo puede ser que todos sepan quién fue enseguida de que sucedió y que no hayan hecho nada para impedirlo? Esas cosas no me entran en la cabeza. Por ejemplo, ahora podría estar por acá, por Avenida de Mayo, con la metralleta en una valija, preparado para otra de las suyas. Para asaltar un banco, para asaltar a un viejo, a una vieja con guita. A cualquiera puede matar el tipo. Entró a un hospital e hizo lo que hizo. No tiene principios. ¡En un hospital! Mire que hay lugar para cagarse a tiros, pero un hospital no. Eso no lo hacían los chorros de antes.

-Tiene razón. A los pibes de ahora no les importa nada.

José Luis Nell le extiende un billete y toma el diario. Se aleja despacio. El diariero lo saluda con una ligera sonrisa. Si supiera que está saludando así al mismísimo pibe Metralleta. Que intercambió palabras de ocasión con él. Pero claro, no lo sabe.

Se aleja Nell procurando tomar la dimensión de lo ocurrido, de la tragedia. Tiene la sensación de que necesita del diario como reaseguro de que lo que pasó fue así, la cruda realidad y no el fruto de su imaginación. Lo devora en un instante. Admira, mientras lo lee, la precisión con que el diariero le había adelantado casi todo. Qué memoria casi fotográfica tienen estos tipos, se dice. Se ve que se aburren a horas tan tempranas, acompañados sólo por esas hojas impresas, endebles, que mañana serán papeles inútiles que envolverán los huevos. En eso se convertirán todas las noticias, incluidas las letras catástrofe de la tapa, en una insignificancia cotidiana. Y las noticias, tarde o temprano, se las traga el olvido. Ojalá el dolor se borrara tan fácilmente.



En virtud de lo que pasó en el Policlínico, yo me merecía un final así. Fui un tipo que se buscó realmente lo que le terminó pasando. No lo quise, nunca lo imaginé. Pero siempre puse el cuerpo. Y la vida. Si no, me quedaba en casa y no pensaba en revoluciones ni en nada. Nunca me olvido del final trágico de esa mañana.

Aunque quise superarlo, aunque lo intenté tapar de mil maneras, siempre vuelvo al Policlínico. ¿Cómo explicar ahora si no que piense en esos sucesos? ¿Por qué, en vez de contemplar los pájaros, el tren que pasa, el pasto desnudo, siempre me vuelve lo mismo, una imagen blanca de ambulancia y hospital?

El Policlínico me persigue como una sombra. De culpa. De impotencia, de desgracia. Convertirse en un asesino no es cosa de todos los días. Uno deja de ser una persona para ser eso: un asesino. Cuando lo hice no lo sentí así, hoy pienso así. Cuando me movía yo pensaba, pero no tanto. Nunca me senté a hacer un balance de mis acciones. Ahora lo hago, frente a estas vías desoladas, sentado en mi silla de ruedas. Para siempre sentado.

Ahora pienso porque no puedo hacer otra cosa. Pero no soy un intelectual. Sin moverme no puedo seguir. ¿Por qué pasó lo que pasó en el Policlínico? Éramos un grupo con ideales. Jóvenes que queríamos hacer algo por este país. Por ejemplo, una revolución. Necesitábamos plata.

Nunca desaparece el Policlínico. Ni siquiera hoy que decidí terminar con todo. No tiene fin el Policlínico. Sólo cuando me vuele los sesos habrá desaparecido. Quiero que desaparezca. Ya.

Me vuelven miradas, me vuelven recuerdos, me vuelve todo ese día que nunca me abandona. Aún hoy. Ni la terapia ni el amor me ayudaron a superarlo. No pude. Aún hoy no puedo elaborarlo. ¿Cuántos inocentes más morirán? ¿Cuántos más, de la derecha y de la izquierda? ¿Por qué siempre mueren muchos más inocentes que hijos de puta? Siempre fue así. Parece una ley de la historia. Pero no me perdono haber sido yo quien derramó esa sangre. Y que haya sido terriblemente inútil.

¿Para qué hacer sufrir esas dos familias? ¿Para qué? ¿Qué justifica terminar con una vida humana? ¿El bien común? ¿El sueño de la patria libre? Nada lo justifica. No lo busqué. Se dio así. Pero fui yo. Fui yo. Soy el responsable. Lo sigo pagando hoy. Para siempre.



El oficial se retira del despacho. José Luis Nell pasea la mirada por la pared y los cuadros. No vislumbra nada bueno. Ya se lo advirtió un compañero, que había escuchado a los jefes putear de lo lindo. Intuye que lo descubrieron. Se escuchan sonidos de voces cerca de la puerta. Unos pasos que se apresuran y casi chocan contra ella. Un instante después la puerta se abre suavemente.

El oficial se sienta. Ni siquiera conoce su nombre José Luis Nell. Pero la ocasión no es propicia para presentaciones de ningún tipo. Lo mira fijo el oficial de arriba abajo. Y dice:

-Vea, Nell. Usted sabe los derechos y los deberes que deben cumplir los conscriptos. ¿Lo sabe?

El conscripto inclina la cabeza. Entonces continúa.

-Uno siempre se ve tentado de sacar un provecho propio con bienes que son de la Patria. Pero uno no puede ceder a la tentación. El amor a la Patria, cumplir con ella siempre debe ser lo más importante.

El conscripto hace mueca de no saber a qué se intenta referir. El oficial lo mira y hace un guiño como invitándolo a confesar algo, pero José Luis Nell no se da por aludido. Entonces sigue.

-Hemos descubierto que ha usado los autos oficiales para otros fines. Lo comprobamos. ¿Usted cree que los autos de acá son remises, que uno los puede usar para lo que quiera?

-No creo que haya hecho un abuso de eso. Sí admito haberlos usado alguna vez. No soy de una familia de guita y nos vino bien para algunos traslados.

El oficial sonríe socarronamente. No le saca los ojos de encima, lo escruta como un cazador a su presa, esperando que pise la trampa.

-¿En qué estás pendejo? Decí la verdad.

El conscripto se encoge de hombros. ¿Qué va a decir? ¿Que usa los autos oficiales para asaltar policías, para pequeños atentados, para trasladar armas del grupo Tacuara? ¿Que los usó también el día en

que se asaltó el Policlínico Bancario? ¿Y que en ese asalto mató a dos tipos? ¿Eso va a decir?

-No estoy en nada raro. Me abusé de la posibilidad que tenía de manejar los autos. Lo usé en provecho propio, sin pedir autorización. Ese fue mi error, quizás debería haber solicitado un permiso.

Niega con la cabeza el oficial. Está ahora con una expresión de satisfacción, por haber logrado el cometido de que el subordinado admita su error. Ahora, reconocida la falta, sabe que tiene el poder de aplicar el castigo. Y disfruta mucho ese poder. Sabe que puede degradarlo, echarlo, mandarlo a la puta que lo parió con razón. Entonces dice:

-Vea, Nell. Usted ha tenido una falta grave. Nosotros no tenemos certeza de qué carajo hizo usted con los autos oficiales. Usted dice que los utilizó para hacer viajes, trasladar a su familia. Ojalá sea eso solo. Lo estamos investigando. Pero la falta es grave. Uno en el Ejército no puede venir a hacer lo que quiere y después seguir como si nada. Acá los errores se pagan.

Apoya fuerte el puño sobre la mesa para acentuarlo. José Luis Nell sólo espera que termine lo antes posible.

-Usted es muy joven. Muchos jóvenes desearían estar donde usted está ahora, ser conscripto en la Casa Rosada. Usted no lo supo valorar. Tuvo la oportunidad y la desaprovechó.

-¿Seré trasladado?

El oficial se ríe. Ha llegado el momento de anunciar el castigo y lo disfruta al máximo.

-Sí, pibe. Te vas mañana mismo.

-¿A dónde?

El oficial nota la ansiedad del conscripto y sonrío muy burlesco.

-A Río Gallegos.

El oficial suelta la carcajada cuando ve el rostro desencajado del conscripto.

Hijo de puta, se repite José Luis Nell. ¿A dónde? ¿Qué carajo es Río Gallegos? Acá tiene todo cerca. ¿Cómo se va a mantener vinculado a la organización? ¿Cómo se van a comunicar?

Tranquilizate, tranquilizate, se repite. Pensándolo bien, quizás para este momento no viene mal desaparecer un rato. Una vez que todo se aquiete, volverán a la lucha. Para traer a Perón al país. Para que la sangre derramada no haya sido en vano.



A los quince años uno no sabe para qué carajo vive. No sabe lo que quiere. Yo no fui la excepción. Cursaba el secundario en el Liceo, salía con los pibes del barrio de joda o con los compañeros de división. Mirábamos minas. Sobre todo mirábamos. Jugábamos al fútbol. La vida pasaba sin muchos contratiempos. Eso creía. Hasta que el castillo de naipes se derrumbó.

Pensaba también que el mal no existía. O que no nos podía tocar, como en las películas esas donde el bueno atraviesa todos los peligros sin un rasguño.

Uno se siente indestructible a los quince años. Pero de repente la vida me dio una muestra de que las cosas no eran tan lindas como creía. Y sobre todo de que la gente no era tan buena. Que el mal existía y podía hacernos daño.

Un día como cualquiera de cursada, la sucesión de profesores que recitaban monólogos que nadie escuchaba. Los alumnos más respetuosos los miraban, los otros ni eso. Odié siempre el estudio. Nunca me destacué. Los profesores eran gente monocorde, aburrida,

que no podían transmitir nada aprovechable. Lo interesante para mí pasaba fuera de las aulas. Y ese día no fue la excepción.

De repente, los ruidos de aviones. A nadie le llamó la atención porque estaba anunciado un desfile, según comentaban por ahí. En pocos minutos, no recuerdo cuántos, dieron la orden de retirarse. Se intentó hacer en forma ordenada, pero yo me escapé rápido de la formación y fui a la calle.

La ciudad parecía en guerra. ¡Mataron a Perón!, gritaron algunos, no distinguí si con alegría o con tristeza, pero seguro con asombro. Yo seguía corriendo preocupado hacia mi casa.

Llegué al poco tiempo, exhausto. Prendí la radio y hablé con los vecinos de lo que estaba pasando. Unos aviones bombardearon la Plaza de Mayo, decían. ¡Lo mataron a Perón! Hicieron mierda todo. Esto es un quilombo, pibe. Muchos tipos se iban para allá. Mientras, los aviones seguían su peregrinar de terror por el cielo gris de Buenos Aires.

Tardé en reaccionar y cuando entendí lo que pasaba no sabía qué hacer. Quise ir a la Plaza. Quería buscar a mi familia. Mi vieja trabajaba en el Microcentro. Mientras decidía qué hacer, apareció mi viejo. Su cara estaba desorbitada, me estrujó en un abrazo nervioso al verme pero sin cambiar su mueca de tristeza y preocupación. De la vieja no se sabía nada. Nada. Llamamos a los hospitales, pero nadie atendía. No nos pudimos comunicar tampoco con el trabajo de mamá. Papá se tomaba la cabeza presintiendo lo peor. La vieja seguía sin aparecer y entonces nos fuimos a la Plaza a la carrera. Todo se desarrollaba como en un sueño, donde me movía con dificultad sintiendo que no podía avanzar a la velocidad normal y donde todo lo que veía era un caos, demasiado cruel como para ser real.

Cuando llegarnos a la Plaza los aviones ya no la sobrevolaban. Una postal del horror, cuerpos caídos, un micro escolar incendiado. Sangre

y lluvia, cientos y miles de muertos. ¿Cómo? ¿Por qué? No entendíamos nada. No me olvido más el hecho macabro de estar revisando entre los muertos si no estaba mi vieja. Con mi viejo miramos la cara a unos cuantos. A todos los que pudimos. Fue triste. Me sentí culpable al sentir alivio al comprobar que ninguno era la vieja.

Esa Plaza causó una impresión en mí que se conservó para siempre. El pueblo inocente, desarmado, vencido. La sangre que corría a torrentes por las alcantarillas o se coagulaba en el pasto o se desplazaba exhausta abriéndose paso entre los poros de la tierra, la última morada. Y una herida que se abrió ese día en el país para no cerrar jamás.

Tantas personas que caminaban por ahí desprevenidas, sin saber que el mal acechaba. El desfile que se convirtió en un bombardeo para matar a Perón. Y no lo mataron a Perón, mataron a un montón de gente, de descamisados peronistas.

A la vieja la hirieron. La muy cabrona se enteró de los bombardeos y se fue volando para ahí a poner el cuerpo por el General. Era tozuda la vieja. Era terrible. Qué huevos tenía. Fue corriendo sin importarle nada y sin nada. Ni siquiera una piedra para tirarle a esos hijos de puta, que le dieron con la metralla de costado y la hirieron en el cuello. Alguien la retiró herida al hospital, pero ella quería seguir peleando. Me llevó tiempo entender esa actitud de mi vieja. A mis quince años me pareció demencial, inconcebible. Recién la pude comprender un tiempo después.

Vieja, siento que en este momento me entenderías. Vos recibiste una herida, vos sabés lo que es sufrir, lo que es morir por una idea. Por un empecinamiento. Por una obstinación. Se nos fue la vida en eso, vieja. Nadie te pudo frenar para que no fueras a la Plaza, nadie. Era tu

deber de peronista de la primera hora. No te importó nada y te la jugaste.

Si lo pensamos bien, los que te dispararon a vos son los mismos que me dispararon a mí, los que dispararon contra el pueblo peronista desarmado.

Se me vino a la cabeza esa juventud, esa inocencia, esa edad boba que quiero recuperar. Y recuperarte a vos, vieja. Y darte un abrazo.

Cuando te fuimos a ver al hospital estabas como loca, como un león enjaulado. Te querías sacar el suero, irte y poner de nuevo el pecho. Vos no querías ir a que te curaran, querías morir por Perón. La vida por Perón. Te querías quedar ahí junto a todos los otros que murieron. Estabas desaforada. Me acuerdo lo que dijiste al verme. No sé qué cara tendría, pero sería la de un gil:

-José, sos muy chico todavía para entender.

Me hiciste sentir ajeno a lo que te pasaba, vieja. Aunque tuvieras razón, en ese momento lo que más deseaba era ponerme en tu lugar. Y poder cuidarte.

Después de eso crecí de golpe. Lo que te pasó vieja me ayudó a darme cuenta de que el mal existía. Que había mucho odio. Mucha sinrazón. Que la sociedad argentina se dividía en dos. Por un señor llamado Perón. Y por los trabajadores que lo seguían. Y la violencia. Me preocupé por manejar fierros. Yo sabía lo que le había pasado a la gente que había ido desarmada a la Plaza.

Pocos años después pasó lo del Policlínico y no me olvido más cuando me detuvieron y me llevaron a declarar. Te abriste paso entre los guardias para decirme: ¡Con la frente alta! ¡Andá con la frente bien alta!

Eso me quedó grabado a fuego. Son esas frases que dejan marca, que uno las recuerda sin proponérselo, que forman la persona de uno. Y hoy en el patíbulo estoy con la frente alta. A pesar de todo. No sé qué

pensarías hoy si te enteraras lo que va a hacer tu hijo. Con tu carácter me hubieras mandado a la mierda. Pero quizás en donde estés me puedas entender un poco más. Ojalá que sí. Siempre agradezco que por lo menos vos no me viste así. No te lo merecías. No lo hubieras soportado. Vos sí que no te merecías sufrir, vieja. Si fuiste a poner el pecho a las balas, si anduviste de acá para allá mucho tiempo. Buscándome, siempre buscándome. Pocas veces encontrándome. La clandestinidad es una mierda, vieja. Vos sí andabas a cara descubierta y desafiando a todos. Fuiste una leona. Espero que me comprendas hoy, en donde estés. Creo que sí, que de alguna manera me entendés. Crecí de golpe, vieja. Ahora entiendo lo que te pasó. Y a los dos nos pasó por lo mismo. Por querer a nuestro país. Por dejar la vida por él.



José Luis Nell todavía recuerda la sonrisa del oficial, su placer inmenso al comunicarle la decisión.

Lo mandan confinado al último rincón del mundo. Para que aprenda que no se jode, que las cagadas se pagan.

Río Gallegos. El viento helado, tanto que traspasa todos los abrigo, las camperas impermeables, las bufandas, los gorros. Todo se convierte en nieve. Y lo que no es nieve es agua helada, aire helado. Y el vacío. El horizonte de estepa que muestra la soledad absoluta. Esa soledad que desespera al conscripto porteño castigado.

Los ejercicios. Levantarse apenas está asomando un tibio sol para correr por el campo helado, con la escarcha que moja las botas y el frío que sube e invade todo el cuerpo. Mejor es correr que detenerse, parar es congelarse. Y el aliento se vuelve humo y José Luis Nell no tiene ganas de hablar con nadie. Y los compañeros de la colimba que

lo miran como si fuera un bicho raro, y encima porteño. Están acostumbrados a recibir a los castigados, y parece que nadie se aproxima por miedo a recibir un castigo también. Le esquivan la mirada y el trato, sólo le dan la frialdad de saludos protocolares, acartonados, sin sentido.

Hoy otra vez los ejercicios. José Luis Nell comprueba con alivio que el sol se asoma por entre las nubes y entibia un poco el aire helado. Correr por el perímetro del campo es una práctica tortuosa que los superiores planifican sin otro objeto que hacer sufrir a los pobres colimbas. Más en el caso de un tipo que viene castigado de Buenos Aires. Látigo para ese, que corra hasta desmayarse. El sol deja caer sus rayos sobre las manos del conscripto castigado que estaban entumecidas, duras como una roca del desierto patagónico que muestra el horizonte. Y siente que el corazón, que respiraba agitado, se aquieta, retoma su ritmo normal. Corre ahora sin esfuerzo.

Luego de un rato dan la orden de detenerse. El oficial superior se acerca. La formación, impecable. El pase de revista de cada mañana. Otra vez el saludo militar de rutina.

Ordena que sigan hacia la base. El desayuno está preparado, manjar, oasis en el desierto. Aunque sea pan duro de ayer. A lo lejos, la bruma dibuja contornos confusos de un grupo de gente acercándose a la formación.

-Soldado Nell. Quédese ahí.

La voz proviene de un grupo de policías que se acerca. Con un gesto, el que encabeza a los uniformados le indica que se aparte de la formación. El resto de los colimbas sigue hacia su destino mecánicamente, sin inmutarse. No asoma ni siquiera un atisbo de solidaridad o preocupación por quien fue apartado del grupo. Los policías dialogan entre sí a escasos metros de distancia. José Luis Nell no alcanza a escuchar lo que dicen, pero lo supone. O cree suponerlo.

¿Podrá ser que sepan algo?, se pregunta. Igual no le queda otra que esperar. No tiene forma de resistirse o de escapar. ¿Cómo escapar en el fin del mundo? ¿A dónde?

Se arrima entonces un policía. Atrás lo siguen otros, con las esposas muy poco disimuladas, ya preparadas para sus manos.

-Hola oficial.

-Hola – saluda amable el policía. ¿Me puede permitir su identificación?

-Sí, cómo no.

El oficial se detiene un momento estudiando el carnet militar. Luego dice secamente:

-Nos va a tener que acompañar. Tenemos que verificar una información.

-¿Qué es lo que pasa?

Lo mira ahora con seriedad y desprecio. Está mal visto que un pendejo de la colimba le haga una pregunta a un superior. El subordinado sólo puede responder, no preguntar.

-Quedate en el molde, pendejo. Esto no es joda, tenemos que verificar algo. Si nos equivocamos de hombre, te soltamos.

Otro policía coloca torpemente las esposas en las manos heladas de José Luis Nell. Enseguida llegan a la comisaría. Los teléfonos suenan insistentemente, hay un movimiento que seguro no se repetirá en todo el año en Río Gallegos.

-¿Falta mucho oficial?

-Estamos chequeando sus datos. Tendrá que pasar la noche en el calabozo.

No hay caso, los tipos saben, concluye José Luis Nell. Y se pregunta cómo, en una ciudad tan chiquita, a miles de kilómetros de la Capital, puede llegar la información para detener a un tipo cualquiera por un hecho que sucedió hace meses. A un tipo que no llama la atención, que no habla con nadie.

Pero deben saber, los hijos de puta siempre saben, se confirma Nell. Porque aprietan a uno y larga. Y se arma una cadena que de repente llega a Río Gallegos. Está seguro el conscripto detenido que alguien cantó todo con lujo de detalles. Y se dice que eso es lo malo de saber mucho. Si uno es miembro de una organización revolucionaria debe saber lo menos posible de los otros. Con la tortura pueden sacar información que se sabe, no la que se ignora. Y los flojos cantan todo ante la primera picana.

José Luis Nell siente su cabeza latir, como siempre que se pone nervioso. Y hace poco pensaba qué desolación Río Gallegos, qué frío, qué soledad. Pero siempre hay algo peor esperando, a la vuelta de la esquina.



El tiempo en la cárcel no pasa. Parece haberse detenido, congelado. El preso pierde rápidamente la noción de los días, de las horas. Todo es monótono y repetido. El ser humano no se hizo para vivir enjaulado. El único consuelo para José Luis Nell es estar cerca de los compañeros.

Desde que entró a la prisión, sólo se dedica a pensar cómo salir. Sabe que tiene que escapar para sobrevivir, encerrado se siente morir. Pero ¿cómo? No va a huir tan fácil de los Tribunales. Es una presa codiciada, lo saben el asesino. No es un vulgar ratero ni un tipo que robó un banco solamente. No, es el pez gordo. No lo dejarán tranquilo y le harán pasar todas las humillaciones posibles. Las tengo merecidas, se dice José Luis Nell en los momentos de desasosiego en que dialoga con sus fantasmas.

¿Qué te creías? ¿Inmortal? ¿Infalible? No, pibe. Te equivocaste. Mataste a dos inocentes. A gente que estaba desarmada. Jodete. Es el

castigo que te merecés. No importa que no hayas querido hacerlo, lo hiciste. No importa que querías el dinero para Tacuara, para traer a Perón, para hacer una revolución contra estos gobiernos ilegítimos. ¿A quién le importa eso? ¿Quién sabe, además, eso? ¿O acaso el pueblo peronista se movilizó hasta Tribunales para sacarlos de la cárcel? ¿Algún peronista conoce qué carajo es Tacuara, la Tacuara revolucionaria? ¿Alguien sabe que no son burdos ladrones o asesinos? ¿Tiene sentido hacerse tantas preguntas?



Yo todas las respuestas las busqué en el peronismo. No fui yo solo. Muchos compañeros. No fuimos pocos como en la Tacuara. Cientos, miles de jóvenes encontramos todas nuestras respuestas en el peronismo. El peronismo revolucionario. El socialismo nacional como quiere el General. Yo no fui peronista de la primera hora. Me hice peronista porque el país me hizo. Era lo prohibido. Lo escondido. Lo perseguido. Lo fusilado. Lo negado. Tenía todos los atractivos para nosotros. A nosotros nos enamoró la revolución, buscarla y dejar la vida por ella. Del General no sabíamos gran cosa, éramos muy chicos cuando se fue. Pero los obreros sí lo conocían. Sabían cómo habían vivido cuando él gobernó. Hacía muchos años que Perón estaba en el exilio. Gobiernos militares que reprimían para que no vuelva lo prohibido, lo negado, lo escondido. O gobiernos títere como Illia o Frondizi. Estábamos podridos de gobiernos militares. Seguíamos sin embargo a un General. Porque lo querían los obreros. Queríamos que volviera por eso. Lo trajimos por eso. Millones pusimos el pecho para que el General volviera. Queríamos que se acabara el país para pocos, el país cajetilla. Queríamos ver a los gorilas indignados, a los obreros felices. Queríamos ver a los negros contentos. Y lo estuvieron. A ellos

les importó tres carajos la revolución. Ellos querían al General. A la patria peronista. No conocen al Che. No les interesa. ¡Qué distinta es la Argentina a Cuba! Acá los humildes lo quisieron siempre a Perón. Nosotros queríamos que Perón hiciera otra cosa. La revolución.

Vimos en el peronismo a los pobres. A los laburantes. No había forma de ignorarlo si uno quería cambiar algo. Queríamos hacer la revolución que no pudo el Che o morir en el intento. Darle un sentido revolucionario a nuestra vida. Trabajar con los pobres. Jugarnos todo. Éramos muchos los que queríamos hacer algo. Y lo hicimos. Mandándonos miles de cagadas. Lo intentamos. No pudimos. Por lo menos por ahora. Yo no pude y no podré.

Estábamos hartos de los políticos, de dictaduras, de mierda capitalista. Queríamos cambiarlo todo con la lucha armada. Como nos enseñó el Che. Crear uno, dos, tres, muchos Vietnam. Como lo dijo Fanon. Todos estábamos en esa. Hasta algunos curas como Carlos Mugica. Cura tercermundista. De la villa de Retiro. ¡Cómo lo querían los villeros ahí! Era impresionante. A las misas iba tanta gente como a una cancha de fútbol. ¡Qué pelotas tenía! Y qué facha. Algo que nunca entendí. Con esa facha podía haber andado con todas las minas. Pero no, era cura y se la tomaba en serio. Nos habló de Jesucristo y su opción por los pobres. Era peronista como los obreros. Recuerdo lo contentos que estábamos cuando asumió el tío Cámpora. Carlos estaba loco de la alegría en la Plaza de Mayo que tomó la juventud. Ese día en que Lanusse se fue a lo guapo, pero a la puta que lo parió. Nunca más los gobiernos militares. Milicos a los cuarteles. O a la mismísima mierda. Ni el desfile militar protocolar para el 25 de mayo les dejamos hacer. Habían perdido. Debían irse. Eso creímos. Eso palpamos. Parece mentira. No imaginamos que el enemigo tenía la camiseta peronista, estaba dentro nuestro. Pensamos

que siendo muchos íbamos a hacer la revolución. Lo intentamos. Lo seguirán intentando. Yo ya no.

Fuiste valiente siempre Carlos. Te embarraste en la historia. Fuiste peronista cuando no era fácil. Te la bancaste. Cantaste tus verdades ante cualquiera sin importarte nada. Sé que me apreciabas y me apreciás, donde quiera que estés. Sé que aún hoy me entenderías. Vos sabés que di todo. No como vos. Vos fuiste brillante. Vos fuiste coherente. Vos no tenías las manos manchadas de sangre como yo. Vos fuiste pacífico. Un predicador. Un mártir de los pobres. Un tipo como los que no va a haber nunca más.

Los hijos de puta te mataron, fue un golpe terrible. Matar a un tipo así, hay que ser muy hijo de puta para hacerlo. ¿A quién hiciste daño en tu vida Carlos? ¿Por qué? ¿Por qué te mataron? Tu ejemplo los irritó. Moriste por tus ideas. Porque los incomodabas. Porque les tocaste el culo. Las balas que te dieron muerte eran para vos. La que me pegó a mí en la cabeza me cayó a mí como podía haberle caído a cualquiera. Éramos miles. A vos te fueron a buscar perversamente. Fuiste un grande. Te admiro. Te quiero.

No sentí las lágrimas. La puta que lo parió. ¿Qué sentido tiene ahora emocionarse? ¿Por qué no sonreír, por ejemplo, y expulsar los recuerdos tristes? Esto ya debió haber terminado. No puedo explicarme las cosas que me vienen justo ahora. En cinco minutos no voy a arreglar el mundo. ¿Cómo explicar estas cosas absurdas que pienso? ¿Qué sentido tiene seguir dando vueltas y vueltas, para no encontrar la salida? Ya está todo dicho. ¿Para qué sufrir hasta el final? ¿Por qué no tomar ahora la decisión por la que me trajeron aquí? ¿Para qué vine? ¿Para tomar sol? ¿Para eso molesté a todos? ¿Para eso lloramos tanto con Lucía? ¿Para esto sigo llorando? ¡No es hora de llantos, boludo! ¡Basta! Lo hecho hecho está. No hay que llorar por la leche

derramada. Jodete. No tiene sentido seguir con la cantinela. Y sin embargo sigo pensando. Me está doliendo la cabeza pero la sigo usando. Tengo la esperanza de encontrar una paz que me permita abandonar este mundo tranquilo. Será por eso que no me decido. No encuentro la paz. No la encontraré nunca y es quizás una excusa oportuna para seguir viviendo. Para no morir. Pero de poco me sirve seguir respirando. Estoy muerto ya. Porque murieron mis ilusiones. Mis ganas. Mi fe.

Estoy mal. Tengo que estar muy mal de la cabeza para hoy seguir preguntándome tantas cosas. Para volver al Policlínico. Al peronismo. Al padre Carlos. A Lucía, mi amor. No tiene sentido. ¿Y tuvo sentido mi vida? ¿Para qué viví? ¿Para acabar así? ¿Para hacer llorar a los que me quieren con una decisión horrible? ¿Para matar a gente inocente por mis ideas? ¿Por qué? ¿Qué ideas? ¿El socialismo nacional? ¿Lo quiso el General? Ya no lo sabemos. Pero el pueblo lo querrá siempre. El sí vivió para algo. Yo soy insignificante. Él es un terremoto en la historia argentina. Yo un nombre. Una cifra. Un número. Un deceso. La insignificancia más absoluta. Pero leal. Hasta la muerte. Peronista hasta la muerte. De Perón. No de los boludos que se reúnen cinco y piensan que son el pueblo. Perón es el pueblo. Por eso lo quiero.



-Tengo ganas de ir al baño.

El guardia contesta sobrador, canchero como siempre.

-Aguantátela pelotudo. ¿En dónde te creés que estás?

-Me va a obligar a orinar en la celda. En poco tiempo va a haber un olor que te va a matar también a vos. – contesta José Luis Nell.

El guardia lo mira fijo a los ojos como si no hubiera entendido. Luego ríe entre dientes. Baja su cabeza y abre la celda.

El estado de los baños de la prisión es espantoso, más los días domingo. Nadie quiere trabajar los fines de semana. En ningún rincón del país, tampoco en la cárcel. Ni siquiera cuenta el preso con la mínima intimidad de usar el baño a solas, siempre hay que hacerle sentir que es una bestia, un ser infame, inferior, un animal. Todo está hecho, organizado para eso.

-Yo también voy a aprovechar. No te demores mucho, pendejo.

El guardia cierra la puerta en el habitáculo inmediatamente al lado del que ocupa José Luis Nell, que sale entonces rápido, rogando que la puerta al entreabrirse no haga ruido. Y no lo hace, se desliza suavemente como brindándole su complicidad, como invitándolo a escapar. Caminando en puntas de pie siente los músculos de las piernas entumecerse, endurecerse hasta lo imposible. Sus ojos se mueven hacia todos lados, ante cada susurro del viento o atisbo de ruido. El pasillo, desierto.

Los baños tienen la ventaja de estar ubicados muy cerca de la puerta de salida al exterior. Solamente hay que pasar la secretaría. Se desplaza rápido pero con cautela, para que no se escuchen los pasos. Como una sombra, como un fantasma escabulléndose por lugares imposibles y volviéndose invisible. Los riesgos son muy grandes si lo agarraran, pero a José Luis Nell le parecen nada al lado de quedarse encerrado en la jaula.

Unos pasos hasta la secretaría, el policía encargado durmiendo una regia siesta. ¿Quién trabaja un domingo en este país? Comer los ravioles de la vieja y la siesta sagrada. Ningún ruido, y la invitación del silencio a seguir adelante. ¿No se habrá enterado todavía el guardia? ¿Quién puede saberlo? Pero no se escucha ningún alboroto ni señal de alerta. De todos modos ya no hay vuelta atrás.

Ahí está la puerta. Se escucha el ruido de la calle. José Luis Nell ruega que esté abierta. Si no está perdido, una simple cerradura que lo separe del objetivo sería suficiente.

La puerta se abre. Rechina un poco pero se abre. Una escalera exterior que baja hacia la entrada de la planta principal del edificio. Parece eterna la escalera, serpenteante en su descenso hacia la salvación. Asomándose, el fugitivo ve la calle cada vez más próxima, cada vez más cerca. Es la meta tan buscada, la posibilidad real de fugarse de la manera más estúpida posible. En el último descanso, su mente se entretiene pensando la reprimenda que le darán al guardia que lo dejó escapar. ¿Pero cómo ha pasado? Se me escabulló cuando fue al baño. Fue un segundo que me distraje. ¿Te creés que somos pelotudos? Hay un solo camino para escapar, que es pasando por la secretaria. E indagarán también al gordo que estaba durmiendo la siesta. ¿No vio usted nada raro? Nada, se escapó el desgraciado como un fantasma, se hizo humo. No me vengan con eso, los pasaremos a disponibilidad hasta que se aclare. Refuercen idiotas la vigilancia, que no escape nadie más.

Salta al fin a la calle. Se confunde entre los transeúntes. Nadie lo mira, cada uno en lo suyo. Todos caminan sin reparar en él, como brindándole su complicidad para camuflarse. Es uno más. José Luis Nell se dice entonces que los planes más insólitos pueden llevarse a cabo si se tiene fe de lograrlo. Si se actúa con naturalidad y decidido. Nada es imposible cuando hay una voluntad guerrera, una pasión revolucionaria. El sol pega en su frente blanca de tanto encierro y se escabulle entre la gente, todos inmersos en su mundo y caminando hacia cualquier lugar, hacia donde la vida o la rutina los lleva.



Cacho Envar El Kadri se sobresalta al oír fuertes golpes en la puerta. No espera a nadie y se pregunta si será la policía. Cuando ve a través del cristal la figura de José Luis Nell corre presuroso a abrir.

-¿Qué hacés, hermano?

-Acá estoy, Cacho, bien – dice con la voz agitada el recién llegado.

-Pasá, por favor. Ponete cómodo. Voy a traerte algo para tomar – dice el anfitrión inesperado del fugitivo. Trae un vaso de jugo de naranja frío que saca de la heladera. Sonríe al ver al amigo de nuevo, es una buena nueva que le alegra el día.

-Acá te podés quedar, esta es tu casa. Pero no mucho tiempo. La policía puede caer en cualquier momento.

José Luis Nell asiente y se reclina sobre la silla.

-Yo voy a salir a ver qué puedo hacer para que estés seguro. Quedate acá, usá todo lo que necesites. Pero no asomes la nariz afuera por nada del mundo.

-Gracias, Cacho, muchas gracias.

Los días siguientes, José Luis Nell permanece encerrado en la casa de su amigo. Cacho sigue aparentando una vida normal para que la casa siga conservando el movimiento habitual y no despertar sospechas en los vecinos. En sus salidas, va tejiendo la trama para que José Luis Nell abandone muy pronto su insegura morada provisoria. En esos días, surge la posibilidad de viajar a China, donde algunos militantes planifican ir para recibir instrucción militar en el ejército de Mao. Bajo estrictas medidas de seguridad, en total secreto José Luis Nell se suma a este contingente.



Un nuevo instructor del Ejército Popular de Liberación se presenta y comienza a hablar. El intérprete decodifica para los argentinos:

-Daremos inicio a un curso de guerra urbana.

Los argentinos escuchan y aprueban asintiendo. Están Joe Báxter, José Cataldo; Rubén Rodríguez y José Luis Nell del MNRT (Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara). También Carlos Gaitán, Jorge Rulli y Armando Jaime, del M.R.P (Movimiento Revolucionario Peronista) liderado por Gustavo Rearte. Los días anteriores, con José Luis Nell a la cabeza, habían reclamado instrucción sobre guerra urbana. Los argentinos sienten a la capacitación alejada de la realidad de su país y hasta ese momento se instruyeron en estrategias propias de un ejército rural como el chino.

Comienza la explicación del primer ejercicio. El instructor sube a una azotea y explica cómo asomarse sin correr riesgos. Se quita la gorra y se inclina agachándose. Saca la correa del fusil y lo coloca paralelo a su cuerpo. Su mentón se apoya sobre el filo de la pared que bordea la terraza y se asoma moviendo la cabeza a uno y otro lado. Cuando realiza este movimiento los argentinos, hasta ese momento circunspectos, lanzan la carcajada que habían estado conteniendo. José Luis Nell se vuelve hacia Jorge Rulli y continúa riéndose en voz baja.

-Nos van a fusilar a todos por estos hijos de puta – le dice Jorge Rulli no sin esbozar una sonrisa.

La instrucción continúa. El siguiente ejercicio consiste en cruzar una calle aplicando distintas maniobras buscando burlar a eventuales francotiradores. Los argentinos las ejecutan pero saben que está muy lejos del tipo de lucha que les espera en su tierra.

Y lo confirman una vez más cuando los soldados del ejército rojo ensayan movimientos de repliegue y ataque haciendo sonar un silbato. Sin embargo, sienten admiración por la revolución del pueblo chino y agradecimiento por el trato y la instrucción recibida. Desde realidades y culturas tan distintas, persiguen lo mismo: el socialismo. Terminado

el curso, muchos vuelven a la Argentina. José Luis Nell, muy buscado en Argentina, ingresa a Uruguay a principios de 1966.



Emigrar a Uruguay es una buena salida para el laberinto en que está inmerso José Luis Nell. Prófugo de la justicia, es el momento de replegarse, sumergirse, buscar cobijo. Si se mostrara mucho acabarían por encontrarlo, por encerrarlo otra vez.

Lo considera algo transitorio, abandonar a su país y a tantos compañeros a su suerte no se le cruza por la cabeza. Es replegarse para luego resurgir como el Ave Fénix.

Argentina, Uruguay, todos los países del tercer mundo están peleando por liberarse. Están cansados de tanto imperialismo, de tanta traición. La revolución es un amor soñado que se volvió posible. Y la revolución será Latinoamericana, como lo enseñó el Che. No alcanza sólo con Cuba, hay que esparcirla como un reguero de pólvora en cada rincón de América. Hay que crear uno, dos, tres, muchos Vietnam.

El capitalismo es muy poderoso. Tienen la policía y el Ejército, mientras los revolucionarios cuentan con lo que puedan juntar. Pero son muchos, cada vez más. Se sienten un reguero de pólvora a punto de estallar para volar en mil pedazos al capitalismo y que así pueda emerger el socialismo, la fuerza histórica del futuro.

En Uruguay, se dan los primeros pasos en la formación el Ejército de Liberación Nacional Tupamaros. José Luis Nell se dispone a darles una mano para organizar peñas, colectas y por supuesto asaltos para pertrecharse y juntar las armas que sirvan para luchar contra el imperialismo y el ejército de ocupación. No pocos jóvenes uruguayos ven a los Tupamaros con simpatía porque desafían a los gobiernos y tutelas militares decadentes.

El poder se resiste a cada embate de la patria socialista que se viene. Pero parece tan inútil como luchar con el mar, tambalean todas las dictaduras y sus títeres. Sólo la del proletariado, la de los pobres tomará el poder para empezar a dirigir sus destinos. Los pueblos se están cansando de ser gobernados por milicos muy rudos adentro pero que les rompen el culo afuera. Hartos están de gobiernos chupamedias de Estados Unidos. Se tienen que ir. Y hay una juventud dispuesta a rajarlos a patadas con la lucha armada. Golpeándoles donde les duele.



Te me fuiste, José. Mi amor. No puedo creerlo. Pienso en que no voy a poder volver a verte. Me siento sola, inmensamente sola. Sin vos no soy nada. Se me cae todo. Se nos cayó todo, José. ¿Pudimos haberlo evitado? ¿Cómo? Fuimos rehenes de los caprichos del destino. No quiero, no puedo aceptar tu decisión. Pero la respeto. La tengo que respetar. No me queda otra, mi amor. Quiero que hagas lo que quieras, como te dije. No me sirve retenerte si no querés. Te entiendo. Te tengo que entender, yo no estoy paralítica. Yo no sé qué es eso. Es terrible lo que te pasó. No pudiste haber tenido peor suerte. Más con tu temperamento. Sos un hombre de acción. Sos mi hombre. Mi esposo. Mi hombre, mi amor. El único. Nunca más volveremos a estar juntos. ¿Será verdad? ¿Será esta una cruel pesadilla de la que pronto despertaremos? ¿Cómo pudo pasarnos esto?

Que decidas tirar la toalla para mí es terrible. Puse todo de mí para que te sintieras bien. Por momentos no anduvimos tan mal me parece. Ibas sobrellevando lo que te pasó. Yo no era feliz como antes pero estaba contenta de verte mejor. No era feliz porque no podría serlo nunca viéndote paralítico. No porque no pudieras hacerme feliz, sino

porque sabía que sufrías. Terriblemente. Y si vos sufrís, yo sufro. Es así desde que nos conocimos. No conozco la alegría si estás triste. No la conoceré nunca más ahora que te fuiste y no pude hacer nada por evitarlo. Hasta último momento tuve la esperanza de que te quedaras. Pero no. Te fuiste. Como buen descendiente de irlandeses, sos un hombre tozudo, terco. Tenaz, fuerte. Valiente. José, quiero correr a buscarte. Cacho me dijo dónde te llevaba.

¿Y si te busco? ¿De qué serviría? Te condenaría a una vida que no querés. No me lo perdonarías nunca. No puedo evitarlo. Me tengo que quedar acá en casa. Sola por más que me abracen mis amigas. Mi familia. No, vos sos mi familia. Mi única familia. La que yo formé. La que hicimos. Te amo y te amaré siempre.

Tiene que haber alguna forma de retroceder el tiempo. Pero no, no se puede. Por más que recuerde te me fuiste para siempre. Pudimos haber vivido muchos años más. Haber tenido nuestra familia, vivir en una patria justa. Pero la violencia nos arruinó todo. El desastre se apoderó de nosotros. Fue muy rápido. No tuvimos tampoco señales de alerta. Aquél 25 de mayo cuando asumió el Tío tocamos el cielo con las manos. Éramos millones de jóvenes. No éramos locos, jóvenes con ideales, con proyectos. Después volvía el General para liberar la patria. Lo iba a recibir todo su pueblo a Ezeiza. No éramos cientos, ni miles. Millones fuimos. ¿Es concebible que tu desgracia comenzara ese día? ¿Que nuestra desgracia pasara un día de fiesta para todo el pueblo? ¡Qué contentos estaban los villeros ese día! Pero todo terminó mal. ¿Qué nos pasó? ¿Qué hicimos mal?

Se nos fue todo al carajo. Quedaste paralítico. A un tipo como vos eso lo mata. Al principio resististe entero pero veía tu cara cuando necesitabas a alguien para movilizarte. No era tristeza. Estabas desgarrado, destruido en esa maldita silla. Evité siempre ponerme mal delante tuyo. Pero vos te das cuenta de todo. Me decías: estuviste

llorando, negra. Y sí, había estado llorando. Sos terrible, José. Sabías todo siempre sin que te lo contara.

¡Qué lindo sos! Hermoso. Terco como las mulas. Valiente. Fuiste un valiente y por eso te pasó lo que te pasó. Cuando empezaron los tiros todos rajamos pero vos estabas al frente. No merecemos lo que te pasó, José. El mundo es injusto con los buenos. Lo vimos cuando lo mataron al padre Carlos. ¡Qué injusto que es el mundo con los buenos! Con vos. Con nosotros. Nos destruyó pero no me resigno. Quiero que vuelvas. Quiero que esa puerta que miro de reajo se abra y aparezcas allí para abrazarme. Para tocarme. Para besarnos de nuevo. No quiero no poder tocarte más. Que no puedas tocarme, acariciarme. Soy tuya, José. Hasta el fin. Volvé por favor. No, no si no querés. Ya te dije que tenés que hacer lo que vos querés. Yo no estoy sufriendo lo mismo que vos, aunque sufra y me duela todo. Aunque hago todo para ponerme en tu lugar, no estoy en tu lugar. Me puedo mover y vos no, esa es la realidad. No puedo condenarte a una vida que no te guste. Hacé lo que quieras, mi amor. Aunque no me guste.

Sobreviviré como pueda a este desastre. Te me vas y no puedo hacer nada. Me siento impotente. Lo que pasó ahí en Ezeiza nadie pudo haberlo evitado. Ni siquiera si hubieras sabido con antelación lo que te iba a pasar ibas a faltar ese día, en que el sueño popular se hacía realidad. Después de tantos años y sufrimiento. Después de tantas luchas y muerte. No te lo ibas a perder ni aunque te hubieran avisado. No pudimos hacer nada, no había forma de preverlo ni de evitarlo.

Esto es distinto. Es una decisión. Y la decisión es tuya pero me ataño a mí entera. Hoy decidís matarte quizás por mi culpa. Porque no supe hacerte feliz con tu discapacidad. Un hombre feliz no se mata. No sos feliz porque estás paralizado. Pero también porque no pude hacer que te sintieras feliz. Porque descubriste mis llantos, los intuías. Lo sabías todo. Yo te amo hasta la muerte mi amor. Nunca voy a olvidarte

decidas lo que decidas hoy. Si te matás me muero con vos. Se muere una parte muy importante de mí. Seguiré respirando pero sólo eso. Vos sos mi fuerza motriz, mi amor, mi energía, mi deseo. Mi todo. Pero te me fuiste. Las lágrimas no paran de caer. La puta que lo re mil parió.



La mala suerte se ensaña con José Luis Nell. Lo persigue como una sombra empecinada, imposible de evitar. Otra vez entre rejas. Una redada de la policía uruguaya lo detiene con los Tupamaros en julio de 1967.

No hizo nada para que lo arrestaran más que hacerles compañía en peñas, en campañas de apoyo. Pero a los milicos poco les importa. Estar con ellos es ser como ellos. Y en realidad con José Luis Nell aciertan.

Pero tiene que haber pruebas, hechos en los que haya participado, operativos armados. Nada. Nada encuentran. Ninguna prueba contra él. Está preso por ser simpatizante de los Tupa, hecho que lo hace sentir honrado.

Los policías fascistas se convierten en jueces con suma facilidad, dicen “a este mandalo adentro”. ¿Por qué? ¿Por la cara? ¿Por pelotudo? “Mandalo adentro, estaba con los Tupamaros”. ¿Pero hizo algo? ¿Cuál es el cargo? ¿Simpatizante de los Tupamaros? Hay tantos simpatizantes de los tupa, se cuentan por miles en Uruguay. Los fachos actúan y reprimen por las dudas. No razonan. Se lo llevan a cualquiera por pasar cerca, porque no les gusta la cara, por lo que sea.

Hay que terminar con estos tipos, se dice José Luis Nell mientras son trasladados al penal de Punta Carretas. Quieren tanto al sistema, más

que a ellos mismos. El sistema los necesita para explotar a los pobres y ellos necesitan ese sistema, porque no saben otra cosa que reprimir y ser perversos. Lo llevan en la sangre. A esos tipos no les importa nada más que buscar una causa para reprimir, para gozar de ese poder de verdugos que tienen. Entonces, encierran a cualquiera sin pruebas, le dan mierda de comer, lo cagan a patadas.

Otra vez a la jaula, José Luis Nell. El hombre que no puede estar encerrado porque siempre piensa más allá. De nuevo la rutina, el mismo pan duro de todos los días, los mismos horarios, el arroz pasado. Ese siempre lo mismo que lo enferma, lo hace sentir muerto. Mientras afuera sucede la Historia, está encerrado sin saber qué día es ni qué carajo pasa afuera. Su único consuelo es estar con los compañeros.



-Hay que seguir. Todavía se puede.

Se lo oyó decir a Raúl Sendic, el Bebe, y José Luis Nell lo admira desde entonces. Un líder debe ser así, tirar para adelante. Aunque adelante esté la pared. Estrellarse contra ella hasta que se abra un surco, una esperanza. Es la diferencia entre un líder revolucionario y los mediocres. Los mediocres nunca se arriesgan por nada, siempre van a lo seguro. Estarían encerrados en esta jaula quince o veinte años. Pero la revolución no puede ser encarcelada nunca. Siempre intenta escapar.

La intención está pero el tema es cómo rajarse de esa cárcel de máxima seguridad. José Luis Nell evoca su fuga de Tribunales pero no encuentra parangón con el desafío actual, que se muestra mucho más complicado. Es un penal enorme y cuentan con la desventaja

adicional de que hace poco se fugaron mujeres de la cárcel vecina. Los milicos están preocupados, muy atentos.

El primer intento salió muy mal. Los compañeros construyeron el túnel desde afuera del penal pero se toparon con la cloaca. Todo se echó a perder el día en que llovió torrencialmente. La cloaca desbordó y se tragó el túnel. Se fue todo a la mierda, literalmente. Todo hay que preverlo, hasta la lluvia. ¿Quién iba a pensar que eso, una simple lluvia sería tan determinante?

Y entonces, Raúl Sendic buscó dar ánimo a los suyos después del fracaso. Cuando muchos se rendían, se deprimían, no tenían ganas de nada, surgió su voz sin estridencia pero segura abriendo un camino, una esperanza.

-Todavía se puede. Se tiene que poder. Vamos a poder.

Y los presos se sienten llamados a luchar no sólo por su libertad, sino por la de los oprimidos, por los pobres. Para terminar con el capitalismo y llevar a los pobres al poder como es justo.

Lo importante es intentar, poner una meta. En esos momentos, cuando todos flaqueaban, cuando todos se lamentaban, el Bebe ponía el norte de nuevo en la meta con la mística revolucionaria de los grandes. Del Che, de Fidel. Si Fidel no la hubiera tenido se hubiera quedado viviendo tranquilo en México. No. Viajó en un lanchón destartalado a Cuba para liberarla. Cien tipos eran la tripulación y luego del desembarco quedaron sólo diez. Tiempo después se vuelven a encontrar los pocos dispersos en la Sierra Maestra y Fidel dice: "La Revolución ha triunfado". Todos pensaron que había perdido el juicio. No, tenía fe revolucionaria Fidel. Sin esa fe, sin esa voluntad se hubiera vuelto a México, abandonando a Cuba a su suerte. No, prefirió luchar. Eligió ganar con esa voluntad quijotesca. La moral revolucionaria es así. No claudica jamás, hasta la muerte.

Y Raúl Sendic es así. No será Fidel pero puso los huevos sobre la mesa. Sus compañeros lo miraron incrédulos como los cubanos a Fidel al decir que la revolución triunfó y eran diez en la sierra. Nadie cree en el escape y sin embargo todos lo planean. Primero hay que comunicar las celdas entre sí. Son más de cien los que quieren escapar. ¿Hacer un túnel desde adentro del penal? ¿Comunicar todas las celdas entre sí? ¿Cómo cavarlo, con qué, cómo? Y sobre todo. ¿Dónde?

Todo parece tan descabellado que la llaman la operación Abuso. Es un abuso de imaginación. Y si sale, es un verdadero abuso al régimen uruguayo. Un tremendo y vergonzoso abuso. ¿Y qué es la revolución sino el mejor abuso al sistema?

Comienzan las tareas entonces. Se empieza por comunicar las celdas armando un pequeño corredor entre las mismas. No cuesta mucho porque el material de la pared próxima al techo se deshace. De repente ese edificio tan imponente descubre su punto débil. Parece inexpugnable pero tiene sus fallas por dentro. Y los Tupamaros las están aprovechando.

El capitalismo también es así, la revolución es su falla. Parece muy lindo, mucho consumo y riqueza. Pero también está la peor explotación, lo que se oculta. Y los explotados, los trabajadores tomaron conciencia y quieren el poder. Para barajar y dar de nuevo. Para que se termine la fiesta de unos pocos y el hambre de tantos.



El túnel avanza de a poco. El loco Arión presta su celda para la empresa. Nadie sospecha de él. De un loco se puede esperar cualquier cosa menos eso. Y sin embargo lo hace. Se la está jugando. Si lo

descubren, lo más seguro es que lo maten a trompadas. ¿Cuánto vale la vida de un loco en la cárcel?

Los guardias le escapan. Una vez casi amasija a uno sin ningún motivo aparente y desde entonces le tienen respeto. No se quieren meter con él, le dan todo lo que pide. Mejor tenerlo contento, piensan. Y se quedan tranquilos.

Se empieza a cavar en la celda del loco y el túnel crece como las ilusiones de los tupamaros.

-Abuso se va a la mierda – susurra un compañero recién salido del túnel.

-¿Por qué? ¿Qué pasa? –inquieren los otros, mientras degustan el guiso pasado por agua en el comedor central de la prisión.

-Una pared de piedra terrible, impenetrable. No la podemos pasar. No le hacemos ni cosquillas. Le estamos dando con todo y no se puede.

El corredor entre celda y celda ya funciona a la perfección. El loco Arión se hace el dormido mientras ayuda a pasar a su celda a los tupamaros. Mira muy curioso, como si fueran extraterrestres.

-¿Un túnel? – se repitió y arqueó las cejas cuando se lo propusieron en el patio. Por esa mirada donde había pasado tanto olvido, tanta apatía, de repente se vislumbró un brillo, una expectativa. E inclinó la cabeza en sentido de afirmación, y luego se dedicó a revolver su mirada sin destino fijo como hace habitualmente.

Se encuentra fascinado el Loco mientras observa y ayuda a cavar el túnel. Se ve que estuvo muy aburrido durante años. Ya le reservaron el primer lugar para rajarse si todo sale bien. Él se complace y sonríe como un chico.

El túnel es tan estrecho que a duras penas entra un hombre arrastrándose. Después de mucho insistir la pared de piedra se cae. Abuso sigue en pie.

Nada puede detener la voluntad del hombre. Si se lo propone, puede lograr lo que quiera. Hasta respirar en ese túnel. El polvo todo lo invade y encima la oscuridad absoluta es sólo atenuada por pequeños retazos de luces lejanas. Al sumergirse en él es imposible no pensar que se derrumbará. Pero nadie retrocede por eso. Si se viene abajo, es mejor haberlo intentado que quedarse mirando el techo de esas celdas. Si se cae, se cae. Es el riesgo. Pero ¿y si sale bien? ¿Y si logran escapar de las garras mismas del régimen?

Le estarían propinando un golpe de nocaut. Los tupamaros tendrían más admiradores que nunca. Todos los jóvenes uruguayos se harían tupamaros, no los frenaría nadie. Nadie. Porque a los jóvenes los seducen las aventuras y pelear contra el poder. Burlarse de los poderosos, ponerles las barbas en remojo.

Si lo logran es un golpe fenomenal al gobierno y la revolución habrá dado un paso grande. Si los descubren, los matan. Una u otra. No hay tu tía.



Otro tren que pasa, indiferente. Ya no frena en esta vieja estación abandonada. Sigue su camino. Nadie lo para al tren. Si alguien se cruzara en su camino morirá, porque no hay tiempo de frenar. Así pasó en mi vida. Nunca tuve tiempo de parar y dañé a gente inocente. A tipos que iban a laburar un día como tantos, como los laburantes de ese tren.

¿Qué iban a imaginar esos tipos que unos locos iban a asaltar el Policlínico? Menos hubieran imaginado que se disparara la ráfaga de ametralladora que les dio muerte. Habrían despedido a sus familias como siempre, tomado el té con tostadas que les preparó su mujer

para el desayuno. Seguro saludaron a los hijos. Quizás alguno tomara el tren. Son muchos los laburantes que viven en provincia y, después de mucho viaje, llegan a trabajar a Capital.

¿Qué iban a pensar esos pobres tipos la sorpresa horrenda que les tenía preparada ese día, que había amanecido como tantos? Uno nunca sabe lo que va a pasar. Parecía un día como todos, sin peligro. Probablemente ni recordaran esos hombres que era el día en que llegaría el camión de caudales con los sueldos del mes. Pero de recordarlo no les habría llamado la atención. El Policlínico está en una zona transitada, nunca hubo un afano, nada. Sólo cosas chicas. Hay policía, seguridad cerca. No hay nada que pueda alterar la calma chicha reinante. Y en un segundo, un segundo, todo se derrumba como un castillo de naipes. De repente se manifiesta la gran fragilidad humana y que todas las cosas que se suponen seguras eran eso, sólo el fruto de la imaginación.

Pobres familias. Las mujeres al despedir a los maridos jamás habrán imaginado que era la última vez que les daban un beso, que era el último desayuno en casa. Si el hombre trabajaba bien y en un lugar tranquilo, donde nunca pasaba nada. El máximo riesgo era algún golpe que se pudieran dar, fruto de una curdita en el viaje de vuelta. Los hijos habrán ido tranquilos a sus colegios. A estudiar, a divertirse, a pensar que el mal existe sólo cuando un compañero le baja los dientes a otro. Creer que le podría pasar algo al padre para ellos era lo mismo que pensar que la Luna se iba a caer sobre la Tierra.

Y de repente, lo que parecía imposible sucede. El viejo no volverá más. Quedó muerto por un loco de mierda que se asustó y disparó una ametralladora en el Policlínico. Ese chau de la mañana, igual a todos, fue la última vez que lo vieron con vida. Quisieran ahora hablarle, decirle tantas cosas. De repente toda la calma de siempre trasmuta en

desesperación. El mal existe, y puede hacernos daño. Puede no, ya nos hizo mucho daño. El peor.

No logro imaginarme lo que pensaron esas familias. El odio que habrán sentido, las vidas que arruiné para nada. Para estar el peronismo como está, matándose entre compañeros. Ni siquiera queda el consuelo de que haya servido. Que la vida de esos dos hombres hayan sido sacrificadas en nombre de una revolución o de la justicia social para el pueblo argentino. De algo. Pero no. No pudo ser. ¿Para qué lo trajimos al Viejo? Si hubiéramos podido ver la película de atrás para adelante, no habríamos hecho nada para que el Viejo volviera. Nada por métodos violentos. ¿Para qué poner la sangre? ¿Para entregársela después a los burócratas o a los trasnochados delirantes que quisieron disputarle la conducción? Si trajimos al Viejo ¿por qué no lo dejamos gobernar?

Pero uno no puede adivinar el futuro y lo hecho, hecho está. Una vez que empieza, la película avanza hacia lo desconocido y no hay vuelta atrás. Como ese tren, ya no hay tiempo de frenar.



Hay sueños que parecen imposibles, tantas cosas tienen que combinarse y salir bien que sólo son comparables a un milagro. Pero se puede. Si el hombre quiere, puede. El Abuso es eso. Una operación muy complicada, imposible. Si saliera bien sería un verdadero abuso, por su alevosía. Por enrostrar al régimen su derrota, por escaparse de su mismo seno, delante de sus propias narices.

El loco Arión es el nuevo ídolo de los Tupamaros. Siguen los milicos sin sospechar nada de él. ¿A quién se le puede ocurrir que un loco quiera fugarse de la cárcel? Sólo a los Tupamaros se les ocurrió. Y sí, el Loco se quiere fugar. O quiere ayudarlos a fugar. Nunca los había

siquiera mirado hasta que le hicieron la propuesta disparatada que pensaban. Y hasta se mete en el túnel y cava a un ritmo frenético. Y traga polvo con tanto placer como si se tratara de dulce de leche. Y su mirada trasluce una decisión irrevocable, su voluntad tanto tiempo enjaulada dentro de sí mismo aparece ahora con todo el deseo de querer vivir para algo.

Hoy es un día como cualquier otro. En la cárcel la vida se congela en la misma repetición de hechos. El tiempo parece detenerse cuando pasa siempre lo mismo. La misma hora de cena, la misma hora de ir al calabozo, los mismos rituales.

Pero hoy no. Hoy es el día en que puede pasar algo. No puede pasar, algo va a pasar. Salga bien o mal, se sentirán los tupamaros tranquilos de haberlo intentado. Porque ser revolucionario es pelear con los molinos de viento, es atravesar los paredones, los muros que parecen impenetrables. Es, sobre todo, intentarlo.

Las luces se apagan invitando a dormir. Y José Luis Nell se pregunta cómo es posible que manejen hasta el horario para eso. ¿Y si uno tuviera ganas de hacer otra cosa, de leer, de escribir, de seguir cavando un poco más el túnel? No tenemos derecho a nada, se dice. El preso no es una persona, es un animal. Los levantan a las seis y los acuestan a las diez. Apagan la luz, todo está muerto, no queda otra que dormir. ¿Qué van a hacer, mirar la tele acaso? Para vivir así, mejor morir. ¿Por qué no formaron un pelotón y los mandaron a fusilar a todos? ¿Para qué estar acá encerrados? ¿Por cuánto tiempo? El Che hubiera preferido morir como le tocó antes de permanecer años encerrado. Un revolucionario no puede vivir enjaulado en cuatro paredes.

Todo es penumbra. Sólo un pequeño destello, miserable resto de una luz lejana ayuda a ver. Todos cumplen su rutina diaria para no despertar sospechas.

No se ve absolutamente nada. Hay que imaginar por dónde caminar o recordar dónde estaban las cosas. No puede cometerse un error. Una cosa es que los agarren afuera, mientras se fugan. Otra que se descubra todo por una nimiedad, por un detalle menor, porque se hizo mucho ruido o porque alguien habló. Una cosa es que se caiga ese túnel que hicieron con sus propias manos y los entierren vivos y otra caer como giles antes de que se haga la fuga.

¿Y si el loco Arión los delata? ¿Y si cuenta todo? ¿Habrán hecho bien en confiar en un loco? ¿Y si enloquece y empieza a hacer de las suyas justo ahora?

El silencio se apodera de todo. Los presos simulan dormir. Parece una noche más de tantas. Primero el día, luego la noche. De nuevo el día. Nada nuevo bajo el sol. Pero mañana al clarear va a haber una sorpresa. Para bien o para mal, nada va a ser igual. Corren los primeros minutos del 6 de septiembre de 1971.

José Luis Nell siente el leve zumbido de las respiraciones y los movimientos de los compañeros que van pasando. De a uno. No puede hacerse el menor ruido, ni respirar siquiera. Todo pasa por ahora inadvertido. Van desplazándose hacia la celda de Arión. Lo van a tener que recompensar de alguna forma si todo sale bien. Con un monumento, con algo.

José Luis Nell recibe la señal de avanzar, llega su turno, el momento que estuvo esperando tanto tiempo. Va atravesando las distintas celdas por el corredor. El silencio sepulcral de la cárcel incomoda, manteniéndose al acecho. Como advirtiéndole que ningún error se puede cometer porque se notaría demasiado. La oscuridad dibuja contornos confusos, seres imaginarios, sombras y fantasmas. Se desplaza despacio, sin hacer ruido. Más vale hacerlo bien y lento. Es una obra de precisión, no de velocidad. Ahí está el túnel y se deja caer.

Siluetas confusas que se dibujan, se destruyen y vuelven a trazarse. Un fuerte olor a tierra, a polvo. Las paredes presionan la cintura, las rodillas rozan y se raspan contra la roca. Más dibujos en lo invisible. Y un olor a hospital que es de otro lugar y de otro tiempo. Como una ilusión, como un espejismo, como una nube pasajera. Y caras de horror dibujándose otra vez. Seguir, seguir que hay que salir. Y dolor en las manos, las yemas de los dedos sangrando. El cuello cansado de ir reclinado sobre el cuerpo en cuclillas. Un sabor seco, la sed retenida desde hace horas, la garganta áspera, la lengua pidiendo auxilio, un poco de agua, sólo eso. Hay que seguir, dejá de pensar estupideces. Y otra vez las imágenes que vuelven para martillar la cabeza, sofocarla, ahogarla. Una nube de polvo, pedazos de ladrillo. Apurate que faltan muchos salir todavía. Una curva, el sudor que moja como un torrente de agua. Las manos empapadas que resbalan pero siguen. Y los ojos que dejan escapar lágrimas para librarse del polvo, de la tierra que entra en oleadas constantes. Seguí, ya llegás.

Una pequeña luz que llega como un resto de un foco lejano. Y las siluetas que se dibujaban desaparecen tragadas por esa pequeña claridad. Seguí, seguí que ya

estamos. Quedate tranquilo. El cuerpo tiembla y se ve sacudido también por esa luz que se hace cada vez más nítida. El último esfuerzo. Dale que estamos cerca. Vas a llegar. Las paredes del túnel siguen escupiendo polvo, tierra, restos de piedras y de ladrillos. Tiene que aguantar, carajo. Y la luz crece hasta ocuparlo todo, y los ojos parpadean sin estar preparados todavía para recibirla. Una oleada inesperada de aire entra en el túnel. Entonces, dos brazos compañeros me aferran fuertemente las muñecas y arrastran mi cuerpo como un peso muerto hacia la superficie.



El bar Montevideano es el anfitrión de ese día espléndido. El sol pega inmisericorde anunciando la próxima llegada de la primavera y mucha gente se detiene a tomar algo. Está bastante concurrido a la hora pactada. José Luis Nell observa con cautela. Un hombre ocupa una mesa junto a la ventana y lee el diario. Toma el último sorbo del pocillo de café. José Luis Nell se acerca al comprobar que su aspecto coincide con la descripción que le habían alcanzado los Tupamaros. Se sienta junto a él, que sigue ojeando el diario en la nota principal, que pasados tres días sigue siendo la fuga descomunal de los Tupamaros de Punta Carretas. Le muestra la portada, riéndose con estruendo.

-Soy Mario. Sentate. – se presenta y lo invita.

-¿Me nombran en la nota? – pregunta con un hilo de voz el recién llegado.

Mira a todos lados por temor a que los escuchen. Mario responde como si no hubiera nadie, o dando por seguro que nadie oye.

-No ¿qué te van a nombrar? Los canas tardan en reaccionar. Ni siquiera sabrán todavía cuántos presos se las tomaron. Son idiotas, vos lo sabés. Pedite un café, relajate.

Le hace caso el ex presidiario. Hace mucho tiempo que no se sienta a tomar algo caliente, saludable. Extraña horrores esos placeres de la vida mundana. La libertad, pedir un café. Mirar un paisaje, caminar tranquilo por la ciudad.

Aunque el bar esté lejos de serlo, siente que está en un palacio y se deja caer en la silla.

-¿Estás seguro de volver a la Argentina? En Uruguay estabas detenido por una bicoca. Pero en Argentina tenés un proceso pendiente.

-Quiero volver. Hay que traerlo al General.

Mario sonríe. Lo desvela ese misterio llamado Perón, que tanto atrae a los argentinos y tanto confunde a los uruguayos.

-Tenemos algo para salir, que espero que no falle.

Mario estira un documento y un pasaporte falso. El trabajo está muy bien hecho.

-Con esto, podés pasar por donde quieras. Igualmente te voy a hacer entrar por Entre Ríos primero, no directo a Buenos Aires. Ahí hay más controles y hay que intentar evitarlos.

-¿Y Argentina? ¿Llegan noticias de cómo está la cosa allá?

Mario se sonríe. Mucho tiempo encerrado, José Luis Nell necesita saber cómo está el país al que va a volver. Entonces se le revela lo perverso de la prisión, esa caja de zapatos, esa jaula donde se está afuera de la vida.

-Parece que la cosa marcha. La Juventud Peronista crece, hay mucha movilización. Es lo que puede leerse entre líneas de lo que nos llega acá.

Y quien lo escucha, el prisionero argentino fugado de Punta Carretas, necesita creer. Le hace una seña para que continúe.

-La sensación, como acá, es que es una olla a presión, va a reventar todo por el aire. Una chispa y todo sale volando. No te exagero.

José Luis Nell sonríe. Se siente reconfortado al comprobar que no hizo las cosas en vano. Que mucha gente piensa igual que él, persigue lo mismo. El socialismo no fue un disparate que se les ocurrió a unos pocos. En el Policlínico estaban solos, el pueblo se enteró por los diarios y ni siquiera le interesó ni supo nunca qué carajo era la Tacuara Revolucionaria. Ahora en cambio sí se recogen los frutos y muchos jóvenes se ponen a militar por el socialismo y la vuelta de Perón.

De repente, Mario muestra una expresión seria y mira fijo el vaso a medio llenar y cómo se agita la cerveza formando una espuma espesa.

-Vos me debés una explicación.

-Sí...

-¿Cómo carajo hicieron hijos de puta? Claro que me debés una explicación.

La risa fluye espontánea. Mario levanta la mano llamando al mozo.

-Pidamos algo para brindar antes de irnos.

El aire centrado que habían mostrado hasta ese momento se transforma de pronto en una breva locura. El mozo trae otra cerveza.

La bajan en una andanada.

Mario tiene todavía algo importante para decirle. Lo suelta luego de vaciar la última copa con un trago apurado.

-Tu madre necesita verte, me dijeron los cumpas.

-¿Mi vieja? Sí, me llegó que anda mal.

Mario sigue hablando pero José Luis Nell ya no lo escucha.



El otro día fue al médico doña Nené. Le dijo que las cosas andaban mal, con su habitual sequedad, como si le hablara a la pared. ¿No reparan en que hablan con una persona?

Además, tener cáncer y encima andar mal es morir. Es directamente morir. Pero Nené no les hace caso a los médicos, va porque le insiste su esposo Pepe, nada más que por eso.

Pero yo no me voy a morir un carajo, se repite y le cuenta a todos. No todavía. No lo va a hacer mientras su hijo está encerrado en prisión y no puede verlo. Quiere ver libre a José Luis. Sólo eso, libre. Y abrazarlo con lo que queda de sus fuerzas horadadas por la enfermedad. Y perderlas todas en ese abrazo. ¿Para qué necesitaría la fuerza si sería la mujer más feliz del mundo si lo pudiera, tan solo, abrazar una vez más?

Muchos le esquivan la mirada, no la quieren ver de frente. Nadie quiera fijar sus ojos en los de una moribunda. Prefieren verla de costado y decirle: “Nené. Hoy se te nota un poco mejor”. ¿Qué voy a estar mejor?, se repite ella cuando le dicen eso. Si fuera por cómo se siente se moriría mañana. Pero no, tiene ganas de ver a su hijo. Y lo va a hacer aunque esté vieja y enferma. No quiere que José Luis la vea así, pero no se aguanta las ganas de verlo. De verlo una vez más fuerte y hermoso. Su hijo valiente, el soldado, el guerrillero. Siempre fuiste igual a tu mamá, se consuela. Ni loca se va a perder la alegría de verlo de nuevo.

El cáncer me importa tres carajos, se repite mientras comprueba que las fuerzas la abandonan por completo. Intenta entonces dialogar con la enfermedad, convencerla de que la deje vivir. Le ruega que se

detenga, que pare un poco. Que la deje al menos ver a su hijo. Si ella la creó, también la tiene que poder manejar, dialogar con la enfermedad. Decirle que no la va a llevar antes de que pueda ver de nuevo a su hijo. Sólo eso, después sí que haga lo que quiera. Que la mate en una semana, en un mes. ¿Para qué sufrir tanto? ¿Para qué padecer tantos dolores si el final ya lo saben todos?

Hoy se levantó un poco mejor, sin tantos dolores. Nené está segura de lograrlo. Si es fuerte, podrá vivir hasta abrazar a su hijo.

Casi desmaya de la alegría cuando se enteró de la fuga de Punta Carretas. ¿Cómo hiciste hijo para escapar otra vez? ¿Cómo?, se pregunta sin preocuparse por encontrar la respuesta. Una lágrima de emoción se cristaliza en sus ojos.

Y dialoga con su hijo, quizás busca darle ánimo a la distancia. Ustedes los jóvenes están haciendo mucho más por Perón que lo que hicimos nosotros los viejos. Lo van a traer, aunque los maten, los torturen, los pongan presos. Nadie va a poder frenarlos, hijito querido. ¿Cómo hacés siempre para salir airoso, con tus siete vidas?

Suena el teléfono. Es Jorge Rulli.

-Hola. Soy Jorge. ¿Cómo andás?

-Bien. ¿Qué sabés?

-Dentro de poco lo vas a ver. Me encuentro pasado mañana con él y ya arreglamos todo.

-Gracias, muchas gracias.

El tubo del teléfono se le suelta de la emoción y se estrella contra el piso. Qué buen tipo es Jorge, piensa agradecida.

Y entonces, más contenta, vuelve a pensar en su hijo.

¿Entonces lo voy a ver? ¿Cómo estará? ¿Con el bigote, sin el bigote? ¿Más gordo, más flaco? ¿Cómo lo habrán dejado esas cárceles de mierda? De esos lugares no se sale igual. Pero él tiene fuerza, se dice para consolarse. Él siempre puede. Hasta cuando todos lo creen

imposible, se escapa. Siempre por algún lado, siempre ingeniándose. ¿Cómo hace? ¿No lo van a agarrar? Toda la policía de Uruguay lo debe estar buscando. Lo dice el diario, están enloquecidos.

El orgullo por su hijo José Luis es muy grande y no se arredra ante nada ni ante nadie.

Y recuerda cuando su esposo, él que no comprende a José Luis tan bien como ella, se atormentaba por lo que pasó en el Policlínico Bancario. Pero qué macanas está haciendo, en qué se metió Josesito. Y ella le contestaba, lo sacaba carpiendo. ¿Vos no sabés cómo mataron los oligarcas? ¿No viste a tu mujer, a tu propia mujer ametrallada por esos cobardes? Y bueno, nuestro hijo mató por Perón. ¿Vos viste a todos los que mataron los antiperonistas? ¿Qué sos, ahora, amigo de Aramburu? ¿Amigo del contraalmirante Rojas? ¿Sos gorila como ellos? Mataron a miles ellos, José se cargó a dos. ¿Y me vas a decir que José se mandó cagadas? ¿Y los otros, qué hicieron los otros? Mejor no hables más de lo que no sabés, yo que estuve en la Plaza en que nos cagaron a tiros lo voy a defender a Josesito siempre. ¿Vos te creés que vamos a ganar algo así, echándonos la culpa? Ellos mataron a miles de obreros peronistas y andan por la vida lo más panchos. ¿Vamos a andar culposos nosotros y nuestro hijo, culpar a nuestros jóvenes porque lo quieren traer a Perón? Dejame de joder.

Y Pepe no opinó más. Si no lo mataba, se tuvo que llamar a silencio. Y eso que lo quiere bien a José Luis, ella lo ve todos los días cómo lo extraña y cómo se preocupa por su hijo. Pero vive con culpa Pepe. Si fuera por Pepe, Perón vuelve dentro de mil años, se dice Nené. O no vuelve nunca, él seguirá trabajando y esperando que otros hagan las cosas.

Ella ya no tiene fuerzas para hacer nada pero quiere a los jóvenes. Ahora está fascinada con los Montoneros que ajusticiaron a Aramburu. A Pepe no le preguntó nada, porque sabía que le hubiera

dicho que no es la manera, que esos pibes se están metiendo en un quilombo. ¿Pero vos te olvidaste de quién era Aramburu? ¿Quién era, una Carmelita descalza? Mató a peronistas, a miles, como si fueran cucarachas. ¿Qué querías que le hicieran, que lo felicitaran? Por suerte que tenemos estos jóvenes, porque si fuera por los viejos el país se iría a la mierda, y Perón seguiría en Madrid hasta el año 2000.

Se le iluminan los ojos de sólo pensar en Josesito, que es parte de esa generación que los va a vengar. Ahora los que van a ametrallar a los gorilas son ellos. Y se conforma con que por lo menos les lleguen algunas balas, que siempre las recibieron los pobres, como ella en la Plaza del 55. Las balas parecían haberse inventado para los negros peronistas, no para Aramburu. Los gorilas siempre disparando y ellos poniendo el pecho. Eso ya no es así. Aunque a Pepe le cueste entenderlo.

Su Josesito tuvo que pasarlas todas en tan poco tiempo. Dios, por favor, dame eso nada más. Un abrazo. Sólo eso, implora Nené.



Qué lindo día. Se había nublado un poco, pero ahora el celeste desplaza a las nubes en ese cielo prometedor. No me puedo llegar a explicar cómo mi decisión irrevocable se me resiste, no quiere que la practique. ¿A qué vine entonces, a tomar un poco de sol? Nunca tuve dudas de nada. Nunca me atormentaron los pensamientos cobardes, mediocres. El mundo estaría siempre en el mismo lugar si fuera por los mediocres. Estaríamos viviendo en las cavernas todavía. El hombre es invención, es riesgo. Es proyecto y su realización. Cuando uno vive, los días no pasan, se pierden sin que uno se de cuenta.

Por eso se me pasó tan rápido la vida, casi sin darme cuenta. Después de lo que me pasó, sí, los días pasan, se repiten. Pasan y pasan. Sin

novedades, o con las peores. ¿Así que hoy mataron a otro compañero? ¿Quién? No, no me digas. Uy, mirá vos. ¿Así que la derecha está haciendo mierda los locales de la Juventud? ¿Y qué podremos hacer? ¿Qué puedo hacer, ir a cagarlos a trompadas, quizás a tiros como se merecen?

El día, la noche, el desayuno, la merienda, la cena. Nunca tuve tiempo para tanto cuando estaba vivo. Lunes, martes, miércoles. ¿Así que mataron a Rucci? ¡Qué hijos de puta los montos! ¡Qué idiotas! ¿Así que la derecha empezó a amasijar a todos? ¿Se murió Perón? Y bueno, el Viejo estaba amortizado. Vino al país a morir, no a gobernar. Nos dejó muertos y en las peores manos.

Un día así soleado uno tendría que tener algo más edificante en que emplear el tiempo. Muchos pibes estarán hoy desgastando la pelota bajo sus habilidosas suelas. Cuántas madres descansarán un poco mirando a sus purretes corriendo para todos lados. Se llevarán una revista de chimentos y, de reojo, los mirarán para que no se manden ninguna macana. De chico nos enseñaron que los días así de sol son para pasear, para estar al aire libre. Nadie queda en su casa en el país entero. El día llama, y sólo por una situación de urgencia un argentino no aceptaría su invitación.

¿Sabrán esos que juegan y disfrutan algo, aunque sea algo de la palabra revolución? Lo mirarían a quien les preguntara como a un extraterrestre. ¿Pero de qué me hablás, pibe? ¿Estás delirando? Y enseguida lo invitarían: ¿querés un mate? Disfrutá el día de sol. ¿Para qué hacerte problemas?

Y uno no puede evitar recordar que también fue un purrete de esos que correteaban en la plaza más cercana a su hogar. Porque un pequeño en un día de sol en la casa se siente encerrado y empieza a rebotar contra las paredes. Lo aburren las rutinas hogareñas, aborrece terminar sus juegos para comer o para ir a bañarse. Un

purrete a esa edad come para no morir y se baña por la insistencia materna. Sólo le interesa a un niño jugar hasta que el cuerpo diga basta, y caer entonces dormido mansa y súbitamente en los brazos maternos. O del padre, si ya es muy pesado.

En el fondo yo seguí jugándomela toda la vida. Nunca me detuve en las cotidianidades. Jugué el juego que jugó y sigue jugando toda mi generación. Un juego que quizás perdimos.



Pasar la frontera no presenta ningún inconveniente. Mario tiene buenos contactos. No los molestan y entran a Entre Ríos sin sobresaltos. Que es lo mismo que decir Argentina. Porque Argentina no es sólo Buenos Aires, aunque terminen por confundirse.

-¡Fuerza! ¡Mucha suerte! – le dice despidiéndolo Mario, mientras se vuelve aprestándose para cruzar de nuevo la frontera.

Se dan un abrazo cordial.

-Muchas gracias – devuelve José Luis Nell con un brillo en los ojos.

Inmediatamente, toma un taxi que lo deja en Gualeguaychú. Camina por las calles desiertas a la hora de la siesta y se dirige a la terminal de ómnibus. Cuando saca el pasaje a Buenos Aires siente que está volviendo como un hijo pródigo. José Luis Nell se pregunta entonces cómo estará su madre mientras la noche comienza a bajar sobre la ciudad mesopotámica. Tiene el recuerdo cristalizado en su memoria de su madre fuerte como un roble, con el empuje militante que le supo transmitir.

Qué enfermedad de mierda el cáncer. Aguantá vieja que tengo ganas de verte, ruega José Luis Nell. Escapó también de la cárcel para verla. También fue por eso. Quisiera en ese momento regresar por un rato a la infancia, volver a creer que la maldad no existe, patear una pelota

de fútbol. Y mirar a su madre en el banco de la plaza, verse reflejado en sus pupilas mientras hacía sus correrías. Y después, cuando volvían a casa a la tarde, verla lavando las ropas que había dejado sucias y ruinosas. Nunca la oyó quejarse, siempre con una sonrisa. Tranquila, fregando la ropa mientras el agua y el jabón resbalaban por sus manos gastadas pero nunca rendidas.

Porque nunca te rendís vieja, ni aún hoy, se enorgullece José Luis Nell. A vos nada te cansa, todo lo soportás. Tenés unos ovarios así de grandes.

Quiere ese hombre convertirse de nuevo en un chiquilín y volver aunque sea una vez a cenar en casa, papá al frente de la mesa. El viejo recién llegado de trabajar, el hombre esforzado que alimentaba a su familia. Los platos calientes de sopa en invierno, la carne preparada con esa salsa que es una pócima de la que sólo la madre conoce los ingredientes siempre misteriosos, siempre deliciosos.

Hace cuánto que no come algo así, sentado en una mesa.

Un dolor agudo le toma el estómago, quizás los recuerdos que se clavan como puñaladas. Y las preguntas lo invaden. ¿Qué decirle a la vieja después de tanto tiempo? ¿Qué decirles, viejos, después de tantas cosas vividas? ¿Le reprocharán algo? El hombre que asaltó el Policlínico y escapó de Tribunales, el que se fugó también de un lugar imposible, el Penal de Punta Carretas, ese tipo hoy tiene miedo. Porque va a reencontrarse con el pasado, porque va a abrazar a su mamá después de tanto tiempo.

Quizás porque teme que todo se eche a perder. Que irrumpen los canas con su foto, que estudien sus documentos y pasaportes falsos, que intente huir y lo amasijen. Y entonces sí el encuentro se vería frustrado. No habría otra posibilidad.



En el lugar pactado, a la hora señalada, José Luis Nell se encuentra en una esquina de La Matanza con Jorge Rulli, que está al volante de un Citroen color blanco. Cuando lo ve llegar, su viejo amigo baja de un salto del auto y se lleva las manos a los ojos, como queriéndose asegurar de que no es una visión, un sueño.

-¿Cómo andás, hermano?

La fuerza del abrazo hace crujir las costillas. Recuperados de la primera emoción, José Luis Nell sube al auto en el asiento del acompañante.

Jorge tiene preparada para su amigo una casa de seguridad en Castelar.

-Es lo que pude conseguir. Pero vas a estar bien acompañado – dice sonriéndose.

-Si vos lo decís... - contesta José Luis Nell enarcando las cejas.

-No me pude entender con los compañeros de F.A.P.

-Entonces somos dos – refrenda Jorge.

-Están muy marxistas. Ni Marx ni Lenin lo hubieran sido tanto me parece – concluye Nell sonriéndose.

Jorge le cuenta entusiasmado que está empezando a organizar la Juventud Peronista en La Matanza. Se reproducen como hongos las agrupaciones que luchan por la vuelta de Perón, el país parece al borde de la lucha armada. La Juventud Peronista está radicalizada, quiere traer al Viejo con los fierros.

Los dos jóvenes a bordo del Citroen están seguros de que el país va a poder como pudo Cuba. Si Cuba es una isla pobre y pudo. ¿Por qué no van a poder ellos? Argentina, un país lleno de riqueza que hasta hoy se reparten pocos bloqueando el desarrollo del país. Se les va a acabar. Viene el avión negro tan temido. La juventud se va a poner tan militante que no les va a quedar otra a los oligarcas que pedir que el

Viejo venga. Y Perón hará la revolución, porque la realidad va hacia ahí. Y la única verdad es la realidad, no hay con qué darle.



-En media hora llegamos.

-¿En serio hijo? Decime que estás bien.

-Estoy bien, vieja. ¿No me oís?

-Tené cuidado, Josesito.

Doña Nené cuelga el teléfono. Barrer no vendría mal para que no veas toda esta mugre, se dice mientras va en busca de la escoba. No quiere que note su hijo que está tirada a menos por esa enfermedad que no le deja hacer nada.

Se prepara para el momento más feliz de su vida, como si su querido hijo volviera a nacer de sus entrañas, como si todo empezara de nuevo. Ya ni la cabeza le duele. Desde que lo encerraron sabía que iba a salir, siempre de alguna forma se las ingenia el hijo pródigo.

¿En media hora? – se pregunta buscando convencerse. Parece una eternidad, cada segundo que pasa le late en la mente, le taladra la cabeza. Apenas puede sostenerse. Tiembla. Será la emoción, la edad, el cáncer. ¿Quién puede saberlo?

Pepe le repite que se tranquilice como si fuera posible. Parece que no la conociera. ¿Cómo le va a pedir eso hoy? Hoy puede cualquier cosa menos estar tranquila. Otro día se enojaría mucho con él, pero hoy espera a José Luis y entonces nada le importa más que eso. Está preocupada, siente que por cualquier estupidez se puede echar todo a perder. Es la última posibilidad de verlo. Si lo logra, ya podrá morir tranquila y contenta.

Tocan a la puerta. Sus piernas gastadas corcovean torpes tropezando con los muebles hacia la puerta, hacia el comienzo, el fin de todo.



Jorge le repite a José Luis que va a quedarse un poco atrás, dejándolo tranquilo con su vieja cuando lleguen a la casa de Castelar. José Luis Nell insiste en que lo acompañe. Que su madre va a querer agradecerle lo que hizo. Jorge piensa en Nené, en todas las cosas que hizo siempre por él. Si hasta lo fue a visitar a la cárcel como si fuera su madre. No le perdonaría que le dijera gracias. ¿Gracias de qué?

-¿Se sentirá bien la vieja?

-Por supuesto. Cuando yo la vi antes de irte a buscar me dijo que andaba un poco mejor.

-¿Se la ve muy mal?

-Con la alegría que le vas a dar, se va a olvidar de todo aunque sea por un rato.

-Está muy mal, entonces. ¿Y al viejo cómo lo viste?

-Bien. Tu viejo está como siempre.

Don Pepe, persona de perfil inalterable, pocas veces se muestra nervioso o demuestra lo que siente. Muy callado pero de gran corrección. Antes de encontrarse con José Luis Nell, Jorge lo había visto y él le preguntó de dónde conocía a su hijo. De la Resistencia Peronista le contestó, de la militancia de esa época. Pepe lo miró extrañado, como con lástima. Como diciendo otro como mi hijo, que se mete en quilombos.

Las calles de tierra maltratan al auto, que emerge a duras penas de la polvareda en que se convierte al camino al avanzar a gran velocidad. José Luis Nell mira por la ventanilla hacia ningún lugar. Está nervioso, se le nota en el semblante, en la cara. Aquél hombre capaz de todo es de repente un ser que sufre, que siente ansias de ver a su

madre como cualquier chiquilín. Las pasó todas y las sigue pasando. Sólo puede hacer un encuentro clandestino con su madre.

Castelar y sus calles de tierra. El auto sigue a los tumbos, desgastándose en el camino sórdido. Ya están cerca.

-En cinco llegamos.

-Sí. No puedo creerlo.

En una pared gastada por los años, la P con la V de victoria envolviéndola.

-Todas las ciudades están tomadas. Son peronistas hasta las macetas.

-refrenda Jorge.

José Luis asiente abstraído. ¿En qué pensará el hombre temerario, el prófugo argentino del penal de Punta Carretas?

Están cerca de verdad. Jorge vuelve a decir que respeta mucho ese momento, que no le parece ético meterse y que va a estar a una prudente distancia por lo menos en los primeros instantes. Cansado, José Luis Nell asiente. Ya no le importa nada más que abrazar a sus viejos, ver cómo están, charlar de cualquier cosa trivial o saber de la familia después de tanto tiempo. El auto se detiene.

-Esa es la casa. Te están esperando. Espero acá en el auto.

Baja del auto de un salto. La puerta queda vibrando por el sacudón.

No importa, maestro, piensa Jorge. ¿Qué puede importar un auto de mierda al lado de hacerte este favor, este pequeño favor para que vivas un momento feliz? Vos te lo merecés, sufriste mucho.

Golpea la puerta con violencia, se abalanza sobre ella. La puerta se abre muy rápido quizás por el golpe o porque Nené estaba justo detrás, para no perder un segundo. José Luis Nell se sumerge en el abrazo enorme y afectuoso que le da su madre. El padre se arrima y le palmea la espalda. Pepe intenta contener la emoción pero las lágrimas comienzan a correr inevitables por ese rostro que siempre se muestra

duro y formal. Ahora parece un chiquilín que llora sin complejos ni vergüenza.

Jorge sigue dentro del auto como se había prometido, mirando de reojo pero sin poder evitar que las lágrimas se cristalicen en sus ojos. No escucha qué se dicen en esos primeros instantes pero qué puede importar eso. Siente sus manos temblar y su mente viaja como un torbellino hacia cosas del pasado que no puede ordenar. Son los pequeños ratos de felicidad que les deja la militancia. De repente, encontrarse con estos momentos simples, sobrecogedores, de un hijo abrazándose a su madre. Algo que muchas de las familias argentinas viven casi siempre o todos los domingos, ellos lo hacen cuando pueden, cuando están libres de la represión, en un pequeño ocio que les da la lucha. Y piensa en su familia y que se deberían juntar a tomar algo, a comer un asado.

Se la ve muy flaca a Nené. El viento que ingresa a través de la puerta entreabierta parece capaz de tirarla al suelo. Pero se mantiene en pie quizás sostenida por la emoción o por la felicidad de esos minutos irrepetibles.

José Luis seca sus lágrimas, se da vuelta y le hace señas a Jorge para que se acerque. Cierra el auto entonces y camina hacia la casa. Abraza fuerte a Nené y a Pepe que le salen al paso. Gracias, dice Nené con la voz tomada por las lágrimas que siguen brotando de sus ojos.

-Pasá, Jorgito. No te quedes ahí afuera. Por favor. Después del favor que nos hiciste te quedás ahí, tan lejos. Pasá, acomodate. ¿Querés algo para tomar?

Dice nada pero Nené insiste con sus modos de matrona. Es imposible decir que no. Le pide un té sólo para que se sienta a gusto. Si no se va a quedar tranquila. Sus ojos brillan de tal forma que no parecen enfermos, animados bailotean enfocando distintas cosas pero siempre terminan en el nene, en el hijo pródigo. Y es maravilloso ver cómo esos

ojos acarician, abrazan, dan calor, ternura, vida. Nunca quienes están allí vieron reflejada en su rostro una mirada tan feliz. Acomoda la mesa, pone tazas y estira el mantel ante la pasividad de los hombres que permanecen sentados, extenuados por la emoción.

Más allá, Graciela y su hija Verónica de ocho años, mirando con curiosidad y mucho respeto la escena. Son las dueñas de casa, porque aunque Nené acomode todo a su gusto, eso será sólo hoy, en que se encuentra con José Luis. Graciela muy gentilmente lo permite todo. Accede a que le tomen la casa para ese evento prestando refugio a ese hombre desconocido y se mantiene respetuosamente en un segundo plano. No habla, o lo hace sólo con su niña, que le pide que lea libros de cuentos o que le ayude a hacer la tarea del colegio. Madre e hija en su mundo, como si en la casa no hubiera nadie, sin preguntar, sin saber tantas cosas.

José Luis Nell parece relajado como un soldado que baja la guardia. Está derrumbado sobre un sillón que parece envolverlo, tragárselo. Su cara irradia la felicidad contenida durante mucho tiempo. Fija sus ojos en los de Jorge, que está tomando el té que le sirvió Nené.

-Gracias, hermano, gracias.

Se incorpora para abrazarlo.

-Acá vas a estar seguro, Maestro. Y bien acompañado, Graciela es una mina de hierro. Cuidala, cuidate mucho. Es hora de irme, hermano. Ya nos volveremos a ver.

José Luis Nell repara entonces en Graciela, que hasta entonces era un mueble más de la casa. Le sonríe y hace una reverencia aparatosa inclinándose y por poco pierde el equilibrio. Jorge hace un esfuerzo para contener la risa.

-Cuidate, viejo. Que esto te costó mucho. Hay algo que todavía no entiendo y me tenés que contar cuando tengamos tiempo.

-Decime, Jorge, decime – ruega Nell.

-¿Cómo carajo hicieron para escapar del penal de Punta Carretas? – pregunta antes de soltar la carcajada.



Estás embarazada, mi amor. Mi descendiente por lo menos llevará mi apellido. Es lo poco que le voy a poder dejar. ¿Mujer? ¿Varón? ¿Quién sabe?

Tengo que aguantarme las ganas de conocerte, hijo. O hija, pasa que quiero que tengas algo mío, no me puedo imaginar una nena parecida a mí.

Es un peligro para mí conocerte. Te podés convertir en una causa para vivir. Y no quiero. Por mí viviría, pero no puedo cargar a Lucía toda la vida. No puedo tampoco soportar que mi hijo me vea como un pelele. El deseo de verte, de conocerte me lo voy a tener que aguantar. Quizás en el futuro tu mamá te cuente quién fui. Cuando seas grande, cuando puedas entender algo de lo que pasó. De lo que nos pasó. Hay cosas que todavía yo no logro entender cómo sucedieron así. Pero ahí están. Vas a tener mi apellido. Con la frente alta, con orgullo. Yo no te abandoné, la vida me abandonó. Ya vas a crecer y vas a entender todo. Yo tampoco comprendía cuando era chico. No entendí cómo mi vieja, cómo tu abuela se jugaba la vida en la Plaza de Mayo poniendo el pecho a las balas. Después sí lo pude comprender. A lo mejor a vos te pasa lo mismo.

Cuando uno es chico no puede saber muchas cosas que después sí. La vida te va enseñando sola todo. Y no te equivoques tanto como yo. No hagas cosas de las que después te puedas arrepentir. Nunca agarres un arma. No tenés idea del daño que podés hacer y del que te podés hacer a vos mismo.

Ojalá quede algo de lo que hicimos. Que no haya sido en vano. Que si dejamos la vida y nuestra felicidad en el camino haya servido para hacer un país más justo. Ojalá vos puedas verlo. Que nuestro sacrificio sirva para que vos disfrutes. Siento no poder hablarte ahora para explicarte algunas cosas, para que sepas que esta decisión es lo mejor para todos. Lo hago por tu mamá y por vos. No puedo condenarte a que tengas que atender a un discapacitado toda la vida. No tuve otra salida, es algo que no me gusta pero que tengo que hacer. Tenés que crecer, hijo. Tenés la vida por delante. Todo está por hacerse. Todo por descubrirse. Quizás algún día sientas curiosidad por saber quién fue tu padre. Preguntale a tu mamá. Escuchala. Escuchá a tu abuelo. Lo peor para mí sería que me olvides. Crecé. Crecé sanito. Me gustaría conocerte. No sabés cómo sufro al no poder hacerlo, al no poder vivir para conocerte.

Es lo mejor. Es lo mejor para todos. Quizás algún día me lo reproches. Y te entendería. Pero hay que estar en mi lugar. No sabés lo que es no poder caminar, no poder hacer nada, absolutamente nada sin ayuda. Uno puede llegar a imaginárselo. Pero vivirlo es distinto. Sufrirlo es distinto.

La vida se me fue intentando entender el peronismo. Maté a dos inocentes, hijo. Para traer a Perón. Pero la vuelta del Viejo no solucionó todos los problemas como tantos creíamos. El peronismo puede incluir a las peores personas. O a las mejores. Es muy peligroso, hijo.

Tu padre siempre intentó cambiar el país. Soñé y sueño todavía con el socialismo. Quizás lo hagan las generaciones venideras. Nosotros no pudimos, nos equivocamos mucho. Se derramó mucha sangre. Nada es gratis cuando se quiere cambiar la sociedad. Si uno quiere ser revolucionario se la juega entero y si no se queda en la casa. Yo también me podría quedar en casa veinte años siendo una carga. Pero

no quiero. No me sirve. No te imagino mirándome con tristeza, con impotencia. Hay cosas que no se pueden cambiar. La medicina avanzará mucho, muchísimo. Pero hay cosas que no tienen arreglo, que ningún médico le puede encontrar solución. Hagan lo que hagan, el cerebro es el cerebro. Cuando se daña, se daña. No es fácil de arreglar, es imposible de arreglar.

Me lo dijo el doctor Matera. El tipo me encanta porque dice la verdad. No ilusiona a los pacientes con cosas que no son. Me dijo que podía intentar la rehabilitación, que se podía mejorar la espasticidad, pero nunca curar. Quizás en tu época los que tengan lo mismo que yo puedan recuperarse. Pero no puedo esperar veinte años. “Veinte años no es nada”, dice el tango. Las pelotas. Es mucho. Muchísimo. No puedo esperar a que se invente la pólvora, que aparezca el milagro. Porque perdí la fe en los milagros. Siempre pude pensar lo imposible, me escapé hasta de dos cárceles distintas. Pero hoy no. No tengo esperanza. Se me acabó. No puedo amargar a la gente que quiero más. ¿Serás parecido a mí? ¿O una nena parecida a Lucía? Yo me parecí mucho a mis viejos. Quizás tengas algo mío. La nariz, alguna facción, el carácter. Qué se yo. Nadie puede saberlo mientras no te asomes al mundo. Ahora estás bien ahí. No te apresures por salir que afuera hay mucho para aprender. Y mucho para sufrir.

No hagas renegar a tu mamá. Ayudala, querela. Cuidala mucho por mí. Yo no voy a poder hacerlo. Quedarás como el compañero o su compañera. Sólo te pido que me recuerdes de vez en cuando. Pero que no sea motivo de amargura. Acordate cómo vivió tu padre, no cómo murió. Morir todos vamos a morir. Lo sabemos desde que nacemos. Pero vivir todos vivimos distinto. Recordame vivo. Como un tipo que se la jugó. Que tomó las armas para liberar a su país. Que fue preso por eso. Que se fugó de la prisión dos veces. Que nunca lo podían agarrar. Que nos casamos en secreto con mamá, rodeados de villeros

peronistas. Que nos fuimos a Ezeiza, que íbamos al frente de una columna de la Juventud Peronista, de los Montoneros. Sí, de los Montoneros. Con orgullo recordalo.

Recordame vivo, no muerto. Verás que algunos tipos pasan por la vida sin hacer la mitad de las cosas que hizo tu papá en apenas treinta y cuatro años. Tipos mediocres, que vagan sin ninguna convicción, sin ningún ideal. El tiempo pasa y ellos igual siempre. Nunca se calientan por nadie. No. A tu viejo lo aburría la mediocridad. Lo aburría sentirse cómodo. Vivió haciendo cosas y se metió en miles de líos. Así recordalo. Cuando te metas en un quilombo sabé que estás haciendo lo mismo que hizo tu viejo. En donde quiera que esté estaré orgulloso de vos.

La sangre tira, y confío en que vas a heredar algo de mi carácter. O de mis sueños. Porque la muerte no puede tragarse todo. Los sueños de liberación de los pueblos no van a terminar porque se mueren las personas. Siempre renacen en otras, por los siglos de los siglos. Ojalá puedas encarnar otra vez estos sueños. Espero que con mejor fortuna, hijo. O hija. Espero, desesperadamente, que con mejor fortuna.



Un revolucionario no tiene tiempo para el amor. La vida pasa como un río de aguas torrentosas, como un huracán. No hay momentos para detenerse y formar una familia burguesa. Esas familias que siempre hacen lo mismo, que se levantan a la misma hora, tienen dos hijos, no más, no menos. Los nenes después siguen el camino de los padres, en un ciclo que se repite hasta el infinito.

Un revolucionario da todo por su causa. El amor de un revolucionario es el amor a un pueblo, el amor a los pobres, el amor a los explotados. No hay tiempo para otro amor. El amor burgués fácil, cómodo, seguro,

no le importa a un revolucionario. Aman cuando pueden. Entre tanta cárcel, tiros, operativos, policlínicos bancarios, es muy difícil juntarse con una mujer y salir a tomar un helado, un café. Qué carajo se va a poder. No se puede, no es que no se quiera. El revolucionario vive escondiéndose o jugándose la vida a cada instante.

El amor, como todo en un revolucionario, es clandestino. Es un amor que tiene que ser ocasional, sin atarse a las formas de la rutina, a horarios imposibles de cumplir. Si no, no se puede.

El embrujo de las mujeres sin embargo acecha, hechiceras temibles por su belleza y ese imán invisible de atracción que hace que los ojos de un hombre no puedan más que mirarlas. Y desearlas, y volverse loco.

Pero un revolucionario no puede sacar la mira de sus objetivos jamás. El sueño y el amor más grande es hacer la revolución. Hacer que los pobres puedan vivir con dignidad, terminar con el capitalismo y su explotación.

José Luis Nell se lo intenta explicar de mil formas a Graciela. Ella le gusta, la quiere. Siempre le va a estar agradecido por haberle prestado su casa para esconderse, para mantenerse a salvo. Podría vivir mil años con ella y ser felices. Tener cien hijos. Es una hermosa mujer para él. Porque linda es, hermosa. Las curvas, la boca roja como cereza, la piel de aceituna delicada, las piernas imposibles de no mirar. Pero tiene una piba de ocho años. Y él no puede vivir, dormir tranquilo si en su misma casa hay una nena, una chiquilina que recién empieza a vivir. Tiene que poder dormir con una metralleta bajo el brazo. Aunque le cueste entenderlo a Graciela, es así. Y ¿cómo lo va a entender ella, enamorada perdidamente de él? ¿Cómo le puede pedir a una mujer que tiene una hija hermosa que la ponga en riesgo? ¿En nombre de la revolución se lo va a pedir?

No puede tolerar José Luis Nell vivir con esa angustia, con esa culpa. Mientras dure la calma no hay problema. Pero ¿si viene un allanamiento? ¿Si alguien lo delata y lo entrega? ¿Se va a resistir estando una nena de ocho años en su casa? Aún sin resistirse, los canas entran disparando y después preguntan. No, Graciela, no. Esto no puede seguir. Quizás en otro momento podían haber sido muy felices pero hoy no. Hoy si lo vienen a buscar, José Luis Nell tiene decidido resistirse. Estuvo preso dos veces, no va a estarlo una tercera. Si lo encuentran lo van a sacar con los pies para adelante, no vivo. No puede hacerla participe a Graciela de esa resolución. Y a Verónica menos. Está divina la nena, juega en el patio. Mejor dejarla tranquila con sus muñecas, sus historias inventadas, sus correrías. Merece el mundo de muñecas, de juguetes, de sueños inocentes que tuvieron todos.

Hace poco se conocieron y Graciela no sabe mucho del hombre al que ayudó a esconderse de las garras del régimen. Aunque él se lo cuente todo, hay que estar en su piel para saber lo que sufrió. Y no lo quiere volver a pasar. Libres o muertos, jamás esclavos, repite la JP. Y lo va a llevar a la práctica.

Deberías buscarte otro tipo, le insiste José Luis Nell. Sos una linda mina, no te van a faltar candidatos.

Le duele mucho dejarla. No la está engañando con otra, jamás lo haría. No oculta nada, siempre habla de frente. Se siente incómodo viviendo en la casa de Castelar, la cosa se está poniendo áspera, fea. La dictadura está reprimiendo. Se tiene que ir, aunque la vaya a extrañar. Quizás algún día vuelvan a verse. Aunque Graciela no lo entienda hoy, nunca va a dejar de quererla.

-¿Te vas entonces?

Graciela mira con expresión triste. José Luis Nell se siente un hijo de puta, no se puede entristecer así a una mujer, ver que sus ojos

relucientes llenos de vida se transformen en un cristal envuelto en lágrimas. Quisiera decir que no. Pero lo mejor es irse.

-Sí, me voy.

-Pero ¿por qué, por qué te vas? ¿Ya no me querés?

-Ya lo hablamos, mi amor. Por favor, ya lo hablamos.

-Sí, ya sé. Me vas a decir que para cuidarnos te vas.

Menea la cabeza Graciela. Lo agarra de la muñeca. Obliga a José Luis a apoyar el bolso en el piso.

-Es lo mejor. Vos sabés que es lo mejor.

-¿Por qué no largás todo y hacemos una vida normal? Nadie nos va a molestar acá.

-No puedo. Yo no soy así. No soy normal, como decís vos. No voy a dejar mis convicciones. No me podés pedir eso.

-Está bien. Andate entonces. Pero prometeme algo.

-¿Qué?

-Si necesitás mi casa para esconderte otra vez, volvé. Prometémelo. Mirá que acá es un barrio tranquilo.

-Gracias.

-Otra cosa quiero que me prometas.

-Decime.

-Nunca me olvides. Y venime a visitar.

-No te voy a olvidar.

Luego del beso postrero, José Luis Nell se da vuelta y siente los ojos de ella en la espalda como rayos que lo recorren, que penetran por las costillas, por los músculos, que invaden todo su ser. Sus piernas caminan solas. Su cuello lucha denodadamente para no volverse. Mientras camina, imagina la escena triste. Graciela, el pasto crecido de un mes sin cortar, las hojas de los árboles bailoteando con el leve viento matinal, más allá Verónica jugando con las muñecas en el

patio. Graciela apoyada en la puerta, inclinándose, derrumbándose sobre ella. Con las lágrimas surcando su rostro.

No te vuelvas, no te vuelvas, repite su conciencia. Sus piernas, obedeciendo mecánicamente, doblan la esquina.



Luche y vuelve. Esas dos palabras son el faro, la luz a seguir para todos los jóvenes. La juventud maravillosa del General, la que no da tregua al sistema para su vuelta. Que será triunfal, que será para hacer el socialismo que todos anhelan y que es una invitación del destino que la Argentina deberá aceptar, le guste o no.

Lanús siempre fue un barrio peronista. No lo pudieron desperonizar ni las dictaduras militares ni las matanzas, ni las torturas.

La Tendencia Revolucionaria crece en Lanús, los militantes se suman en oleadas. Algunos pibes miran a José Luis Nell como al ídolo, los que conocen su historia referida por algún amigo común pero muy en secreto. Cuanto menos se sepa mejor, sobre todo si se hace laburo barrial.

Para seguir en condición clandestina, lo llaman Raúl. Todos en la Tendencia tienen un nombre de guerra. Porque al laburo barrial, cuando hay que agregarle armas se las agregan. Porque con el trabajo de base solo no alcanza pero sin él todo puede perderse. Muchas pibas se suman. Una es especial para José Luis Nell, que rápidamente le echa el ojo. Se llama Lucía Cullen. Su nombre de guerra es Marcela. Fue lugarteniente del padre Mugica por mucho tiempo en la villa de Retiro. Algunos dicen que estaba perdidamente enamorada de él, pero que Carlos se tomó en serio el celibato. No se le conoce novio. Va siempre por las unidades básicas que se están armando, semiclandestinas porque el sistema reprime cuando se tornan visibles,

hay que crecer en la sombra y hacerse ver cuando se tiene fuerza. Es un trabajo de hormiga.

Es un hostigamiento permanente, para que a los gorilas no les quede otra que llamar, implorar por el regreso de Perón. Porque si no se los comerán los jóvenes, uno a uno. Para que no les quede otra que aceptar el socialismo, comandado por los jóvenes idealistas que se cansaron de tanta injusticia con el pueblo. Mañana vendrá el General en el avión negro o en donde carajo sea, en un helicóptero, en un cohete. Pero vendrá. Y los jóvenes tendrás las armas para defenderlo de ser necesario. No se van a dejar bombardear como en la plaza de 1955. Serán su vanguardia armada, no se volverá necesario escapar ya en ninguna cañonera paraguaya. Los que tendrán que rajarse son los que insistan en su voracidad capitalista. Se les acabó y tienen que entenderlo.

El padre Mugica viene hoy a Lanús, susurra una vecina a José Luis Nell y sus ojos se arquean, cobran una expresión avasallante como diciendo que viene para ella, sólo para ella. Y es su deseo como el de tantas. Qué facha ese tipo, es cosa seria. La noticia corre como el viento y en pocos minutos no hay mujer que la ignore en todo Lanús. Y la gente comienza a invadir el templo. Nunca se vio tanta gente reunida para una misa. Lo habitual es que se acerquen cien personas como mucho cada domingo y la concurrencia que aumenta durante las Pascuas o Navidad. Después, pasadas esas fechas, los católicos se olvidan metódicamente de que lo son.

En Lanús, con el padre Carlos Mugica, se reúnen dos mil almas en una misa. La iglesia se ve desbordada, la gente se amontona, camina una sobre otra, algún codazo para acomodarse pero nadie se queda afuera. La atmósfera se vuelve sofocante pero escuchar al padre es música para los oídos de los pobres. Por años se habían acostumbrado a bancos espaciosos, donde los celebrantes miraban

monótonamente al párroco y cantaban canciones repetidas y solemnes. Sienten que Carlos es la voz de los pobres, su reclamo, su propia ansia de ser escuchados.

Hay que conseguir más sillas, dice Lucía, y se dedica a esa tarea espontáneamente, pidiéndolas a los vecinos de la capilla. No quiere que nada falte, busca que todos se sientan como en su casa. Tiene temple de organizadora, tan útil para el laburo de base. Hechiza con su forma de pedir las cosas y nadie puede decir que no. Y los vecinos sucumben a sus encantos y prestan las sillas para la misa del Padre Mugica.

Chicas lindas hay muchas, jóvenes, entusiastas, sensuales, muy sexys con sus minifaldas, con sus piernas al aire, sus cinturas contorneadas, ropa ajustada y provocadora. Escuchando los Beatles, los Stones, *hacé el amor y no la guerra*. Ella no, camina con ropa común, sin llamar la atención como una hormiga sencilla y laburante. No vende algo que no es, no tiene careta y se brinda con naturalidad. Los villeros la tienen como una ídola. No es de esas pibas que se suman porque la militancia está de moda pero son huecas. Si mañana estuviera de onda ser de derecha, lo serán. Si cundiera chupar el culo a los milicos también. Lucía no. No es una moda, una superficialidad, una apariencia.

Y a José Luis Nell lo está enloqueciendo. La ve transpirar, poner el hombro, jugarse, no inmutarse ante las dificultades, no como esas pibas que en el primer quilombo huyen despavoridas a sus casas o a contar todo a la policía. Lucía se le revela como un misterio, una incógnita, un camino a recorrer. Le parece imposible que en una persona pudieran caber tantas cualidades encima acompañadas de la belleza y la dulzura. Militante de hierro, compañera que encarna los mismos sueños por los que luchó siempre. Lucía pudo haber sido veinte cosas. Viene de una familia sin problemas económicos, podría

hoy llevar una vida sin sobresaltos. Su padre es miembro de la Suprema Corte bonaerense, o sea pudo y todavía puede tener una vida rodeada de opulencia, de afables tratos y todo tipo de atenciones. Pero elige a los villeros, los pobres. Deja toda la comodidad para incursionar en los laberintos de la militancia, con su compromiso y sus enormes riesgos. Lucía entonces se convierte en Marcela.

Cuanto menos se sepa de la vida privada mejor. Nadie puede delatar a un compañero si no puede develar siquiera su nombre. Con la tortura, no se puede extraer la verdad si el torturado no la sabe. Dirá que hay una tal Marcela que milita en Lanús, en la Tendencia Revolucionaria, que participa en unidades de base. Que organiza postas sanitarias de la organización y para los vecinos. Que es miembro de Montoneros. Que junta armas en algún operativo. ¿Marcela? ¿Pero ni el apellido sabe? Y el quebrado diría que no, que ni el apellido verdadero conoce. Marcelas hay miles en Lanús, ¿qué otra cosa sabe? Nada, le juro que nada. Y entonces el torturador, por más que torture, que lo mate torturando, no sabrá más que hay una chica que se llama Marcela en Lanús. Una aguja en un pajar.

O le preguntarán por Raúl. Hay un tal Raúl que anda haciendo disturbios en Lanús, que está organizando a la juventud, que es oficial montonero. ¿Qué sabe de él? Nada, que se llama Raúl. ¿Es su verdadero nombre Raúl? Y sí, todos los compañeros lo llamamos Raúl. Sí lo que pueden delatar son las casas operativas de la organización, pero se pueden abandonar y rehacer en otra parte del barrio. O en otros barrios, ocultándose y volviendo a renacer. Hay que golpear, replegarse, volver a golpear. Y organizarse.

Es fundamental mantener una identidad reservada y José Luis Nell lo sabe mejor que nadie. Los riesgos son muy grandes. Cuando robaron el Policlínico bancario un compañero de la organización cayó y los delató a todos, uno por uno, con lujo de detalles. Hay tipos que les

muestran la picana y hablan. No se los puede culpar. Hay que bancarse la picana, la tortura. Eso no es para cualquiera. Y entonces dio los nombres, los apellidos, por poco el apodo, la contextura física, todo. Hasta el domicilio. ¿Cómo explicar que a él lo fueran a buscar a Río Gallegos y que ya supieran todo antes de agarrarlo? Que supieran que había sido el asesino de los dos tipos muertos en el atraco. Si hubieran usado nombres falsos no los encontraban más, todavía estarían buscando. ¿Quiénes fueron los que protagonizaron el asalto? ¿Quiénes estaban? ¿Quién disparó? Disparó Raúl, un compañero de la Tacuara. ¿Qué sabe de Raúl? Nada, sólo su nombre. Y entonces la picana se hubiera accionado inútilmente. Los canas se hubieran quedado sin la información que necesitaban.

En la clandestinidad se sacrifican muchas cosas. Hay que dejar todo en la vida revolucionaria, hasta el nombre. En nombre de la revolución. De que vuelva Perón.



Una revolución social se va construyendo en los pequeños actos. No sirven ni las armas ni la violencia sin el trabajo de la militancia de base que realizan los jóvenes de la Tendencia Revolucionaria del peronismo.

En Lanús hay miles de cosas para mejorar. Todo está por hacerse, como diría el General. La escuela 77, donde van tantos pibes, se cae a pedazos por el abandono y la desidia de años. La última vez que alguien la pintó fue cuando los obreros la erigieron con su trabajo sacrificado. Las escuelas y las salitas las hicieron los vecinos del barrio. La gente las levantó con su propio esfuerzo, con su trabajo de años.

Y para ser escuchados, los militantes se proponen trabajar como ellos. Si no, se corre el riesgo de pasar por un charlatán, por un revolucionario de escritorio.

Se decide en asamblea de compañeros pintar la escuela, labor que a José Luis Nell no le apasiona pero que sabe necesaria, tanto o más importante que acopiar armas. Puede parecer inútil, pero el trabajo de hormiga es a la larga el más efectivo. Sin ese trabajo, sin esa inserción territorial todo se puede perder. Ningún pueblo, ningún barrio va a proteger a quien no quiere, a quien no conoce. Si los quieren los valoran, los cuidan, los escuchan. Y se proponen esos jóvenes hacer todo lo que esté a su alcance ahora, para que las condiciones de vida del pueblo sean más dignas. Porque, antes de hacer la revolución, es mentira que nada puede hacerse. Es necesario que hacer lo poquito para sembrar lo grande.

-¿Cómo andás Raúl? – guiña el ojo cómplice Lucía.

José Luis Nell y Lucía Cullen siguen observando las reglas del movimiento de manejarse con los nombres de guerra, aunque se conozcan y ya tengan confianza. Y algo más.

-Bien, Marcela. Estamos preparando las cosas. Hoy empezamos a lijar.

-¿Cuántos obreros tenemos?

-Somos cuatro.

-Tengo ganas de sumarme.

-Por supuesto, Marcela. Tengo preparada una lija para vos.

Se larga a reír Lucía descubriendo una sonrisa pícaro y sugerente. Por lo menos así lo interpreta José Luis, no es una sonrisa cualquiera sino sugerente. Que sugiere algo, que puede pasar algo ahí, ahora mismo.

-Vamos a cambiarle la cara a esa escuelita –dice José Luis Nell.

-Como dice el General “los únicos privilegiados son los niños” – acota riéndose Lucía.

-¡Qué grande el General! Siempre una frase para todo. ¿De amor no habló alguna vez el General?

Lucía enarca las cejas haciendo mueca de no saber mientras su sonrisa sigue mostrando esos dientes tan blancos. Se arrima a José Luis y le da un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de la boca.

-La única verdad es la realidad.- sentencia.

Si una mujer te dice algo así, todo de repente se vuelve llevadero, piensa José Luis Nell. La peor monotonía se vuelve atrayente cuando una mina así te invita. Así uno iría contento a chupar un clavo, a mirar el techo. En este caso, a pintar una escuela.

Lucía encabeza la comitiva de la que es la única mujer. Lleva un bolso ligero marrón que le cruza el pecho. Una remera roja y un pantalón de jean que le calza justo, parece moldeado para ella. Imposible no mirarla de atrás para cualquier hombre. ¿Cómo el padre Carlos no sucumbió a la tentación?

José Luis la sigue a pocos pasos, sin alcanzarla. Lucía saluda a todos. No hace tanto que está y ya la conoce todo Lanús. Se detiene a hablar con la gente, a todos les reparte su trato amable y su escucha atenta. Para alguien que estuvo años esperando que alguien tan sólo lo escuche, eso no tiene precio. Los olvidados del sistema, los elegidos de Lucía.

Estudia Servicio Social en la Universidad de Buenos Aires. Se metió en la carrera para capacitarse y poder ayudar mejor a los pobres. Porque Lucía haría cualquier cosa por ellos, incluso arriesgar el pellejo. Hacerse llamar Marcela, hacer militancia de base, integrar las Fuerzas Armadas Peronistas y ahora la Tendencia Revolucionaria.

Los compañeros Julián, Miguel y Roberto se ríen a carcajadas por cómo la mira José Luis Nell.

-Enano es, pero no tiene mal ojo – apunta Julián, y le da una palmada al hombro.

-¡Qué grande el viejo! – dicen a coro.

Ninguno supera los veinte. Lo consideran un veterano. Y dicen que Lucía es mucha mujer para ellos. Ella es una mina seria, que necesita a alguien maduro al lado. Ése sos vos, le insisten a José Luis. La voz de la experiencia. Treinta y dos años para ellos son una eternidad. Para los pibes el tiempo siempre es joven, como ellos. Cuando se fue Perón, en el 55, no habían nacido o chuparían la teta. Mil veces le preguntan al veterano qué recuerda de ese tiempo. Y él les dice que también era pendejo, como ellos ahora. Pero no militaba en nada, tenía quince años. Muy pendejo para cuando lo rajan a Perón y ahora muy grande para recibirlo de nuevo. Porque Perón va a volver, no le va a quedar otra a Lanusse.

Les cuenta entonces que a su madre la balearon en la Plaza de los bombardeos y a los pibes les brillan los ojos. Al igual que a José Luis, que lo invade la emoción por la evocación de esos momentos vividos.

-Tu vieja tiene unas pelotas bárbaras.

-Ojalá pueda ver la vuelta del General - dice Roberto.

José Luis Nell asiente. Ese deseo lo lleva en sus entrañas. Sería un buen broche de oro para su vida.



La directora de la escuela alcanza las llaves y se levanta para mandarse mudar rápidamente. Los mira antes con curiosidad, con cierta simpatía. Como diciendo qué bien estos jóvenes, pero yo me las pico. Encima, sábado. No, bastante trabajo en la semana con los pibes. Déjenmela linda a la escuela.

-¿Listo para tragar polvo?

Lucía arroja una lija que le pega en la cabeza al hombre que no deja de mirarla.

-Este tipo de polvo no me interesa – contesta punzante él.

Ella ríe socarronamente. Ya está subida a una escalera, rasqueteando el techo del aula de primer grado. La pintura vieja cae al simple contacto sobre la cara de Lucía, que sin embargo sigue riéndose, tentada.

José Luis Nell se entrega a la tarea de lijar el techo. El polvo aparece instantáneo. Se detiene y observa por un momento el paisaje de cinco jóvenes que se encuentran trabajando para la comunidad un día sábado, cuando la mayoría de la gente se dedica al ocio. Nadie apreciará quizás nunca en su medida el gran valor de esos pequeños gestos. De una juventud entregada a la empresa de ayudar al otro, para que los pibes tengan una escuela en condiciones dignas, que se vea reluciente. Porque luchan por eso, para que los pobres, los olvidados sean atendidos, brillen. Se levanten del sueño pesado del olvido de varios años, desde cuando Perón se tuvo que ir y los dejó solos en manos de los que siempre los reprimieron. A veces con la fuerza, otras con el olvido absoluto que es más o menos lo mismo.

El techo, terreno irregular, lleno de averías que hizo el tiempo y la ausencia contumaz de todo mantenimiento. Como el sistema corrupto de la Argentina, está rajado pero todavía se mantiene erguido.

El polvo no le produce a él demasiadas molestias. Después de haber hecho el túnel en Punta Carretas, esto le parece una pavada, un sacrificio mínimo. Lucía tose dos veces. Se incorpora igual con la sonrisa inalterable. Se ve que no tiene los pulmones acostumbrados.

-Bajá. Hace ya rato que estás arriba rasqueteando. Pará un poco.-
ruega él.

Ella sigue inmutable. Parece no haber oído. Continúa con la vista fija en el cielo raso y lijando. Parece que va a perforar el techo y verán

asomar el cálido sol por entre los recovecos del material. Quiere terminar de lijar antes del mediodía.

-Vamos a salir con Roberto a comprar fijador. ¿Alguien quiere algo? – pregunta José Luis Nell.

-No, nada. No se preocupen – responde Lucía.

A dos cuadras de la escuela está el negocio de Aníbal. El hombre, entrado en años, se encuentra parado en la puerta de su negocio, la frente al sol. Es engorroso quedarse dentro del local en un día tan lindo, que invita a salir. Los comerciantes suplen su falta de tiempo con ese gusto que se dan de esperar en la vereda a sus clientes. Sólo entrarán al negocio cuando se convenzan de que alguien quiere comprar algo y lo harán, por un extraño arte o milagro, justo antes de que el cliente pase. Es de mala educación, poco atento, que el vecino entre y no encuentre a nadie, aunque sea por pocos segundos.

Aníbal los ve llegar y se apresta entonces a entrar rápidamente sin hacer ruido, como deslizándose por entre toda la mercadería que parece interponerse, pero no constituye un obstáculo para quien sabe qué cosa hay en cada lugar desde hace siglos.

Roberto pide fijador y, haciéndose lugar entre pilas de latas de pintura superpuestas, Aníbal le alcanza dos latas.

-¿Algo más?

-No, nada más. ¿Cuánto es?

-Nada, váyanse tranquilos.

-Pero ¿cómo que nada? Díganos, don, así le pagamos.

-Si están pintando la escuela. ¿Cómo les voy a cobrar? ¿Ustedes cobran acaso a la escuela por venirse a laburar un sábado?

Roberto insiste en pagar.

-Pero vos, pibe.

A él le dice pibe. Se ve que los treinta y dos años de José Luis Nell le inspiran más respeto.

-¿A dónde creés que fueron a la escuela mis hijos? ¿A dónde van hoy mis sobrinos y mis nietos? Para mí es una alegría enorme poder regalarles a quienes hacen el trabajo el fijador y la pintura. ¿Sabés hace cuánto que no se pinta la escuela? La dejaron caer abajo. Esa escuela era el orgullo de nuestro barrio porque nosotros la levantamos. ¿Dónde creés que estaba yo hace cuarenta años cuando la hicieron? La hicimos con nuestras propias manos, para que nuestros pibes se educaran y progresaran.

-Gracias, Aníbal.

-No me diga gracias porque me ofende. Si no nos ayudamos entre los pobres. ¿Quién, decime quién nos va a ayudar? Yo vi muchas cosas en estos años. No sé en qué están ustedes, pero si ayudan a mi escuela yo los ayudo. Ver a jóvenes que hacen esto a mí me llena de esperanza. ¿Cómo explicarles? Acá Lanús siempre fue un barrio peronista. Y tengo la esperanza de que ustedes puedan traer de nuevo al General. ¿Tienen idea de lo que sería eso para Lanús? Ustedes son el futuro, nosotros ya vivimos muchos años, estamos cansados. Sólo el empuje de la gente joven queda ahora. Y no es poco.

-Gracias, don.

-Ustedes no saben lo que era Evita. ¿Saben cuánto le debemos a Evita? Lanús tuvo ganas de celebrar la Navidad después de muchísimos años. Antes se hacía, sí, pero no era lo mismo. Con pan duro, sin sidra. Hasta eso le debemos muchos a Perón. ¿Me entienden? Hasta la Navidad pudimos celebrar con Perón. Antes no, mirábamos cómo festejaban los otros.

Aníbal se larga a hablar y no para. Intenta recrear la imagen de lo que vivió en carne y hueso. Porque a él nadie le contó nada. Debe pensar ustedes pendejos serán peronistas, pero no conocen ni vieron nunca a Evita tan cerca como yo. También cuenta la historia de su abuelo, al que Eva Perón le consiguió una pensión. Y la de numerosísimos

vecinos, todo atesorado en su memoria viviente. Los jóvenes toman entonces las dos latas donadas por ese hombre, testimonio vivo de lo que fue Perón y sigue siendo en este país. La alegría de los pobres.



El sol comienza a desaparecer tragado por la oscuridad del atardecer de Lanús. Son las seis de la tarde apenas. Las últimas cosas que quedan por acomodar. La escuela tiene que quedar bien ordenada, cuidada. Lucía sigue con la misma expresión alegre y su buen humor, pero se le nota en la cara el cansancio. A José Luis lo domina la misma extenuación. Ya los otros compañeros se fueron rumbo a vaya a saber quién dónde. Los jóvenes empiezan a dominar las calles de Lanús. Su pregunta es casi involuntaria dado su gran cansancio, pero el deseo de estar con Lucía es más fuerte.

-¿Tenés algo que hacer esta noche?

A Lucía se le iluminan los ojos. Una íntima satisfacción lo invade a él al comprobar eso.

Ella demora intencionalmente la respuesta. En esos breves momentos de suspenso, él se contiene para no abalanzarse sobre ella y partirle la boca sin tantas plegarias. A lo macho, sin preámbulos, directo al grano. A algunas mujeres les gusta así.

-Escuchame, Marcela. Si vos no podés, preguntale a Lucía, decile que la espero en el bar Al Paso.

Ríe ahora con timidez, mirándolo cómplice.

-Sí, ya le pregunté.

-¿Y qué dijo Lucía?

Ahora ya no ríe. Lo mira con ojos penetrantes, traslúcidos. Hace un movimiento imperceptible con la cabeza y sus cabellos se ondulan por una ráfaga de viento. Parece que quisiera contestar pero continúa en

silencio. Se la ve pensativa, misteriosa y entonces arroja contundente y segura la respuesta sobre él, que había distraído la mirada en las puertas gastadas de los ranchos de Lanús vecinos a la escuela.

-Dijo que sí.



El sol echa a las últimas nubes moribundas apoderándose del cielo. Recibo su calor como una caricia, un consuelo. En estos momentos uno se da cuenta de que está definitivamente solo. En este descampado abandonado, en el hospital, en la calle. Da lo mismo en cualquier lugar. Puede haber mucha gente alrededor, un tren que pasa, visitas al moribundo, testigos de la muerte de uno. Pero quien quiera que esté, no podrá saber nunca lo que el ser humano siente en ese momento, solo con la muerte. Uno podrá tener muchos hijos, esposa, personas que lo quieren. Pero en el momento final es ella y uno. Ella segura, apoyada en la inexorabilidad del destino. Uno, solo y no sabiendo cómo enfrentarla. Aún cuando la haya llamado a gritos, cuando viene uno no la quiere recibir. Es el apego a la vida que todos tienen, incluso los suicidas, los hombres que están muertos hace rato o eso creyeron y ahora descubren que no, que están vivos y que no quieren, pese a todo, morir. Hasta el último momento.

Al final todo se lo lleva la muerte. Hagamos lo que hagamos es nuestro final, lo que vamos a ser en el futuro más o menos inmediato. Por más que uno sea conocido, admirado, odiado, haya hecho una revolución o haya sido un prócer de su país. La muerte no discrimina, viene por todo y por todos. ¿Y después? La muerte no tiene después posible. Uno siempre vive planificando los después. Primero haré esto, después lo otro. Primero haremos quilombo, desestabilizaremos el sistema, después volverá el General. Después el General vendrá y nos recibirá,

más después hará el socialismo nacional, liberará a su pueblo. Pero no todos los después se cumplen, eso lo tengo muy claro. Pero ya esas cosas no me atormentan, porque la muerte no tiene un después. Después de la muerte, nada. ¿Para eso hicimos todo? Para nada.

Lo único que puede salvar a alguien de la nada es vivir en otros. Que alguien lo recuerde, lo nombre. Que alguien diga, aunque sea, que fue un tipo equivocado. Pero que se diga algo. ¿Qué te van a decir de mí, hijito o hijita, Lucía o el abuelo Pepe? Uno entonces vive en los otros. Sin recuerdo, todo se lo traga el vacío de la muerte.

Quiero pedirte Dios solamente eso, haber dejado algo, aunque sea una pequeña insignificancia a nuestro país. Que alguien recuerde a esta generación, si no por lo que hizo, por lo que quiso. Tantos que dieron la vida no pueden ser tragados por el olvido, la nada de la muerte.

¿Podrás perdonarme Dios mi última decisión? ¿Y encima ando pidiéndote cosas?

Quiero que me mires en este último momento, aunque no puedas interceder ante la muerte. Aunque no puedas cambiar el destino. Yo no me oculto ni me avergüenzo de lo que estoy haciendo. No soy hombre de dobleces. Confío en que me puedas comprender, vos sí conocés cómo me siento y lo que peleé para revertirlo. Más de un año la llevo peleando para nada. Uno se cansa.

Espero que no juzgues mi último acto como una cobardía. No me cansé de pelear, pero sí de cansar a todos. Uno se cansa y cansa y enferma a los otros. Es así, es la triste realidad. Tomá este último acto como un acto de amor a Lucía y a mi niño que se viene. Uno puede también matarse por amor.



En el bar Al Paso hay poca gente. Son las siete y media, sólo algunos señores de avanzada edad jugando al ajedrez en la mesa central. Más allá, dos mujeres entradas en años con pinta de solteronas. Se les nota que chusmean y sus ojos se dirigen de un lado a otro, ávidos de novedades. ¿Qué dirán de ese joven que se sienta solo y pide una cerveza? Mirá aquél joven, sentado solo ahí. Qué fea pinta tiene. ¿Por qué no se afeita el bigote? Rematarán con una frase refiriéndose a la juventud de hoy, y volverán a sus temas menores sin relevancia, a comentar sucesos que viven otros.

La cerveza llega más rápido que Lucía. José Luis Nell aborrece esa costumbre de las mujeres de llegar tarde. Siempre metódico, puntual, para él un minuto puede significar la diferencia entre escapar y que la policía lo agarre. Ella dijo que iba a buscar algo, a arreglarse un poco y venía. Siempre dando tantas vueltas.

Hubieras venido así, Lucía, que sos hermosa igual, se dice mientras comienza a tomar la cerveza. Un poco transpirada por el trabajo de todo el día en la escuela, con la cara hecha una pinturita, literalmente. Me gustás más así ¿no te das cuenta?

Ella sin embargo se va, porque la mujer si no se siente linda no repara en lo que le diga el hombre. No acusan recibo y ni siquiera se explican demasiado. Simplemente se van.

Ya está demorándose mucho. Más allá las señoras siguen su conversación, quizás preguntándose mirá qué raro ese tipo, debe ser un borracho, sólo chupa cerveza y mira por la ventana. Porque no hace otra cosa, es cierto. Sólo se dedica a ver si Lucía llega.

Ahí viene por fin Lucía. Él distingue su silueta que se aproxima y ruega que camine más rápido. Ella sonrío al verlo, él desvía la mirada al vaso de cerveza para no confesar su ansiedad. Esa manía de las mujeres de hacerse rogar, que provoca que el hombre termine

deseándolas aún más que cuando llegó solo al bar y se pidió una birra para consumir esa ansiedad, esa impaciencia.

Ella le estampa un beso en la mejilla. La respiración se le entrecorta. Siempre corriendo. Sus ojos negros grandes y alargados parpadean rápidamente.

-Hola, Raúl.

-¿Cómo andás, Marcela? ¿Todo bien?

-Todo bien. ¿No me dejaste un poco de cerveza?

-No te preocupes, encargamos otra.

Levanta la mano. El mozo viene al instante.

-¿Qué desea señor?

-Traiga una cerveza más, para la señorita.

El mozo se sonríe casi imperceptiblemente, guardando la cortesía debida al caso. Desaparece rápidamente.

-Me hacés quedar como una borracha, como si la fuera a tomar yo sola. Sos terrible.

-No, la vas a tomar vos. Yo ya tuve que vaciarme esta otra esperándote.

-¿Me lo estás echando en cara?

-No te echo nada en cara. Odio esperar.

Lucía baja la cabeza y se queda pensativa. Luego arremete.

-Tenés que tener paciencia. A veces hasta a la revolución hay que saberla esperar. No vamos a cambiar todo de un día para el otro, es muchas veces un trabajo de hormiga.

A él le encanta cuando empieza a hablar de política, de militancia. Y es una piba que, detrás de esa cara y sus modos dulces, defiende sus convicciones. Porque no es una boluda Lucía, sabe de lo que habla.

-Tan importante son para traerlo al General las acciones armadas como pintar la escuelita. Una acción sin la otra se pierde, no sirve. Hay que ser parte del pueblo para aspirar a liberarlo.

-Sí. Hay que tener mucha militancia barrial. Te admiro por eso. A mí me gustan otra clase de trabajos, pero bueno.

Lucía sonríe comprensiva.

-Porque no sabés esperar. Querés todo ya. Yo lo hablé con Carlos muchas veces, él me dijo que no podemos hablarle de Cristo a la gente si no hacemos algo para solucionarle los problemas. Lo mismo pasa con el socialismo. ¿Qué le va a importar la gente el socialismo si no soluciona sus verdaderos problemas?

-Sí. ¿Para qué sirve una revolución si no es para atender los problemas de los pobres? Para eso trabajamos. Hay que ayudar al barrio en lo que podamos. Si no, nos quedamos cada uno en su casa.

-¿Dónde vivís? – inquiera ella.

La pregunta lo sorprende.

-En Avellaneda, sobre Mitre. Un departamento de dos ambientes que alquilo.

-Vivís cerca entonces.

-Sí. Si te parece vamos para allá después de comer algo – arremete él. Lucía sonríe. Él levanta la mano para llamar al mozo. El hambre los empieza a apurar. Ordenan una pizza de muzzarella. El mozo desaparece rápido, se pierde entre la gente que puebla ahora el bar. La puerta, al entreabrirse, deja pasar el frío inclemente de la noche de Lanús. Lucía se estremece, él se incorpora y se sienta en el lateral de la mesa, casi a su lado. Le alcanza un pulóver que trajo, todavía con retazos de polvo de la tarde de trabajo en la escuelita. Ella le agradece el gesto y sonríe, quizás pensando ¿me fui a arreglar para que José Luis me ponga este pulóver mugriento como abrigo?

Sus manos se juntan casi naturalmente. Ella se inclina hacia él y lo abraza fuerte, hundiendo la cara en su pecho. El éxtasis es interrumpido por la voz rugosa del mozo.

-Una grande de muzzarella para los tortolitos.

La carcajada surge espontánea. José Luis hace el gesto de levantarse para ocupar su lugar de nuevo enfrente de ella. Antes de eso, le busca los labios y le estampa el primer beso. Ella responde ofreciendo entera su boca y el idilio se prolonga, mientras la pizza comienza a enfriarse en la mesa.



-Estoy con el coche, te puedo dejar donde quieras - ofrece él.

Lucía recoge la ropa de la silla. Son las once de la noche y el bar explota de gente. Se escucha el murmullo general de las charlas, de amigos que brindan, de otros que festejan cumpleaños o aprovechan la ocasión para tomar una cerveza y comer una pizza. Es mitad del mes y todavía el bolsillo no aprieta tanto.

-Gracias. Pero vivo en Capital, muy lejos.

-¿Y qué problema hay? Te llevo.

-Debés estar cansado, laburaste mucho hoy.

-Raro que no viniste con el coche.

-La noche estaba linda. Me siento más libre caminando – explica Lucía.

-Muy bueno lo tuyo, pero ahora que estás cansada no será muy lindo irse a tomar un bondi. ¿No?

La respuesta de Lucía es una sonrisa que deja ver su reluciente y blanca dentadura, que contrasta con la noche opaca de Lanús. ¿Cómo puede tener esos dientes tan blancos?, se pregunta él.

El auto tarda en arrancar. Cuando se enfría siempre ocurre lo mismo. Uno, dos, tercer intento. Arranca. Embrague. Primera.

-¿A dónde te llevo?

-Derecho por acá, a Capital.

Segunda. Tercera. Capital es muy grande, pero José Luis Nell no continúa preguntando. Le encanta ese sabor a misterio que Lucía le sabe dar a todo, con su dulzura tan particular. Irresistible. Ella mira como distraída por la ventana mientras se sonríe de vaya a saber qué cosa, de qué recuerdos o anécdotas. El auto avanza y comienzan a charlar amenamente de cualquier cosa, de lo primero que se venga a la cabeza. Sos un gran conductor, como Perón, dice ella sonriendo.

Y José Luis Nell piensa que me perdonen el Viejo, la revolución, la juventud peronista. Que me perdonen los Montoneros, pero esta noche estoy de franco.

No quiere pensar en otra revolución que la que pasa ahí, entre Lucía y él. En ese auto que parte hacia un rumbo indefinido de la Capital Federal. Recorrería varias veces la Capital sólo para estar con ella. Sólo para que le cuente chistes o anécdotas. Para que le hable de cualquier estupidez. O para que discutan, como a veces lo hacen sobre la militancia. Porque Lucía es muy dulce pero tiene los ovarios bien puestos. Y si no está de acuerdo con lo que escucha puede mandar a la puta que lo parió a cualquiera, incluso por supuesto a José Luis.

Allá se ve el puente que les da entrada a la Capital Federal. Fin de la provincia, comienzo de lo desconocido. ¿A dónde ir?, se pregunta él. Lucía sigue encandilada con la conversación que llevan, sin reparar en eso.

El auto cruza el puente y baja enseguida. Bernardo de Irigoyen. Poco antes de cruzar Córdoba, ella se incorpora en el asiento señalando con la mano.

-Dobla por acá.

-Ahhh.

El auto se desliza levemente y por poco termina en la vereda producto del volantazo tardío. Rápidamente se estabiliza.

-Te dije que manejás bien.

El viaje continúa subiendo por avenida Córdoba. Esta noche, José Luis Nell está dispuesto a ir donde ella ordene. A donde lo lleve. Está cansado de conducir, de que los pibes, los compañeros de militancia lo tomen como un ídolo. Quiere vacaciones de todo eso, aunque sea por una noche. No hay nada más hermoso para él que someterse a eso, a que ella diga doblá para acá, para allá, para el otro lado, y a escasos diez metros de la esquina. Y lo va a hacer, aunque atrás venga un camión que pueda hacerlos puré. ¿Qué puede importar hoy, en esta noche? Si ella le pidiera de volver a Lanús, también la llevaría. Pero habría que ponerle un poco de nafta al auto. O no. Que se quede. Que los deje solos en medio de la noche, en un camino oscuro, en una esquina disimulada. En cualquier lugar inhóspito, donde sea imposible no pasar la noche juntos. Si no es por amor, que sea por miedo a estar solos en medio de la oscuridad. Pero sí sería por amor, en los ojos de ella José Luis Nell lo ve, intuye que le provoca algo. Es un indicio, una intuición, no una seguridad. Vale la pena arriesgar, se dice mientras el auto dobla por otra esquina desconocida. Pero tampoco perder todo por atolondrado. Porque ella tiene carácter y si mete la pata lo mandaría a la mierda, como él vio que manda a varios con los que no acuerda en cualquier discusión. Y entonces se volvería solo, y doblaría a la izquierda, a la derecha, poniendo tercera, cuarta, buscando estrellarse contra una pared por la oportunidad perdida.

-Es por acá, José. Ahí vivo.

Segunda. Embrague. Punto muerto.

-¿Acá vivís?

-En el edificio. Con balcón a la calle y todo.

-Debe ser lindo una noche así tomar algo en el balcón – intuye él.

-A veces tomo un té, un café. Es un punto de relax único.

-Es una pena que no me pueda quedar.

-¿Por? – inquiera ella.

Lucía se sonroja al descubrir la trampa.

-Te traje hasta acá porque soy un caballero, ¿eh? Si no me invitás, no me voy a quedar.

Es el momento de comprobar si el efecto de lo que dijo es un cachetazo, la cruel indiferencia o la aceptación. Un gracias, hasta luego, nos veremos otro día en Lanús. O si es sí, pasá. Vamos a tomar algo. Y entonces todo es posible.

-Si te invito a tomar algo será con una condición.

-Decime.

-Que el té o el café lo hagas vos.



Lo que es tener un balcón como este, se admira José Luis Nell apoyando sus codos sobre la baranda. Las estrellas se divisan de más cerca, se ven otras que ocultan los edificios o las casas. No hace falta mucha altura para ver todo desde ahí. Si puede hacerlo hasta un petiso como él.

-Linda noche. Y de acá se ve espléndido. Tenés linda vista a la ciudad, no hay enfrente un edificio grande que te tape. Está lindo acá.

Se siente dueño de la noche. Que domina todo desde arriba como el Padre Celestial. Sensación poderosa que lo embarga mientras la mirada transita por los autos que pasan y los árboles que se mueven apenas por la brisa.

-Necesito en mi casa tener un lugar para salir, para airearme. Si no me pongo nerviosa.

-Debe ser jodido cuando te ponés nerviosa.

Lucía no responde. Va a buscar un saco de hilo que seguramente pondrá sobre sus hombros. Nerviosa se te debe ver aún más hermosa, se dice José Luis Nell cuando la ve llegar de nuevo junto a él.

El agua llegó al punto de ebullición hace rato en la pequeña cocina. La pava desborda incontenible, a punto de explotar. Consecuencia lógica de que, quien debía preparar el té, se entretuvo mirando hacia ningún lugar esa noche estrellada y maravillosa. Corre entonces a la cocina. Se siente tenso en casa ajena. Lucía lo adivina.

-Tranquilo, como en tu casa. Las tazas están en la alacena de arriba. Los saquitos de té arriba de la heladera.

Le gusta obedecerle. La necesita. Se tambalea levemente mientras lleva el té y unas gotas quedan dando vueltas en los platitos. Lucía se recuesta entera en el sillón. Se ríe al verlo llegar así. Se incorpora ágilmente. El que tiene movimientos torpes es él. Entumecido. Conmovido. Estúpido.

-¿Por qué me mirás así?

-¿Así cómo?

-Estás como ido.

-No, no pasa nada.

Él se sienta entonces en la silla junto al sillón que ocupa Lucía intentando recobrar el control, una momentánea cordura que le permita al menos ensayar un diálogo coherente. Las palabras, sin embargo, se desordenan en su cabeza, en un vértigo que no le permite emplearlas. Es que claro, nunca fue un hombre de palabras, siempre de acción. Lo pone nervioso usarlas. Le parece inútil, o este parecer suyo es un consuelo por su poco arte para dominarlas y hacer con ellas lo que quiere. Hay tipos que engatusan a las minas sólo hablando, contándoles cosas, anécdotas, mintiéndoles descaradamente. Él no.

Lucía toma el té muy despacio porque el agua hierve, indómita.

-Se ve que no aprendiste bien a hacer el té.

-A mí me gusta así, bien caliente.

-A vos te gustan siempre los extremos, ¿eh?

-¿Y a vos no? Mirá quién habla. La Carmelita descalza.

La risa fluye espontánea y mi mano imantada le acaricia suavemente el pelo. Sin darme cuenta, mi silla se incrusta contra uno de los almohadones del sillón y empiezo a sentir a Lucía no cerca sino junto a mí, rozándome apenas con sus piernas y el costado de la cadera. Nuestros labios se aproximan casi naturalmente, y le borro la risa con un beso profundo, certero, que se estrella contra sus dientes en plena carcajada. Y ella me responde generosa, abriendo la boca y su lengua se balancea juguetona para prolongar ese instante de idilio. Ahora sí me siento más seguro. E intrigado, descubriéndote de a poco, casi cautelosamente, para no herirte. O para gozarte mejor. Para que el tiempo no transcurra rápido, escurriéndonos como el agua entre los dedos. Que cada roce con tu cuerpo se conserve en mi memoria. Para que este instante quede congelado y grabado siempre en nuestras vidas.

Y entonces nuestros cuerpos entreverados, enredados, confundiéndose, enmarañados el uno con el otro. Sólo buscándonos. Deseándote como nunca había deseado a

nadie. Las ropas que quedan deshilachadas, como trastos inútiles colgados del respaldo, el ruido del elástico del sillón. Tu respiración agitada, tus muslos tibios, me voy internando despacio, para no lastimarte o para que todo dure más. Estoy descubriéndote llena de placer, devorándote con mis yemas, recorriéndote una y mil veces, y todo es nuevo otra vez. Teniéndote para mí hoy y para siempre. Porque esto será por siempre. Porque nunca te voy a soltar, Lucía. Y nunca me voy a soltar de vos. Nunca.



¿Y si vuelve? ¿Y si manda la revolución a la mierda y vuelve a casa? Se hace esas preguntas Graciela cada vez que atiende el teléfono. Aunque sea inútil, le es imposible no hacérselas, surgen solas como fantasmas, recuerdos de José Luis que ni ella misma busca pero se le aparecen. Porque no pierde las esperanzas. Nunca una mujer enamorada pierde las esperanzas.

Cuando levantó el teléfono y sintió la voz de José Luis, Graciela pensó por un momento en que se había arrepentido y volvería. La esperanza no le duró mucho. Hacía mucho que no hablaban. Cuando le contó de Lucía y de que quería ser sincero con ella, poco faltó para que rompiera en llanto. Ella quería, intentaba entender que él la había dejado para protegerlas, para cuidar a la nena como le dijo. Abandonarla porque no podía dormir con una ametralladora bajo la almohada. Pero ¿presentarle a su nueva mujer? No, eso es demasiado.

Estás totalmente loco, pensó cuando escuchó la propuesta del hombre que tanto ama. ¿Cómo se le ocurrió algo así?

¿Y a mí qué carajo me importa con quién salís?, pensó en responder Graciela pero se contuvo. Él siempre la convence.

Y pactaron el encuentro para hoy. Y Graciela está limpiando la casa de Castelar, arreglándola para que venga la mujer que se lleva su amor para siempre. Ella lo hace sólo para él, para que no la vea tirada, para demostrarle que pese a todo está entera.

Hubiera preferido no saber nada y pensar que quizás José Luis está solo en cualquier lugar, extrañándola. O que viajó al Congo Belga. O que está con quién sabe quién. No verle la cara. No se convence de que va a verle la cara a quien vive con el hombre que ama. Y mientras prepara todo, barre, ordena, perfuma la casa, las preguntas la asaltan y dialoga a la distancia con el hombre amado mientras lava las copas en donde brindarán por la felicidad ajena.

¿Ella es tan valiente como vos? ¿No sabe como vos en lo que se están metiendo? ¿Con ella sí podés dormir con armas bajo la almohada?

Seguramente, si no serías un mentiroso. Y mentiroso no sos. Me duele que me hayas dejado pero sos honesto. Eso hay que admitirlo. Pero una cosa es ser honesto y otra hacer esto, presentarme a tu nueva novia. ¿Y a mí qué me interesa? ¿Qué explicaciones tenés que darme si te fuiste? No me tenés que dar explicaciones como si fuera tu madre. Sos duro. Más duro que una piedra. Y bueno, tendré que recibirte con ella. Hacerle un té, unas tostadas. Poner cara de circunstancia. Tratarla muy amablemente, como si fuéramos amigas de toda la vida. Que ella se sienta como en su casa. Por vos lo hago, sólo por vos. Porque te amo y estaré siempre atenta a lo que me pidas.



Hace cuánto que no vengo por acá, se dice José Luis Nell cuando divisa la casa. Parada en el umbral está Graciela. Está linda como antes. Su mirada inquieta, quizás preguntándose qué cosa absurda se le ocurrió a él, no le bastó con hacerla sufrir.

José Luis necesita presentarle a Lucía. Que sepa la verdad por él, no porque se entere de otra forma o porque alguien le contó. Graciela es importante para él. No se olvida de los que lo ayudaron y lo siguen ayudando.

Evoca Nell sus recuerdos en silencio, mientras saluda a Verónica, la nena que se ha acercado también a recibirlo. No era fácil vivir con alguien en la clandestinidad, con un perseguido y encima abrirle la casa. Siempre tendrá una deuda de gratitud con ella. Tiene que saber todo. Tiene que conocer a Lucía. Aunque no le guste, aunque le duela. Prefiere el dolor de ser sincero, es mejor decir las cosas de frente, como son. Él nunca la engañó y esa es la prueba de eso.

Venir a lo de Graciela es una hazaña que siempre le va a reconocer a Lucía. José Luis quiere darle un cierre digno a esa historia linda que tuvo. Sin rencores, con la verdad. La quiso mucho a Graciela. Todavía la quiere. Pero estar juntos era imposible. Es imposible.

La nota más flaca a Graciela, quizás consumida por su tristeza o los nervios de no saber cómo reaccionar ante la idea descabellada que le propuso. Lo mira a él con desconfianza, como contenida. Y no es para menos. No la conoce a Lucía, y no es la mejor presentación.

-Hola. Pasen – dice la dueña de casa.

El abrazo surge espontáneo, tanto tiempo, tantas cosas vividas que se vuelven a recrear en ese instante fugaz. Luego ella se corre y lo deja pasar. Saluda protocolarmente a Lucía.

Sobre la mesa, unas tazas de té y tostadas junto con dulce y queso. También una cerveza. Graciela se mantiene silenciosa fijando sus ojos en los de José Luis, que se siente invitado a hablar.

-Graciela. Ella es Lucía. Ya te dije por teléfono. Lucía, ella es Graciela. Las dos se lanzan una mirada fugaz y vuelven a saludarse cordialmente.

-Para mí es importante que se conozcan. Yo tuve una linda historia con vos y no terminamos mal. Quería que se conocieran y que sepas de boca mía la verdad.

-No era necesario que se molestaran, José. Vos podés hacer lo que quieras. Yo nunca te voy a pedir explicaciones.

-No te vengo a explicar nada. No estoy más con vos, pero te quiero. Sos muy importante para mí. Te prometí cuando me fui que te iba a venir a visitar. Y lo hago, sin ocultar nada.

-Está bien, José. Está bien.

Graciela se levanta de la mesa a acomodar los cacharros de la cocina. Está nerviosa. Ella que habla mucho de repente cae en un mutismo en que las palabras se le sacan con tirabuzón. José Luis Nell duda de si fue la mejor idea acercarse a presentarle a Lucía, pero lo prefiere a que se entere por otro, por su viejo, por un vecino, por cualquiera. Él ama a Lucía. Y ella lo tenía que saber. Lucía es todo para él, es su compañera de lucha, su amor. La mujer con la que duerme todas las noches sin miedo de herir a nadie. Sin miedo a nada. Porque Lucía le hizo perder el miedo. Y la culpa.



Cacho Envar el Kadri se detiene en el primer bar cercano a la estación, cansado como un camello después de la travesía por el desierto. Sus fuerzas no hubieran alcanzado para seguir caminando mucho más. Entra al bar y se derrumba sobre una silla de madera, que el peso de su cuerpo hace rechinar.

-¿Qué se va a servir, señor?

-Buenas. Una cerveza, por favor. Bien fría.

Qué boliche de mierda éste, se dice mientras observa al mozo que parte pronto a buscar su pedido. Es lo único cerca de la estación. Está venido abajo. Los vidrios cubiertos de polvo, no se ve casi a través de ellos. Y sin embargo está lleno de gente. Y claro, si es el único boliche en estas cuadras.

-Aquí tiene, señor.

-Muchas gracias. ¿Está bien fría?

-Sí. Como lo pidió.

-Gracias.

Está tibiecita la cerveza. Pero bueno, es lo que hay, se resigna Cacho. A caballo regalado no se le miran los dientes. La necesita para despejarse. La cabeza le late. Siempre le pasa cuando está nervioso. Con un par de copas se pasará.

Maldice el momento en que José Luis le pidió que lo ayudara para esto. Igual ya nada puede hacerse y además no le quedaba otra. No tuvo otra alternativa que aceptar.

Es horrible estar a la espera de la Muerte. La Muerte es algo que puede sorprender a cualquiera pero acá no. Acá la está esperando y sabe que va a venir por su amigo, al que dejó solo en las vías del tren. No se puede vivir pensando en la Muerte. Pensar que va a venir a llevarse a un amigo, a un compañero. No tuvo forma de evitarlo. Aunque, hasta último momento, no pierda la esperanza de verlo aparecer para pedir los dos una birra.

Odia la cerveza tibia. Siente que se empasta en su garganta, no lo alivia. Pero hoy todo da lo mismo. Se siente ridículo pensando en eso con lo que está pasando.

Desde que quedó parálítico ya no lo reconoce a José Luis. Se fue poniendo mal, se le fue ese carácter decidido. Antes se llevaba todo por delante. La desgracia lo hizo más pensativo, más triste. Pero

nunca pensó que su amigo iba a llegar a esto, jamás se le cruzó por la cabeza.

Pobre Lucía, viejo. Pobre. Encima, embarazada. Pobre mujer. Esta es una historia en que todo parece terminar mal, se dice Cacho con la mirada fija en el vaso de cerveza.

La Muerte pudo habérselo llevado en el Policlínico, en Ezeiza. Siempre coqueteó con ella. Pero nunca pensó que su amigo planificaría racionalmente morirse. Él es un hombre hecho para vivir. Un revolucionario. Un tipo con huevos, con ideas. Hay tanto mediocre viviendo lo más campante. Pero el destino se ensañó con él. Y cuando se ensañan con vos no hay forma de librarse.

Por más cerveza que tome, no encuentra el alivio. Se está yendo un amigo para siempre. Parece mentira que ese abrazo que le dio hace tan poco sea la última vez que lo vea con vida.

-Otra cerveza. Por favor.

Su voz es un susurro. El mozo no lo escucha.

-Marche otra cerveza.

Ahí sí lo ve. Gracias a Dios. Quiere hundirse en el alcohol. Él pudo haber terminado como José Luis y está ahí. Pero no es fácil estar en su lugar. No fue sencillo hacer la tarea que le encomendó su amigo y vivir con esa mochila a cuestas. Le duele la cabeza. Late, siente que le pesa. Y la puta cerveza otra vez tibia. No le pega la cerveza tibia. ¿No lo quieren entender estos giles? ¿Tanto les cuesta? ¿Cómo puede ser?, se pregunta y aprieta el puño sobre la mesa.

Durará poco igual. Todo se termina. La vida también. Sus sueños, los de toda una generación están agonizando. ¿Dónde quedaron los millones de pibes que iban a tomar la historia por asalto? ¿Dónde están? ¿Dónde carajo se metieron? ¿Dónde? ¿Estarán tomando una cerveza como él? ¿Se los tragó la Tierra?

¿Qué nos pasó, carajo? ¿Qué nos pasó?, se repite. Ya no tiene lucidez. No quiere tenerla. ¿Para qué le sirve pensar? Pensando no se cambia al mundo, hay que movilizarse. Pero están solos. Cada uno en la suya, en su mundo. Todo se desvaneció como en un sueño. Se chocaron con esta triste realidad. Están solos. Solos. Cagados de miedo.



El Ami 8 cruje. Lucía y José Luis lo abordan y parecen correr el riesgo de caerse de él, como cualquier otra de las piezas que en dudoso estado siguen ensambladas. Lucía agarra el volante. En ese auto se siente cómoda, puede haber otros más nuevos y modernos pero ella se queda con ese, dice y repite cada vez que sube.

El auto es un concierto de ruidos que no se sabe de dónde provienen, si del volante, del asiento, de la caja, del motor cansado de tanto andar. O del baúl. Que no sean del baúl. Que no se abra el pobre, descubriendo las armas que transportan. Deben cuidarse de los milicos.

La chapa da lástima también. Y sin embargo, anda. No lo vieron nunca quedarse, dejarlos en algún lado. Los autos viejos tienen aguante, dice Lucía. Los que salen ahora, los nuevitos cualquier cosa que les pasa los rompe. Este no. Lo ven que da lástima el auto, que se va desarmando, pero nunca roto. Siempre vuelve a arrancar de sus cenizas. Avanza entre autos más modernos, veloces, con chapas relucientes y recién estrenadas. Pero sigue con dignidad, orgulloso a pesar de todo. Como su dueña que no lo cambia por nada. Debe ser eso. Ese auto anda por cómo lo trata la mujer que está al volante. Como José Luis Nell. Sigue andando por ella, por el amor que siente por Lucía. Por el socialismo nacional, por el retorno del General, pero siempre con ella al lado. Todas esas cosas las quiere vivir con Lucía.

Los detiene el semáforo. Lucía fija entonces sus ojos increíbles en los de él.

-¿Qué te pasa, amor, que no hablás?

-Nada, estaba pensando.

-¿Y en qué pensás?

-En nada. Mi cabeza es una ensaladera.

Lucía ríe y mira de reojo, buscando que el Ami 8 no escape a su control o se le vaya a un pozo. Está llena de baches Pavón.

De pronto, los autos se detienen. El tránsito no avanza pese a que el semáforo está en verde. No es tan común por Pavón, llegando a Lanús, más alejado de Capital.

-Debe haber habido un accidente.

Se hace un importante congestionamiento. José Luis Nell baja del auto para mirar bien. Sus ojos le devuelven entonces la imagen de una pesadilla. Un retén policial. Un patrullero cruzado que no deja avanzar el tránsito de la mano en que vienen circulando ellos, y otros dos funcionando de escolta.

-No podemos retroceder.

Tiene razón Lucía. Es imposible.

-¿Qué carajo hacemos ahora?, se desespera José Luis.

-Tranquilo, tranquilo.

Mientras dice esto, Lucía arranca el auto doblando levemente como para pasar el puesto policial avanzando por la mano contraria de Pavón. Antes, hace sonar estruendosamente la bocina. Un coro de autos se suman y a los pocos segundos el ruido es ensordecedor.

-Si nos paran, hablo yo. Vos quedate en el molde.

Lucía tiene facilidad para las relaciones públicas. Ella consigue todo de cualquiera. No hay puerta que se le cierre en la cara, ni oficinista o burócrata que no sucumba a sus encantos. En cambio, si empieza a hablar él se enreda, se confunde y todo se lo lleva el diablo. Pero otra

vez no lo encierran. El revólver está en la guantera, esperando. De acá sale vivo o muerto. No lo agarran más.

El batifondo ya es algo impresionante. Conductores exaltados, que se incorporan sobre sus asientos, que sacan los brazos por la ventanilla, que gritan barbaridades. Y entonces el Ami 8 avanza cautelosamente, invadiendo apenas la mano contraria de la avenida. Y se ven autos adelante y atrás que imitan su movimiento. A la altura del retén policial, Lucía saluda por la ventanilla con cara de póker. El policía, entrado en años, está cansado probablemente de estar parado ahí controlando documentación, hinchado las pelotas seguramente por el batifondo que se armó, preguntándose por qué su superior lo invitó a hacer esa tarea poco afable. Ese policía la mira y desvía luego la vista hacia el Ami 8, cuyos hierros se retuercen y rechinan. Y entonces sí, levanta la mano y hace la seña de que siga, que está todo bien. Es que hoy no tengo ganas de laburar, parece decir. Mirá el quilombo que se armó.

Varios autos los siguen y todos reciben la venia de pasar. ¿A dónde va tan apurada la gente? ¿A visitar a la vieja, a llegar a su casa, a estar en familia como Dios manda? Se apuran para escuchar el partido, mirar el noticiero, tomar un té con tostadas, lo que sea. Todos quieren huir de esa jungla que es el tránsito, que son los otros. Todos quieren avanzar. Odian que los milicos les pongan un retén policial que hace que se les enfríen los fideos a la vieja. Esperan ansiosos el momento de descalzarse y vestirse con las ropas ligeras y cómodas de entrecasa. Y las puteadas a los policías surgen iracundas desde el fondo del alma cansada de tanta torpeza, de tanta opresión. Y se disimulan apenas bajo la careta de esa expresión falsamente afable cuando pasan frente al retén policial.



Llega, al fin, la historia. El día esperado, soñado por todos. De carnaval, el pueblo peronista inunda la patria entera. Porque viene Perón, porque lo prohibido está de vuelta y ahora definitivamente. Y la historia se ríe de los mediocres que pensaron que era cosa juzgada, que el Viejo no iba a volver más, que los argentinos iban a tener que resignarse a los gobiernos de milicos cagones por los siglos de los siglos. Pero no, la historia avanza como el mar, inexorable hacia la justicia para los desposeídos, que tanto tiempo esperaron y lucharon por ella.

Hay que ver la alegría de los villeros. Todos se visten con lo mejor que tienen como para asistir a una fiesta. Vuelve el General y la gente lo comenta de boca en boca como una novedad que nunca deja de ser nueva. Todos se preparan. No faltan los grandes con sus anécdotas de los pan dulce, de la Fundación Eva Perón. De las sidras. De las jubilaciones, de la casita que había ayudado a construir Evita. Todos quieren estar para darle la bienvenida al último gobernante que los quiso. Pero Perón no es sólo un lindo recuerdo, sino el futuro. Todo el futuro está en sus manos.

“Socialismo nacional / como quiere el General”

Lanús, todo el país tiembla y se moviliza. Los años de espera no transcurrieron en vano, se dice José Luis Nell.

Lucía Cullen goza al ver contentos a los villeros. Los humildes son su alegría. Ama como nadie a los villeros. Por eso también ama a José Luis, y él a ella.

-Ahora te vas a quedar sin trabajo, Lucía - la carga Matilde, la encargada del comedor.

-Ahora el General nos va a volver a dar cosas a los vecinos. Lo que necesitamos.

Lucía sonríe y asiente. Y dice ojalá, para que los vecinos estén mejor. Eso es lo importante.

Se vive una fiesta como nunca. Es de esos acontecimientos que alegran a todos. Se olvidan algunas viejas rencillas, se entierran enemistades. Todos se preparan para el gran día del regreso definitivo. Se organizan para ir a Ezeiza, o donde diablos baje el General. Si es en el fin del mundo también irán, es tal la determinación y la alegría. Nada es imposible para ese pueblo. Unido nunca será vencido, se repiten todos.

Perón se aparece como un gigantesco Dios pagano. Todos los problemas del país y de ellos mismos se van a solucionar. Es increíble la fe que tienen los villeros. Y los jóvenes son los que más quisieron y quieren la vuelta del Viejo. Por el socialismo nacional como quiere el General. Nada puede salir mal.

Las pancartas le dan a Lanús un colorido de carnaval. Guirnaldas, papelitos y banderas que se reproducen incesantemente como las ilusiones. Parece que Perón no vuelve a la Argentina sino que va a Lanús. La alegría se ve a flor de piel y la emoción invade a mucha gente. Todos siguen las noticias de la radio, las declaraciones de Perón desde Madrid antes de embarcarse. Todos lo escuchan y así se ameniza la espera. Los villeros muestran con orgullo la identidad peronista que les fue negada tantos años y la desempolvan como una cosa vieja pero querida, que mucho tiempo estuvo guardada en un cajón como una esperanza obstinada hasta que llegara el día de poder sacarla, relucirla. Y ese día llegó.

El pueblo se organiza, los jóvenes se unen y son ellos lo que decidirán cada cosa de este día glorioso. La Juventud Peronista debe ser la invitada de honor a Ezeiza. ¿Qué carajo importa el Comité Organizador, plagado de gorilas, copado por la derecha? ¿Qué les van a venir a explicar los cobardes que hasta hace poco se escondían

debajo de la mesa? ¿Qué hicieron por la vuelta del General esos hijos de puta?, se preguntan los jóvenes en su hora de triunfo.

Muchos vecinos añejos los miran con gran simpatía porque saben todo lo que hizo la juventud por el regreso de Perón. Pero para muchos la revolución es que vuelve Perón. No tomar el poder. No el socialismo. Para muchos la revolución es la vuelta de Perón y nada más. Fue tan difícil traer al Viejo que ahora que vuelve muchos se conforman con eso.

Los jóvenes quieren más, mucho más. No se van a conformar con un poco de distribución a los pobres. Quieren el poder, ser la vanguardia armada del General.

Ezeiza, el lugar elegido que quedará en la historia. Ezeiza existe por Perón, todos existen por Perón. La Argentina, el pueblo, el socialismo es Perón.



Apenas amanece el 20 de junio de 1973, el país entero se prepara luego de haber pasado la noche en vela. Los micros, las pancartas, los bombos, los papelitos, las banderas y la revolución que se viene inexorable, imparable, imponente como la columna sur de Montoneros que encabeza José Luis Nell.

Se resuelve ir desarmados porque es un día de fiesta. Irán al acto muchos oportunistas y burócratas de la derecha que poco van a poder hacer ante el número arrollador de la Tendencia. Se van a tener que correr un poquito, muchachos.

Es un día de fiesta y en los planes no está enfrentarse con nadie. Sólo armas cortas para repeler alguna agresión, nada más. Porque ¿quién puede agredir a una multitud? No pueden hacerle ni siquiera cosquillas porque son más, porque son pueblo y encima jóvenes. Van

a meter a miles con sus banderas, a millones. Perón los va a tener que ver, será imposible que no los vea el Viejo.

Hoy se encuentra con Perón la juventud maravillosa. Aunque muchos otros festejen su regreso, ellos se sienten el baluarte que lo hizo posible.

Esa juventud lo trajo al General y está presta a ponerse a sus órdenes para el socialismo. Es el rumbo de los tiempos, el Chile de Allende, la Cuba de Castro. Ahora hay que hacerlo en Argentina. Para eso lo trajeron a Perón. Para eso mataron a Aramburu, para eso el Cordobazo, para eso, también para eso fue el Policlínico. Aunque fue hace mucho, fue para eso. No para otra cosa. Mucha sangre inocente se derramó para que el General volviera. Para que el pueblo sea feliz. Lo trajeron los jóvenes a sangre y fuego. Ahora debe hacer el socialismo, darle el poder a los que dieron la vida por usted. Hay que terminar con los burócratas, con el capitalismo.

Para los viejos peronistas el regreso de Perón es el fin de todo. Es eso lo que han esperado tantos años, nada más que eso. Vuelve el Pocho, comentan entre los vecinos como si se tratara de un viejo amigo. Y se ven asomar sonrisas fáciles y ojos alegres. La esperanza de un pueblo hecha realidad.

Para la juventud el regreso de Perón puede ser el comienzo de todo. No lo trajeron para que haga de nuevo lo mismo. No quieren un capitalismo de bienestar, que reparta un poco la riqueza. Anhelan que destruya el capitalismo, que haga el socialismo. No alcanza sólo con la vuelta de Perón. Pero no se puede hacer nada sin él. Es el líder de masas, el caudillo popular, el amor de un pueblo.

Y el Viejo, antes de embarcarse, que dice que es un león herbívoro. ¿Tanta sangre para traer a un león herbívoro? Las pelotas un león herbívoro, le diría su juventud maravillosa. Ellos lo necesitan carnívoro. El socialismo no se hace sin lucha. No se puede con buenos

modales. No queda otra que los fierros, que la decisión, que la violencia. No quieren un pacifista. Quieren un revolucionario. No derramaron su sangre y se jugaron para nada. Se lo van a recordar. No va a poder esquivar a los millones que llevará la Tendencia Revolucionaria. No puede ignorarlos, son parte de esta historia.

Un león herbívoro fue en el 55 y los gorilas lo obligaron a exiliarse. Bombardearon la Plaza de Mayo, mataron a su pueblo y se tuvo que escapar. Un león herbívoro no puede triunfar. Y la juventud maravillosa quiere y necesita que Perón triunfe. Si no ¿para qué vuelve? ¿Para qué, si no es para liberar a su Patria? ¿Para qué, si no es para liberar a su pueblo? ¿Para qué tanta sangre derramada, tantas prisiones, torturas, tantos fusilamientos? No será sencillo fallarles. No se lo van a permitir.



De pronto, un sacudón. Un golpe. ¿Qué es eso? Una pelota. Increíble. Hasta en los lugares más imposibles en este país se juega al fútbol. En una estación abandonada también. Y claro, los pibes buscan los lugares escondidos, intrigantes. Odian la previsibilidad de una plaza. Este pajonal, el baldío es ideal para un partido de purretes.

La pelota queda detenida a escasos dos metros. Es de cuero. Los hexágonos son rojos y blancos. Qué locura. No tiene que tardar en venir alguien a buscarla, un pibe. Que pateo fuerte, por lo visto. ¿Estaría jugando en su casa y la habrá colgado? ¿O hay un partido acá cerca mío y yo ni enterado?

Intento acercarme, no hay nada imposible cuando un hombre se lo propone. Y un poco lo hago, temblequeando, casi perdiendo el equilibrio. Si se desliza la silla de ruedas, me voy a la re puta madre que lo parió. ¿Qué importa? ¿Algo puede importar a esta altura?

-Se va a caer. Deje que yo la agarro.

Miro al pibe. Es bajito, el pelo negro, la cara llena de pecas. Viste un short negro y una remera de River. Las rodillas aparecen gastadas, con raspaduras. Respira agitado, muestra de que viene corriendo tras la pelota desde que la perdió. Recién ahora que la divisa se permite frenar, tomar aire. Hasta ahí no, corría para alcanzar su objetivo. Es que las pelotas así valen sus buenos mangos, no es cosa de perder una todos los días.

El pibe me mira y arquea las cejas intrigado, con cara seria. Toma la pelota. Pregunta con curiosidad.

-¿Qué le pasó?

-¿A mí? Nada. Me atropelló un colectivo.

-Ah. Qué feo. ¿Y le dolió mucho?

-Sí, mucho.

-¿Un colectivo así, como el 98? ¿O como el 60?

El purrete no cae. Necesita confirmar lo que le dije. Seguro piensa qué horror que un colectivo lo pase por encima. No está preparado un pibe para siquiera considerar que algo así puede pasar.

-¿Qué estaba haciendo?

-Nada. Me gusta estar al sol, tomar un poco de aire. Dormir un poco, descansar. ¿Y vos, estabas jugando un partido?

-Estoy jugando con un amigo a quién la pateo más lejos. Se llama Iván y es hincha de Boca.

-¿Y quién pateó así, tan lejos?

-Iván, yo no tengo tanta fuerza. Él tiene como once años.

Y mira hacia arriba gesticulando, indicando lo grande que es.

-Decile a Iván que no se aproveche de un chico como vos.

-Pero mirá que a veces le gano. La otra vez le pegué tan fuerte que la mandé hasta las vías del tren.

-¿Sí?

-Sí, hay que pegarle bien de abajo, para que la pelota se levante.

El pibe juega con la pelota mientras explica, amaestrándola.

-Andá con tu amigo que se van a preocupar.

-Estamos solos. Iván se fue a mear a los árboles. El que pierde la va a buscar. Nos gusta venir acá para intentar llegar con un pelotazo hasta las vías del tren.

-Mirá vos. ¿Cómo te llamás?

-Rubén.

-¿Y vos?

-José. Andá, pibe. Vos que podés.

El pibe agarra la pelota y se la lleva bajo el brazo. Lo veo alejarse corriendo, alegre como un pájaro. Ahora irá a decirle a su amigo. ¿Sabés qué, Iván? Hay un tipo ahí, junto a las vías. ¿Qué va a haber un tipo ahí?, desconfiará Iván. Sí, hay. Y está sentado en una silla de ruedas porque lo atropelló un colectivo. ¿En serio? No me digas. Pateá vos hasta ahí así lo conozco. Te falta tomar la leche todavía, Rubencito.

Y pienso que a este país lo mueve el fútbol. Que se juega en todos lados, en un pasillo, en un rincón, en un lugar abandonado, en las plazas, hasta en el baño, con el arco formado por el espacio entre el bidet y el inodoro. Es algo demasiado grande el fútbol. Lo juegan todos, todos lo comentan. Lo juega el hombre grande y el joven. El argentino de derecha y de izquierda. Lo juega el facho como el zurdo. Como el peronismo.



Es una fiesta el viaje en los micros que parten rumbo a Ezeiza. Se bambolean de una forma que es difícil explicar cómo siguen andando

y no se destruyen en infinitos pedazos. Todo late al ritmo de los cánticos.

“Con los huesos de Aramburu
Haremos una escalera
Para que baje desde el cielo
Nuestra Evita montonera”

La multitud vibra, se estremece. Se unifica en el canto firme, el golpe seco.

“Duro, duro, duro,
Vivan los montoneros que mataron a Aramburu”.

La caravana es algo interminable. Nunca se vio algo así en la historia. Un país entero movilizándose, invadiendo las calles. Perón lo ocupa todo. Como una ola que todo lo cubre. Parece cumplirse lo que dijo una vez Evita, que no quedaría en la Argentina un ladrillo que no fuera peronista. Y es verdad. No hay lugar, ladrillo, nada que no sea peronista ese 20 de junio de 1973. Hasta en los barrios oligarcas se ven banderas y pancartas peronistas.

Los villeros de Lanús con sus cientos y miles de pancartas. Las llevan con orgullo. Brilla la mirada de satisfacción en la gente que hacía tanto que no recibía una alegría.

A José Luis Nell le toca el honor de encabezar la columna sur de Montoneros. Es un orgullo para él tener un barrio así detrás. Ve con inmensa alegría el resultado de lo que estuvieron trabajando en los últimos años. Y a Perón lo trajeron con la movilización y la sangre que derramaron los jóvenes sobre todo. El General no va a olvidarse de eso

y lo van a recibir. Para recordárselo. Para trabajar juntos por la patria socialista.

Sabe José Luis Nell mejor que nadie que no va a ser fácil. Ve el peligro camuflado en la careta de muchos, ahora todos se dicen peronistas. En cambio, cuando ellos arriesgaban el pellejo, cuando Montoneros y la Juventud Peronista se la jugaban, muchos acomodaticios se escondían y ahora se dicen luchadores. Esos mediocres no quieren el socialismo. Nunca lo quisieron ni lo querrán.

Y son muchos pero los jóvenes somos más, se repite José Luis al frente de la columna sur, que crece como un gigante. Por eso los jóvenes tienen que estar adelante, no se pueden dejar madrugando en el regreso del General. ¿Qué hizo la CGT para que volviera Perón? ¿Rucci? Nada, no jodan. Los gremios no hicieron un carajo para que volviera y ahora se quieren poner en la primera fila.

Pero la marea joven es incontenible.

“Si Evita viviera
sería montonera”

¿Qué sería, si no, Evita? Estaría abrazando a todos los jóvenes, irritando una vez más a los conservadores, a los poderosos. A esos que la odiaron y la odiarán por siempre, la puta oligarquía argentina. Los que hoy tiemblan porque vuelve Perón.



El día levemente cálido y la aglomeración inmensa hace despedir de la multitud el sudor y el aire queda viciado pero a nadie le molesta. En una fiesta a nadie le importa eso. La caravana es un camino hacia la felicidad, hacia el país posible. Hacia el socialismo posible. Van a

poner el cuerpo por el país socialista una vez más. Dos millones de personas a Ezeiza. Nunca hubo un día así de maravilloso. Habrá sido muy lindo el 17 de octubre, cuando los obreros emergieron por primera vez de debajo de la tierra para rescatar a su líder. Pero esto es otra cosa.

Esta es la demostración viva de las cosas que puede lograr un pueblo cuando se lo propone, cuando se moviliza. Ninguna mediocridad puede ser más importante que eso ni lo será nunca. El pueblo peronista festejando el regreso de su líder. Después de 18 años. 18 años es mucho. En una vida es mucho. En 18 años pasaron por la vida de José Luis Nell Tacuara, el Policlínico, los Tupamaros, la cárcel. Todo para llegar a hoy, el día de la fiesta y el reencuentro. Él, un perfecto boludo cuando Perón se fue del país, una persona inocente. Ahora es un hombre decidido.

Vuelve Perón, carajo. Vuelve Perón. Después de todo, vuelve. Y José Luis recuerda a su vieja, que estará saltando de alegría en donde esté. En el cielo o bajo la tierra, estará loca de contenta como todo el país. Vuelve Perón, carajo. Parece que se cae el mundo. Lo prohibido se vuelve posible. El riesgo es conformarse con eso.

Los rostros lucen desorbitados por la alegría inmensa, vienen de todos los confines del país, de todas las villas, de todos los barrios humildes, y forman un gigante imposible de callar.

La columna sur porta orgullosa una bandera gigante de Montoneros y de la Juventud Peronista que se levantan y bambolean al compás de los cánticos y de la música iracunda de los bombos. No hay más lugar, está todo que revienta.

José Luis Nell siente que su lucidez lo abandona, agobiada por sueños atrasados y preparativos sin fin. Pero sobre todo por la felicidad de esa postal increíble, imposible, incalculable de la Argentina toda recibiendo a su líder. Todo debe salir bien. Tienen que copar hoy el

acto con el número y no con las armas. La Juventud va a ser una presencia incontenible como el mar, con tanta fuerza y tan grande como él. No puede ignorársela. Se ganaron el primer lugar en la lucha, por los muertos que pusieron y las prisiones y torturas sufridas. No están dispuestos a dejar que cuatro fachos se les anticipen y queden como luchadores.

El trayecto a Ezeiza, repleto como un hormiguero. Se avanza a paso de hombre. No hay lugar que permita albergar semejante fiesta, la Historia no puede cobijarse en rincón alguno, siempre desborda y avanza por sobre las limitaciones inútiles de los hombres. Muchos años de sufrimiento, de postergación, de permanente vigilia. Porque nunca se rindió el pueblo y siempre creyó en la posibilidad de la vuelta. Mirando atento por los huecos que le dejó el capitalismo decadente, inhumano, que hoy empieza a agonizar tambaleándose. Que se empieza a caer porque una multitud lo empuja y lo enterrará definitivamente. Porque nada podrá hacer hoy que llega la Historia, el maremoto de la Historia, del destino negado e insepulto tanto tiempo. La Ricchieri inundada de gente. Llegan los compañeros de La Plata y el tronar de los bombos y el sol que pega en la frente adhiriendo, acariciando a la multitud eterna, interminable:

“La Plata, La Plata
Ciudad de Eva Perón/
Ciudad de Montoneros
Para la liberación”

Sesenta mil personas en la columna sur. En la ruta 205 se suman de Bahía Blanca, Mar del Plata, Ensenada, Avellaneda, Quilmes. De muchos lugares más. No hay lugar ni rincón de la Argentina que no diga presente. Sesenta mil tipos.

Horacio “Beto” Simona se acerca arriba del jeep haciendo sonar la bocina, que sin embargo apenas se escucha.

-Subite, José Luis.

-¿Cómo andás?

Al abrazarse los inunda un mar de sudor.

-¿Cómo voy a andar? Loco. ¿Y cómo anda el veterano? – inquiera riendo “Beto” Simona.

-Veterano no soy. Vos sos un pendejo, que es distinto.

Y es verdad, tiene sólo veinte años y está al frente de miles de tipos. Después de tanto andar, José Luis Nell se deja caer por un momento en el asiento del acompañante. Busca relajarse un poco, estirar las piernas. Quiere observar ese hermoso paisaje de la juventud peronista y de la Tendencia Revolucionaria. Quiere grabar todo en su memoria como una foto. Una imagen que nunca se borrará. Nunca. Es sublime contemplar esa locura colectiva.

-Mirá, mirá allá – señala “Beto” Simona.

La gente se viene como un gusano compacto, con movimiento propio. La masa es mucho más que las personas que la forman, tiene su propia voluntad, su propia decisión. Las banderas se balancean y no dejan ver el cielo casi.

-La derecha no convoca ni la mitad que nosotros. Dan lástima – dice el pendejo.

-No, ni en pedo. No tienen laburo de base. Trajimos toda la gente de todos los barrios. Ellos se manejan con patotas, con aparatos – certifica José Luis Nell.

-¿Cuántos seremos? – pregunta Beto mientras los ojos se le cierran al toparse con el sol.

-Qué sé yo. ¿Querés contar? – enarca las cejas Nell.

-Perón nos va a tener que ver. Es nuestro triunfo. Los burócratas podrán estar en las mejores posiciones pero no pueden impedir que el

Viejo nos vea. Que vea quién moviliza más. La derecha da lástima. Con la columna sur ya trajimos más gente que ellos.

Ahí está la derecha peronista ocupando el Palco. Que se vayan a la puta que los parió, piensan la totalidad de los jóvenes, y también los que lideran la columna sur de Montoneros. A esa masa no la para nadie. Quieren intimidarla con cuatro o cinco patoteros, como si fuera tan fácil. Nadie puede controlar ya nada, ni José Luis Nell ni Horacio Simona que lideran la columna. No son sesenta mil tipos que se van detrás de uno, que esperan una orden. Se organizaron lo más que pudieron, por la seguridad de todos y para no entrar en provocaciones.

-Tenemos que estar atentos para que no haya quilombo –dice “Beto” señalando el palco.

-Ellos están en el palco. Pero ¿cómo pueden frenar esto? Nadie puede pararlo. Ni nosotros – se encoge de hombros José Luis Nell.

-Che. ¿Estás lagrimeando o es la transpiración?

Y sí, está lagrimeando de la emoción de ver llegar ese momento. De ver al General Perón de nuevo en la Argentina para hacer la patria socialista. Pasó años de cárcel. Vivió muchas cosas en poco tiempo. Muchas más que cualquiera. Algunos lo consideran un mito, una leyenda, pero es sólo un hombre. Y le preguntan ¿Cómo hiciste para escaparte de Tribunales? ¿Y de Punta Carretas? Es el ídolo de la pendejada a veces. Pero las leyendas también se emocionan. Y lloran al comprobar que los sueños por los que lucharon se están realizando por la voluntad incontenible de miles y miles. De millones de jóvenes que hoy se vienen a encontrar con su líder. ¿Cómo poner cara de póker ante eso? Y las lágrimas que brotan, y José Luis Nell no las reprime.

La derecha sigue plantada en el palco, ocupa los primeros lugares y no se quiere mover. Ellos no pueden detener a la masa, que avanza naturalmente, imantada hacia el encuentro con su líder.

“Socialismo nacional
como quiere el General”

Y de pronto la marchita, la que cantan los del palco y los del más allá. La que inunda como un maremoto la patria, invadiéndola, conmoviéndola en sus cimientos.

“Por ese gran argentino que se supo conquistar
a la gran masa del pueblo combatiendo al capital”

Por un momento la armonía parece recobrase pero es efímera, lo que dura la marcha peronista. El choque es ya imposible de evitar. Un grupo se acerca.

-¿Qué quieren ustedes? ¿Quiénes son? –pregunta el hombre que lo encabeza.

-Peronistas somos. ¿Y ustedes?

-Peronistas no. Ustedes son unos hijos de puta.



Ahora no recuerdo todo muy bien. Muchas cosas escaparon de mi memoria. No puedo alcanzarlas ahora aunque me lo proponga ni veo qué sentido tiene hacerlo hoy.

Es que para mí Ezeiza fue un antes y un después. Para el país también fue un antes y un después pero mejor. Antes no estaba Perón, después estuvo. Yo, en cambio, antes vivía, luchaba, amaba,

ahora sólo respiro. Y me atormento con imágenes y cosas que no quiero precisamente recordar. Pero que vienen a mi mente como una brasa, como un taladro insoportable, no se puede seguir así.

Mi memoria me impide recuperar esos hechos, el drama que se desarrolló. Que un día de fiesta terminara tan mal no estaba en los cálculos de nadie. Ni del propio Perón. Yo sólo recuerdo que enfilamos hacia el palco para colgar nuestras pancartas y banderas. Para que el General no se olvidara de nosotros. Para mí, que encabezaba la columna sur, era importante que los nuestros vieran que tenían un lugar importante en el acto, que sus mensajes iban a poder ser leídos por el General.

Adelante los organizadores del acto ya habían copado los mejores lugares. Los burócratas de los sindicatos. Pero no. No pudimos. No recuerdo qué pasó. Pero se desató la tragedia. Tuvimos que usar las armas que no queríamos usar. Todo fue confusión y miedo. Duró muy poco, es curioso cómo la peor tragedia se puede desarrollar en apenas segundos. Me invade esa sensación de confusión, de pensamientos cruzados como cuando recuerdo los hechos del Policlínico. De repente, el silencio, la nada. ¿Cómo un día así, con tanto ruido, con tanta fiesta, puede de repente convertirse en nada, en silencio, en vacío? ¿Cómo es posible que me quedara dormido en el mejor momento, en el instante más glorioso de la historia argentina? ¿Cómo la muerte se iba a hacer presente en medio de tanto alboroto, de tanta vida, de tanta alegría? ¿Cómo podían convertirse nuestros cantos y sueños en eso, en la nada, en el vacío?

Ezeiza. Perón. La fiesta. Tanto ruido, tanta bandera. Y de repente nada. Nada de nada. El vacío. Ya nada sería como antes.



José, José. No sé qué hacer para rescatarte, mi amor. No puedo permitir que te mates. Pero no puedo impedirlo. Es tu voluntad. Me destroza que quieras morir, me aniquila, me derrota. Sin vos ya no soy nada. Pero no te puedo obligar a vivir así.

Por más que busque el refugio de amigas y de mi familia me siento sola. Nadie puede entender lo que siento, ni yo misma. Ezeiza fue una tragedia inesperada. Este es un desastre esperado, anunciado. Me dijiste que es lo mejor para todos, para que no suframos más. No, José. No sabés lo que estoy sufriendo. Y nunca te lo voy a decir. Porque no quiero influir en tu decisión. No quiero que vivas para mí, como por obligación.

Me invaden muchas imágenes pero no quiero pensar en eso. No me resigno a dejar de verte y que te conviertas sólo en un recuerdo. Vivimos cosas muy lindas y todavía es posible vivirlas, mi amor. Todavía se puede. Estamos esperando un hijo, mi amor. Me gustaría tanto que lo conozcas. Que lo veas. Que lo tengas en brazos. No. No puedo obligarte. Ya lo hablamos. Ya está. Ya está decidido. No tiene sentido pensar en otra cosa.

Voy a tener que vivir con esto toda mi vida. Con mi viudez, con tu ausencia. Con nuestra cama vacía. Con nuestra casa enorme, muy grande. Gigante para mí sola. Demasiado fría sin vos. Vos que sos tan cálido, que me hacés feliz. Que sos un león. Un tipo con huevos. Con convicciones. Dejaste la vida, mi amor. Te hirieron. Te hicieron lo peor que te podían hacer. Dejarte en silla de ruedas. ¡Hijos de puta! ¡El día en que volvía Perón! ¡El día en que parecía que estábamos cerca de cumplir todos nuestros sueños! El sueño hermoso de ver nuestra patria liberada. Nos habíamos prometido una noche espectacular luego de Ezeiza. Pero no. La pasamos en el hospital. No pudimos disfrutar nada. Te morías, José. Estabas gravísimo, me dijo el doctor.

Al día siguiente me dijeron que estabas mejor, que respondías a los medicamentos pero que no había que descartar secuelas neurológicas. Nosotros nos alegramos. En ese momento pensé que lo importante era que te salvaras. No podía resignarme a perderte, a no verte más. Poco después descubrí lo terrible de la secuela. Odio a los médicos y ese vocabulario escondedor. Nadie te dice la verdad al principio, son muy hijos de puta los médicos. No te explican nada. No saben que así no se ahorra el dolor. Al dolor le suman la incertidumbre, el no saber qué carajo pasa al final.

Ahora sabemos lo que significaron las secuelas. La parálisis, la imposibilidad de caminar por el resto de tu vida. No pudo ser peor. Pero aún así estaba esperanzada, pensaba en que te ibas a sobreponer. Siempre superaste todo con tu fuerza de voluntad. Como un león. Pensé que podrías. Lo intentamos. Me equivoqué. No pudimos. Yo, sin embargo, no me convencí hasta que lo hablamos la semana pasada. Hasta hoy no me convenzo.

No nos merecemos este final. Nuestro amor merece otra cosa. Quizás es muy egoísta lo que pienso, pero no quiero quedarme sola criando a nuestro hijo. Quiero que vos, el papá, estés. Que lo conozcas. Vos me decís que no voy a poder atenderte toda la vida, que no me merezco eso. Es duro pero quiero hacerlo mi amor. Yo te elegí. Yo te amo. Hasta el final. No quiero que te vayas. Quiero atenderte toda la vida. Vos me decís que no, que no me vas a condenar a eso. Que te atormenta vivir así. Y yo te amo, y no quiero que vivas atormentado.

Yo puedo pedirte muchas cosas. Sufro mucho pero no lo que vos estás sufriendo. Por eso te entiendo. No querés ser una carga. Es muy injusto que te sientas una carga siendo tan joven. Y tan hermoso.

La otra vez te miré a los ojos y los vi ausentes, idos, tristes. Esa no es tu mirada. Ahí comprendí que debía dejarte hacer lo que quisieras. Aunque me muriera del dolor. Aunque quisiera morir con vos. Y es lo

que quiero: morir con vos. Pero mi hijito no me lo permite. No me siento dueña de mi destino. Soy rehén de esta decisión que tomaste y no puedo impedir.

Hasta último momento tendré la esperanza muda de que reviertas la decisión. Yo sé lo obstinado que sos, cabeza dura, que nunca das marcha atrás. Pero tengo la esperanza de que vuelvas de la estación de ferrocarril y me abracés. Y lloremos juntos. Y nos abracemos. Y nos amemos para siempre. Y a pesar de todo.



Cuando escuché que lo amasijaron a Rucci no experimenté ninguna alegría. Sí sorpresa. Estaba con Graciela cuando lo anunció el televisor. Graciela, compañera militante de hierro, me cuidaste tantas tardes cuando Lucía tenía que irse, o sea cuando se acordaba de vivir un poco para ella. No lo podíamos creer. Cargarse al capo de la CGT tirándole el fiambre al Viejo para negociar nos pareció demente.

La militancia pedía la muerte de Rucci. Una cosa es pedirla y otra ejecutarla. Hay una distancia grande entre los dichos y los hechos. Con Graciela nos miramos y, sin decirnos nada, sentimos terror.

Sabíamos lo que se venía, lo que significaba esa muerte. Era la razón para matar que necesitaba la derecha para barrer a todos los zurdos, como ellos los llamaban. Para hacernos boleta. ¡Qué hijos de puta los que hicieron eso! A mí no me vinieron a buscar porque ya estoy muerto, en esta silla de mierda sin poder moverme. Yo temí y temo por Lucía. La vuelvo loca, no la dejo tranquila. Ella ejercita su paciencia.

Ahí nos fuimos a la JP Lealtad. Nos queríamos diferenciar de los Montoneros que hicieron el atentado. Nosotros éramos leales a Perón. Al pueblo le importa tres carajos y no conoce quién es Firmenich. El pueblo argentino es peronista. Haya hecho lo que haya hecho el Viejo.

Reconoce en él al tipo que le dio otra dignidad. Nosotros quisimos acompañar esa opción de nuestro pueblo. Equivocarnos con él. No podíamos traicionar a los obreros. No podíamos traicionarnos. Firmenich reúne cinco alrededor de él. Perón al país entero, los humildes en primer lugar. ¿Qué era más importante? ¿Los errores del Viejo o el amor incondicional del pueblo argentino?

Por eso nos integramos a la JP Lealtad. Aunque Rucci fuera un hijo de puta, un caza zurdos, no deseamos nunca su muerte. Rucci era amigo de Perón y una pata importante de su gobierno. Nosotros no estuvimos nunca de acuerdo en joder a Perón. Entonces nos fuimos. A la mierda con todo. Nos peleamos con algunos viejos compañeros por la opción que tomamos. Pero en estas encrucijadas uno tiene que ser fiel a sí mismo. Aunque duela.

El chiste que se popularizó enseguida fue la comparación del asesinato de Rucci con la galletita Traviata. Le metieron más de veinte balazos. O sea, le hicieron muchos agujeros. Nunca conté cuántos agujeros tiene la famosa galletita. Pero Rucci tuvo más suerte que yo. ¡Qué suerte tuviste José Ignacio! Al segundo o tercer disparo ya no sentirías nada. En cambio, acá me tenés a mí. Postrado. Vacío. Inmóvil. Inerte. Y con la cabeza que me funciona a mil, desgraciadamente. Vos que participaste de la masacre en ese día festivo del pueblo peronista. Les hubieras dicho a tus amigos, o a los de Osinde, a los de López Rega, apunten bien. Sólo eso.

No somos infiltrados. Somos peronistas como vos. Lo que pasa es que vos fuiste siempre tanto acomodaticio, un negociador, un pactero. Un burócrata. El peor. El rey de los burócratas. Con tipos así todavía estaría gobernando Onganía. La juventud, nosotros trajimos al General. No somos infiltrados y nunca lo fuimos. Fuimos a festejar como ustedes el regreso de Perón. Es algo que todavía no puedo explicarme. ¿Cómo somos peronistas y tan distintos? ¿Todo entra en

el peronismo? ¿Qué carajo es, entonces, el peronismo? ¿Una bolsa de gatos? ¿Una bolsa de mierda?

Tantos nos jugamos la vida no sé por qué carajo. Hacerme estas preguntas en este momento no tiene sentido. Yo ya no soy ni peronista. No soy nada. Un recuerdo. Una sombra. Un fantasma.

Te dejaron como la galletita traviata. A mí, en el quilombo de Ezeiza, me ahorraron el tiro de gracia. Ese que a vos te sobró tanto. La bala se alojó en mi cerebro dejándome inválido. El destino se empeñó en hacerme sufrir. No tuve la suerte tuya. Debería odiarte porque fuiste uno de los que armó lo de Ezeiza. Pero no me brota tanto el odio. Siento impotencia. No me alegro de que murieras porque muchos más morirán. Quizás muchos amigos míos como ya murieron tantos. Este torrente de sangre no lo para nadie. Nadie. Todo se fue al carajo. Yo por suerte me voy. Con lo que vi ya tengo suficiente. Y no puedo hacer nada más que ver, que contemplar desde la quietud. Sin poder actuar esta película la termino hoy.

El último acto del film me pertenece. Nadie puede impedirlo. Desde la silla de ruedas puedo con esto. Puedo actuar, decidir el momento preciso, el lugar exacto. Cuando se me antoje será. Por ejemplo, cuando pase el próximo tren. O cuando quiera el destino. Si algo me enseñó esta vida puta es que uno es rehén del destino. Por más que quiera una cosa, seguramente me saldrá otra. Quizás venga Lucía y me arrepienta. O Cacho venga a rescatarme. Pero no. Ya lo hablamos. Yo quiero estar tranquilo. Ellos me entendieron. Qué se yo. ¿Y si vienen? ¿Y si no puedo finalmente hacerlo? ¿Y si no me atrevo a apretar el gatillo finalmente? ¿Y si yo, José Luis, ese que tenía tantos huevos, el líder de la columna sur, el del asalto al Policlínico Bancario, no tiene el coraje de encarnar su último acto?



Está parco el Pepe Firmenich. Al saludarlo a José Luis Nell no dice nada. Estrecha la mano casi de compromiso. Se puede notar que su estima por él ha desaparecido o la ha guardado en un lugar hoy inalcanzable. Sabe a lo que viene. José Luis Nell lo saluda con una risita helada. Una vez intercambiados los saludos, el anfitrión se retira a preparar un café.

José Luis Nell queda un momento solo en esa casa pobretona de algún suburbio de Buenos Aires. El Pepe se maneja en la clandestinidad, huyendo de un lado para el otro. No es para menos después de que los últimos acontecimientos dejaron a los Montoneros expuestos a una segura represalia de los sectores más reaccionarios del peronismo. Ya está listo el café. Firmenich se acerca a la mesa, donde el hombre que ha venido a visitarlo lo recibe con una pregunta directa al grano, prescindiendo de cualquier preámbulo.

-¿Quién los autorizó a mandarse semejante cagada?

El Pepe parece no acusar el golpe. Toma una cuchara, echa un poco de azúcar en su café y comienza a revolver.

-¿Quién tomó la decisión de liquidar a Rucci? ¿Dónde, quién lo hizo?

El Pepe le dirige una mirada penetrante. De esas que buscan impresionar al interlocutor, hacerlo temblar. Pero José Luis Nell lejos está de atemorizarse.

-Las cuestiones de la organización se discuten dentro de la organización. No sé para qué querías verme.

-Yo soy parte de la organización y nadie me informó de nada. Nadie lo discutió conmigo en ningún momento. ¿Qué espacio de discusión hay? ¿Dónde podemos participar?

-La situación actual nos obliga a la clandestinidad. No puede hacerse una asamblea pública, ya sabemos eso.

-Por supuesto que lo sé. No soy un pelotudo. Pero no podemos avalar cualquier cagada que deciden cinco giles.

-Esta acción a la que te referís contaba con la aprobación de toda la militancia.

-Es verdad. No vamos a descubrir que Rucci era un traidor. Pero su asesinato nos deja mal. No se puede negociar, hacer política con un asesinato. ¿O te olvidás de que somos peronistas?

-Ezeiza no podía quedar impune.

-No me hables de Ezeiza. ¿Vos consultaste a los que pusimos el cuerpo ahí? Mirá cómo me dejaron. Pero no estoy de acuerdo por eso con matar a Rucci. Me parece un error. Un error que pagarán muy caro nuestros compañeros. Ya los empezaron a matar. ¿No te das cuenta? Todo degenera en violencia. ¿Para qué? Si dejamos la política estamos perdidos.

El Pepe guarda silencio. Por momentos parece que lo que le dice el visitante le resbala o que no lo entiende. Sigue en su mundo, toma sorbos de café y mira sobrador.

-Fuimos nosotros los que matamos a Rucci, los que queríamos que Rucci muriera. También lo matamos a Aramburu. Ahí todos se hicieron simpatizantes nuestros. Ahora resulta que no nos queremos hacer cargo de las cosas que no nos gustan. Una guerra es así. Se mata y se muere. El socialismo no puede hacerse de forma pacífica, mirá lo que pasó en Chile.

-No hablemos de Chile, hablemos de Argentina. Perón, nos guste o no, ganó las elecciones. Y le matamos al líder de la CGT, a un amigo suyo. Con él iba a gobernar. Todos los argentinos lo votaron. Había que dejarlo gobernar, el Viejo nos va a mandar a la mierda.

El Pepe interrumpe, raro en él.

-El Viejo nos va a tener que recibir. Le guste o no, nosotros lo trajimos. Nosotros pusimos la sangre. Nos jugamos la vida para que

volviera. ¿A quién carajo le importa que ganara las elecciones? El socialismo no se hace democráticamente. Se hace con las armas. Y el General lo va a tener que entender.

-El General nos va a mandar a la mierda. Y López Rega se va a hacer un festín. Ya se lo está haciendo. Pepe, tenés que entender que hay gente para la que es difícil o imposible vivir en la clandestinidad. Con lo de Rucci van a amasijarnos de a uno. Yo no vivo en un búnker. Pero a mí no me van a venir a buscar porque estoy en una silla de ruedas. Yo ya estoy muerto. Pero me preocupan los compañeros y Lucía.

-El General no nos iba a llamar si no demostrábamos firmeza, que no jodíamos. Lo que vos decís son los costos que hay que pagar. Esto es una guerra.

Al decir esto apoya fuertemente el puño sobre la mesa. Se hace una pausa, un silencio incómodo. Luego prosigue:

-Fuimos muy blandos al principio. El Tío Cámpora nos dio un lugar en el gobierno y entonces no hicimos más acciones. Nos mantuvimos pacíficos, colaborando con el gobierno. Pero eso ya pasó. Al Tío lo tiraron a la mierda. Ya no nos dejaron margen de maniobra política. Por ser muy blandos.

-Ahora va a ser peor. A Perón lo votaron millones de argentinos, lo votaron todos. No podemos ir en contra de eso. Es suicidarse. Es quedarse solos. Yo no estoy dispuesto a avalar eso.

El Pepe se encoge de hombros. Le importa muy poco ya a esa altura lo que le pueda decir su interlocutor.

-Vos te olvidás que el pueblo argentino lo votó a Perón. Lo quiere a él. No a vos. Y no escarmentás. Yo me voy a la mierda. Prefiero equivocarme con el pueblo que lo quiere a Perón que con cuatro pelotudos que no sabemos lo que hacen.

-Respeto tu decisión.

Firmenich hace un gesto dando a entender que no hay nada más que hablar. José Luis Nell comprueba con indignación cómo el líder del brazo armado del movimiento peronista se convirtió en una rata que huye por las alcantarillas. Sin pueblo, en la clandestinidad. El pueblo no puede vivir en la clandestinidad. Nunca los millones que movilizaba la Juventud Peronista precisaron esconderse en ningún lado. La clandestinidad es para unos pocos, se dice, para los locos de mierda que los mandan al muere.



Hace días que no sale. No recuerda cuántos. Ya perdió la noción del tiempo. No tiene idea de qué día es. Sábado, domingo, martes, da lo mismo. Es muy difícil distinguir días que son casi iguales. Lucía lo sirve como una esclava.

La mayor diversión de la que goza es escuchar un poco la radio. No tiene ganas de hablar con la gente, de ver sus gestos de piedad o lástima. Y Lucía que no se va de la casa por más que le insista.

¿Para qué me atendés tanto?, le pregunta todos los días mientras la observa ocupándose de que nada le falte, por más mínimo que sea. Vive pidiéndole que haga su vida, que lo deje solo. Pero Lucía lo atiende como un perro fiel. Él la siente encadenada a su silla de ruedas.

Salí, hacé un poco tu vida, le insiste todos los días. ¿Qué podrá pasar? ¿Que me quiera mover un poco y me caiga al suelo? ¿Y cuál es el problema? Te espero a que llegues para levantarme. ¿O que quiera algo y no pueda llegar a agarrarlo? Esperaré a que vuelvas, pero tenés que salir un poco, cambiar el aire.

Hoy se levantó sin embargo de mejor humor José Luis Nell. Lo asaltan las ganas de salir, de ir a algún lugar, de romper un poco la rutina.

-Hoy quiero salir – se oye gritar.

Ella está en la cocina preparando el desayuno y no alcanza a escuchar bien.

-¿Qué, mi amor?

-Quiero salir. Tengo ganas de salir un poco.

Lucía aparece enseguida, sonriendo.

-No sabés lo que me alegra que me digas eso.

Hace meses que José Luis no la veía sonreír así. Es una mujer tan sensible, se alegra más que él mismo. Siente las alegrías y las penas de los otros más que los que las gozan o padecen. Nunca lo deja de sorprender. La felicidad se le nota en la piel, en la mirada, en los gestos.

-Vamos a la capilla de Retiro. ¿Hace cuánto que vos no podés ir? Te quiero acompañar. Además tengo ganas de hablar con el padre Carlos si lo encontramos.

-Bien, qué bueno mi amor. Por supuesto que lo vamos a encontrar. Carlos siempre me preguntó por vos y te dedica oraciones en todas las misas.

Se arroja sobre el teléfono para llamar a un taxi. No cuentan con un auto y además Lucía precisa la ayuda del chofer para cargarlo.

Enseguida suena el timbre, el tiempo corre rápido hoy. Lucía deja el té que no alcanzó a probar y corre a atender. Termina de una bocanada una tostada con mermelada y se dispone a llevar los platos y las tazas a la pileta.

-Ahí está, gordo. Preparate.

José Luis Nell ya se ha acostumbrado al espantoso hecho de ser trasladado en una silla de ruedas. Al principio sufría en los desniveles, cuando se sentía caer hacia atrás. También cuando había que esquivar baches en las calles. Pero Lucía es una garantía y pronto aprendió el oficio, y él se abandona tranquilo en sus manos.

El chofer baja del auto para ayudarla a depositarlo sobre el asiento de atrás del coche. No hay espectáculo más humillante pero este día todo se lo toma risueñamente. Está preso de un estado de ánimo fugaz en que se siente de repente no tan poco afortunado, y hasta se permite filosofar y pensar cosas sobre su estado. Esos momentos son muy breves y le permiten seguir viviendo. Si estuviera todo el tiempo pensando en lo que no puede hacer hubiera muerto hace rato.

-Vamos a la capilla de Retiro – anuncia Lucía.

El chofer asiente inclinando la cabeza y no suelta una palabra. Cambia el gesto y deja ver que no le gusta el destino. No cualquiera se quiere meter en la villa 31.

-Déjenos antes, dos cuadras antes de entrar al barrio – adivina Lucía.

El chofer vuelve a inclinar la cabeza en señal de aprobación. José Luis Nell se esfuerza por develar, entender a esos pobres tipos que trabajan de taxistas y les tienen miedo a los pobres como él que viven en una villa miseria. Soportan que los ricos los maltraten, los basureen, los desprecien. Pero no se bancan a un villero. No sólo les tienen miedo. No se los bancan. Es verdad que hay ladrones en la villa pero peores son los que roban el país, los que lo venden al imperialismo, divaga José Luis Nell mientras observa los ojos felices de Lucía. Ella sabe en lo que está pensando y ríe cómplice.

-Dejanos por acá – dice Lucía.

El operativo del descenso ya lo encuentra al chofer apurado, queriendo escapar del lugar. Lo arroja como un estropajo en la silla de ruedas, da media vuelta y se va.

Apenas empieza la villa todos saludan a Lucía, hasta las piedras. Los conoce a todos, uno por uno. A José Luis lo sigue admirando su capacidad para retener nombres.

-Hola – le dicen. ¿Cómo anda?

La tratan con un respeto reverencial. Y ella responde:

-¿Cómo le va Ricardo? ¿Y su familia? ¿Y Vicenta cómo anda?

Quizás lo haya cruzado no más de una vez en el barrio. Y ya sabe su nombre y hasta el de su mujer. Con Carlos Mugica conocen cada ladrillo de ese barrio pobre pero digno, increíblemente digno.

Ahí está la capilla. Parece mentira que hace tan poco se casaron ahí. En tan poco tiempo una vida puede cambiar radicalmente. Pero que se transforme la sociedad es muy difícil, y más que se haga socialista como la soñaron y la sueñan. Estaban tan felices y ahora así.

Está saliendo la gente. Son cientos, hasta mil. El padre Carlos es una revolución, no hay vecino que se pierda su misa o del privilegio de saludarlo, de darle una palmada en el hombro. No hay villero que hable mal de él. En los barrios ricos lo odian. La jerarquía eclesiástica también. Le reprochan su amor a los pobres. Pero Jesús nació en una pocilga en Belén. No nació en barrio Norte. Si naciera hoy nacería en Retiro. Aunque los cajetillas no lo quieran entender. No lo entendieron hace dos mil años y menos lo van a entender ahora.

La gente se amontona alrededor del padre. Lo veneran como a un Dios. Se alcanza a ver su pelo rubio y su rostro increíblemente blanco entre tanta tez trigueña. Lucía y José Luis intentan abrirse paso entre la multitud. Todos los saludan y los dejan pasar con mucho respeto. La silla de ruedas inspira respeto. O lástima. Llegan rápido hasta cerca de él.

-¿Cómo andan? –grita al verlos.

El Padre esboza una sonrisa y los recibe con un gran abrazo. Los ojos brillantes de Lucía muestran lágrimas de emoción por ahora contenidas. Hace cuánto que no venías Negra, cuántas veces te pedí que lo hicieras y vos nunca quisiste, con lo que amás venir acá, se dice José Luis Nell en ese momento.

-Te extrañamos mucho. Te extrañan mucho los villeros – le palmea la espalda el padre.

-Yo también. Ya iré volviendo de a poco - dice Lucía.

El Padre hace una seña para que pasen a la capilla, que ya está despoblada. Sólo quedan algunos vecinos limpiándola, pasándole una franela a los bancos. Conmueve la dignidad de los pobres. Carlos les hace una seña para que los dejen solos. El padre mueve un músculo y todos lo entienden y obedecen hasta la adoración.

-Carlos, José quiere hablar con vos. Yo me voy a dar una vuelta por el barrio.

-Por supuesto. Andá.



Camina Lucía por ese barrio que siente su lugar en el mundo. Por la gente, porque ese barrio no debería ser así, se dice mientras sus ojos recorren con indignación las viviendas precarias de techos de chapa. Y la invade la desazón por la pobreza y un inmenso amor por los villeros. Y se pregunta cómo puede ser que mientras unos pocos tienen tanto, acá otros muchos tengan tan poco. Es muy difícil hacer trabajo social si sólo se puede enjugar una lágrima o acompañar el sufrimiento. Hay que cambiar el sistema, para que los villeros puedan llegar a lo mínimo indispensable. Es lo que intentan hacer. Pero están lejos.

La gente continúa alegre con la buena nueva del regreso de Perón. Todos lo comentan en el barrio en forma de historias viejas y nuevas. Porque el Viejo siempre renace de las cenizas, como el Ave Fénix tan temido, tan odiado y amado.

Muchos le salen al paso, la saludan y preguntan: ¿Qué le pasaba? ¡Hacía mucho que no la veíamos! Pasaron muchas cosas, demasiadas para contar en este último tiempo. Pero no tiene ganas de hacerlo. Porque todas son malas, horribles noticias. Algunos se detienen en

sus ojos y se dan cuenta enseguida, no vuelven a preguntar. Muchas veces los escuchó y ellos le prestan el oído ahora. Pero no tiene fuerzas para contar nada sin que le salte una lágrima. Y quiere permanecer fuerte. Porque está con José Luis. No puede mostrarse débil con él. No se lo merece.

¿Cómo pueden cambiar tanto las cosas en dos años?, la pregunta se repite en su mente. Hace casi dos años se casaban clandestinos en esa capilla. En esa pobre y digna capilla. Con el padre Carlos y los villeros de testigos. Fue duro hacerlo clandestinamente, inmersos en el peligro y la incertidumbre, donde lo único seguro era el amor que se tenían. Sin embargo, nunca fue tan feliz como en ese momento en que Dios consagraba su amor.

En la clandestinidad no vivían sin embargo con el miedo de forma permanente. Había momentos en que se sentían protegidos, acompañados. Y el casamiento fue ese momento. Porque se casaron en secreto pero acompañados por cientos de villeros, su verdadera familia. Y se sintió segura e inmortal junto al hombre de su vida. Los terribles peligros aparecían lejanos, porque los unía la fortaleza de estar con los suyos consagrando su amor. Hasta que el dolor se corporizó, se hizo carne en Ezeiza. Y en el momento menos pensado.

La capilla está igual, ellos distintos. ¿Qué no daría Lucía por volver a aquél momento de felicidad? Quisiera que la historia se pueda volver atrás, para vivir de nuevo ese instante en que fueron felices para siempre. Nunca se le va a olvidar ese momento, que le agradece a Dios haber vivido cuando repasa las oraciones que su mamá le enseñó en la tierna infancia durante las noches. Mientras camina volviendo a la capilla, le pide a Dios que les reserve aún un momento de felicidad en lo que les quede. Por lo menos hoy quiso salir. Algo es algo.

¿De qué hablarán con el padre? Carlos, ojalá puedas darle ánimo, se espera Lucía. Por lo menos es un paso adelante que salga, que se

distraiga. No puede estar todo el día encerrado. No le hace bien. Salvalo, Carlos. Por favor.



Carlos Mugica lo traslada hacia un cuarto detrás de la capilla, para darle mayor intimidad al encuentro y evitar que escuchen oídos indiscretos que nunca faltan. No le dice nada mientras lo lleva, a la espera de que José Luis le hable.

Un cura sin su paciencia le hubiera dicho: Contame ¿de qué querés hablar? Él no, espera que él le diga lo que quiera. Y mucho no sabe qué decirle José Luis Nell, que se abraza a él como una esperanza, como una persona que le puede marcar un camino, una posibilidad de seguir.

-Las cosas andan mal, padre.

Él no contesta inmediatamente. Es que ya lo sabe.

-No sé qué hacer bien en mi situación. Lucía no se merece esto, atender a un inválido.

-Vos no te merecías esto, José. Vos hiciste mucho por todos, no te merecías esto. Y yo en parte me siento culpable.

José Luis Nell no comprende su actitud.

-¿Culpable de qué, Carlos? Yo vengo en esta desde mucho antes de conocerte. Con el asalto al Policlínico.

-Muchos van cayendo. Muchos jóvenes que pusieron todo. Que tuvieron las mejores intenciones para su país. Me siento culpable de estar vivo mientras todos mueren.

-Es que esto se convirtió en una guerra. Y en la guerra hay muertos.

Niega con la cabeza el padre.

-Esto era una guerra. Contra la dictadura, porque no había otra forma de traerlo a Perón. Porque los jóvenes no se podían expresar. Ahora

hay que aflojar, apostar a la política. No entiendo una guerra con Perón en el país.

-Yo tampoco la entiendo. Prefiero al Viejo que a los dementes de la Orga – refrenda José Luis Nell.

-Es muy injusto lo que te pasó. Justo cuando se logró el regreso de Perón. No te merecías ver eso así. Nadie había ido armado. Miles de jóvenes lo fueron a ver y fueron recibidos a los tiros – dice, y niega con la cabeza conmovido Carlos Mugica. Se rehace para continuar.

-Ahora la lucha es dentro del peronismo. Pero se debe optar por la política. Hay que dejar los fierros. Ya se los dije a los jóvenes. Me siento culpable porque yo incité un poco eso – dice tocándose el pecho.

-Vos nunca agarraste un fierro. Siempre apostaste a la movilización. Vos comprendiste a los jóvenes, nos defendiste siempre.

Agacha la cabeza y se sonroja levemente Carlos Mugica. Sus ojos se inundan en lágrimas. Con esos ojos podía haber tenido las mujeres que hubiera querido. Y tenía varias atrás. Pero es un tipo de principios. Nunca un doblez. Encima se siente culpable y jamás los traicionó. Y les dijo la verdad siempre: que los pobres eran peronistas. Nunca les dijo que los pobres los iban a seguir a ellos. Iban a seguir a Perón, siempre. No a Firmenich, no a Quieto.

-¿Cómo se hace, Padre, para vivir con esto?

El padre clava sus ojos en los de José Luis, haciendo grandes esfuerzos por ponerse en su lugar. Transmite esperanza esa mirada pero también el dolor que siente en sus entrañas de hombre sensible. Como si le hubieran tocado un hijo.

-No pierdas la fe. Equivocado o no, siempre te movió esa fuerza increíble que tuviste.

-Hay días, varios, que no tengo más ganas de nada.

El padre reflexiona un momento en silencio, como intentando hallar las palabras justas para decirle.

-Vos me tenés que ayudar a que los jóvenes entren en razón. Hay que largar las armas. Vos sos un cuadro importante. Nos podés enseñar a todos muchas cosas.

-Lo que puedo hacer es muy poco, Carlos. Con algunos compañeros vamos a irnos. Estamos organizando la Juventud Peronista Lealtad. Pero a la Orga no hay forma de cambiarla. Lo que hacemos es crear algo distinto, llevarnos a los jóvenes que podamos. Pero la Orga sigue con sus teorías de vanguardia, no quieren dejar las armas.

Menea la cabeza el padre. Su expresión es ahora seria y resignada.

-Si sigue así esto va a terminar mal. Muy mal. Van a morir muchos inocentes. Muchos pibes. Están muriendo ahora mismo.

-Siempre mueren inocentes, padre. Yo mismo maté inocentes hace mucho, en el Policlínico.

-Vos también sos una víctima inocente, José. No sos un asesino. La violencia era el único modo que había de voltear la dictadura militar. Ahora hay que cambiar. Y vos cambiaste. Tenemos que ayudar a que muchos más cambien.

-Poco se puede hacer, Carlos. Muy poco. Y yo puedo menos que nadie.

-Vos podés. Vas a poder salir. No pierdas la fe. Sos un buen tipo. ¿Cómo está Lucía?

-Ahí anda. Si Lucía está mal a mí no me lo va a decir. Me atiende todo el tiempo como a un rey. Yo la quiero liberar pero ella insiste. Recién ahora aceptó que una compañera me cuide durante las tardes. Si no, no podía vivir la pobre.

-Ella te quiere y quiere vivir con vos. Pese a lo que tenés, vos sos todo para ella. Te ama. Eso te lo puedo asegurar – dice tomando su mano.

La conoce a Lucía desde hace mucho. Sabe bien quién es. En cierto sentido la conoce más que José Luis Nell. Muchos años con ella en la villa, con su lugarteniente. Su compañera.

La conversación ha terminado. El padre se acerca y lo lleva hacia la salida del templo. Le presenta a vecinos villeros que vienen a contarle problemas o simplemente a saludarlo porque lo adoran, porque es la voz que los nombra, el oído que los escucha, la fe de los pobres. Ahí llega Lucía, que vuelve de su recorrida por el barrio que le cambió la cara, parece otra.

A José Luis lo alegra verla así. Si sirvió mucho o poco venir acá no importa, por lo menos se la ve más alegre y para él eso es lo más importante.

Está linda la capilla, adornada con sencillez. Un lugar cálido, acogedor. El lugar ideal para recuperar la fe. Pero más linda está en los recuerdos de ambos, cuando se casaron, cuando soñaban con otro mundo y otro país posible.



Asesinaron al padre Carlos Mugica. Es uno de los días más tristes en la vida de Lucía Cullen.

Nunca imaginó que tanta locura lo iba a llevar a él también.

No es justo, se dice y los ojos se le envuelven en lágrimas. En Retiro todos lo lloran. Todos. Hasta las paredes, hasta las chapas lloran. Hasta los nenes, hasta los bebés. Todos. Lo aman. No pueden vivir sin él. Y Lucía tampoco.

Toda la vida se dedicó a predicar. Nunca tomó un arma. Nunca. Y Lucía que se ve inmersa en un mar de preguntas que la asaltan, mientras las lágrimas corren incansables por su rostro. ¿Cómo le van

a disparar a él que sólo predicó? ¿Cómo puede, en el mundo, existir el hijo de puta que le dispare, que lo mate? ¿Es posible que exista alguien así?

Ese hijo de puta no le disparó sólo a él. Mató a los villeros de Retiro, les pulverizó el corazón. Los mató un poco a todos. La mató a ella, su lugarteniente de los primeros tiempos. Ya no quiere seguir más. Pero sabe que el Padre Carlos no está contento de que piense así donde quiera que esté. Hay que pelearla entonces. Por él. Por los villeros. Por José Luis. Aunque no quiera, aunque se sienta desfallecer. Y las preguntas que vuelven, en una espiral interminable.

¿A dónde los llevaron los sueños sino a esta espantosa pesadilla? ¿A dónde? ¿A esta sucesión de muertes sin razón? ¿No se están acostumbrando demasiado a la muerte? ¿Cuál es el límite?

Todo el pueblo en la iglesia despidiendo al padre de los pobres. Están todos, nadie falta. Le vienen a agradecer, a darle la última y dolorosa despedida.

Las villeras lo acarician y mientras pasan sus manos por su cara repiten ¿Qué vamos a hacer sin vos, papito? Y lloran. Y se sienten abandonadas. Y se sienten solas. Y Lucía se siente desamparada como tantas.

¿Podrá verlos Carlos desde allá? ¿Podrá ver a todos los que lo despiden hoy?

Es una multitud. Es lo que él era. Esa multitud es un homenaje postrero a quien tanto los quiso. El abrazo último, las lágrimas que acarician, las miradas llenas de tristeza, abatidas y sin embargo agradecidas de haberlo conocido.

Y Lucía piensa que le hubiera gustado decirle tantas cosas. Decirle que a pesar de todo valió la pena. Que su vida no se entregó en vano, que murió por los villeros. Por la revolución. Él decía que estaba

preparado para morir y no para matar. Y te mataron, piensa Lucía, por ser tan bueno y tan hombre, tan hermoso.

Y las preguntas y la bronca la vuelven a asaltar envueltas en el llanto. ¿Cómo estás ahí? En un cajón. ¿Te mataron así, como a un perro? ¿Cómo? Hijos de puta.

No puede mirarlo así. Quiere recordarlo vivo. Caminando por la villa. Saludando a todos. Daría lo que no tiene por encontrarlo aunque sea en su imaginación en un pasaje, en una esquina del barrio. Pagaría por creerlo posible. Por sentirlo, sólo sentirlo de nuevo junto a ella.



Siempre vuelve al Policlínico José Luis Nell. Hoy siente el deseo de hablar con alguien que haya participado ese día. Con alguno de aquellos compañeros. Hace mucho que no ve a nadie pero tiene la dirección de Carlos, el viejo compañero de la Tacuara.

¿Para qué lo querés ver José?- pregunta Lucía.

-Quiero hablar con él, hay cosas que quiero recordar. Necesito ayuda.

-Te acompaño entonces, si querés.

-Querer no quiero. No me queda otra.

En el trayecto Lucía casi no habla. Rompe apenas el mutismo con algún comentario trivial pero luce desconcertada con esa excursión que no le apetece para nada. Carlos vive cerca, a diez cuadras. Lucía esquiva los obstáculos con gran habilidad. Se ha convertido ya en una conductora experta.

Llegan a la casa. Lucía llama a la puerta, Carlos los saluda efusivamente:

-¿Cómo andás, camarada? ¿Cómo estás, Lucía? ¡Qué alegría verte!

¿Cómo andan?

-En silla de ruedas.

Carlos acusa el impacto y sobreviene el silencio. Momento incómodo, en que el aire se corta con tijera. Hay que tener coraje para romperlo.

-Bueno, muchachos. Tienen cosas de que hablar así que los dejo solos. Cuando quieras volver me avisás, mi amor.

Lucía se agacha y estampa un beso cálido en los labios de su esposo. A José Luis el contacto con sus labios le sigue causando placer, su sabor sigue siendo de una dulzura inalterable, un manjar inesperado y abrupto en tiempos de sequía y desolación. Le gustaría acompañarla y abandonar al compañero en el cajón del olvido en que estaba hasta hoy, cuando sintió ganas de verlo. Y dejarlo ahí como una marioneta incómoda, como un trapo viejo, y seguir su vida libre y sin recuerdos como era hasta hace tan poco.

Carlos lo lleva sin la misma habilidad que Lucía hacia un rincón del living, frente a una mesa. Es una casa chica, de barrio. Con muebles modestos. Un leve polvillo flota en el ambiente. Más allá una ventana deja pasar una brisa del aire matinal.

-¿Por acá te parece bien para charlar?

-Cualquier lugar me da lo mismo. Sólo quiero hablar con alguien.

-Hace mucho que no nos veíamos – dice Carlos con nostalgia.

-Muchísimo. No sé ni en qué andás.

Inspira fuerte Carlos, buscando tomar impulso para empezar a hablar.

-Sigo militando, pero ya no con el mismo fervor que antes. Hago trabajo en villas pero me expongo menos. Me quedo más en casa. Ando con un cagazo bárbaro, para serte franco.

-Tenés razón. Es lo que le digo a Lucía: que se cuide. Mirá cómo quedé yo.

-¿Querés algo para tomar?

-Un café. No duermo bien a la noche y me ayuda a mantenerme lúcido.

Carlos se retira a prepararlo a la cocina. Seguramente aprovecha la excusa para tomar un poco de aire, para preguntarse quizás por qué el Enano lo quiere ver después de tanto tiempo. Buscando las palabras, haciéndose preguntas, revolviendo el baúl de los recuerdos que estaba hace mucho en desuso. Luego de un pequeño rato vuelve.

-Yo te veo bien lúcido. Tratá de no deprimirte. Quedate tranquilo. No te va a hacer bien a vos y a Lucía.

-Trato de hacerlo. Pero creeme que no puedo. A veces lo intento y no puedo.

-Es terrible lo que te pasó. Pero podés pelearla. Tenés que pelearla por Lucía, por tu familia.

-Gracias. Quería hablar con vos porque siempre vuelvo al Policlínico. Y vos estuviste ahí conmigo.

Carlos mira hacia la ventana que se ha sacudido golpeando contra el marco por una oleada de viento inesperada. Se levanta pidiendo permiso a cerrarla. Se mueve muy lento, como desperezándose. José Luis nota eso y se pregunta dónde se perdieron las ganas, dónde quedaron los sueños, dónde los dejaron olvidados. Parecen viejos de más de sesenta tomando un café.

-Hace poco se cumplieron diez años – comenta Carlos.

-Sí, diez años. Yo no volví a ser el mismo nunca más. Pero ahora me doy cuenta. Ahora que tengo tiempo para pensar y para nada más que eso.

-Ese día nos marcó a todos. Fue nuestro bautismo de fuego. Nos jugamos enteros y nos metieron en cana. No la pasamos bien – se toma la frente Carlos.

-Hay cosas que no puedo superar.

Carlos no responde. Sabe perfectamente a qué se refiere.

-Quedate tranquilo. Escuchame, nosotros cometimos un asalto. Íbamos armados hasta los dientes. Cuando uno va armado tiene dos

posibilidades. O matás o te matan. Vos mataste y cualquiera de nosotros lo pudo haber hecho.

Carlos sacude la cabeza y las manos de un lado a otro.

-La organización mató a esos dos tipos. No fuiste vos solo, todos nos hicimos cargo. Todos fuimos a la cárcel por eso. No sólo vos.

-Pero yo apreté el gatillo. Yo tiré la ráfaga de ametralladora.

-Sí. Y si no la tirabas seguro que ellos nos mataban. ¿O qué te pensás? ¿Que nos iban a tirar flores?

-Mirá cómo terminó todo. ¿Tuvo sentido matar a dos inocentes?

Carlos, que estaba sosteniendo la mirada, ahora la posa en las paredes laterales, en la mesa, en cualquier lado. Con mucho esfuerzo le busca José Luis Nell los ojos sin poder lograrlo.

-Te hacés muchas preguntas. Te entiendo. Quisiera estar en tu piel pero no puedo. Esto es un quilombo. Nosotros no fuimos los únicos que matamos. Y ahora todos siguen matando. López Rega y sus mafiosos amasijan gente todos los días y no se hacen tantas preguntas, te lo puedo asegurar. Vos te las hacés porque sos un buen tipo.

-No. Soy un hijo de puta.

-No. Estás equivocado. En el Policlínico estábamos armando una organización revolucionaria para traerlo a Perón, carajo. A Perón lo sacaron por la fuerza, matando gente, bombardeando la Plaza. Serías y seríamos hijos de puta si con la plata del Policlínico nos íbamos de vacaciones. ¿Vos viste algo de esa plata?

-Nada. Nunca había pensado en eso.

-Ahí tenés. Un hijo de puta hubieras sido si por agarrar esa guita para vos mataste a dos tipos. Ahí sí hubieras sido un mal tipo. Pero no. Sos buena leche, no como los carniceros que te dejaron así. No podés comparar.

-¿Hicimos bien en elegir la violencia? Estamos en un desastre del que no hay forma de salir. Tengo miedo por Lucía.

-Nosotros lo queríamos traer a Perón. Y lo trajimos los jóvenes. Con el Cordobazo. Con la movilización, con los grupos guerrilleros. Nosotros queríamos guita para hacer un grupo que trajera a Perón. Tuvimos que robar el Policlínico. ¿Qué querías hacer? ¿Pedir limosna en la puerta de una iglesia? ¿Cuántos años habiéramos tardado en traer a Perón así? Se hubiera muerto afuera, en Madrid.

-Quizás hubiera sido lo mejor. ¿Valió la pena tanto esfuerzo?

Carlos vuelve a hacer un gesto de negación con la cabeza.

-Hacés muchas preguntas. No te hace bien preguntarte tanto. ¿Vos pensás que la derecha se hace tantas preguntas? ¿Vos pensás que Aramburu se preguntó algo cuando fusiló a Valle? No, un carajo. Le importó un carajo todo. Tenía que matar para hacer mierda al peronismo y mató. Y proscribió. Y torturó. Durmió muy tranquilo varios años hasta que lo hicieron mierda.

-¿Te acordás? “Duro, duro, duro”.

-Todavía lo canto. Las cosas no están perdidas todavía. No hay que renunciar a lo que soñamos siempre.

-Quizás todavía pueda hacerse algo.

-Por supuesto que se puede. Sin culpas, José. El pasado hay que dejarlo atrás. Hoy la Argentina está en lucha, como en una guerra. Y no hay que aflojar. Vos viste que los que nos enfrentan matan mucho más que nosotros. Lo mataron hasta al padre Carlos, no les importa nada.

-Pero algo hicimos mal. El viejo nos mandó a la puta que nos parió. Algo se hizo mal – refrenda José Luis Nell.

-El viejo nos cagó. Nosotros lo trajimos. Porque fuimos nosotros, los jóvenes. Los que pusimos el cuerpo. Mirá vos cómo lo pusiste. El Viejo se cagó en todo eso.

-Pero nos quisimos pasar de vivos también. No estoy de acuerdo con el asesinato de Rucci.

-Pero bien muerto está ese hijo de puta. Por ese hijo de puta estás así. ¿No te das cuenta? Ese hijo de puta fue uno de los que hizo lo de Ezeiza. Era un traidor. Merecía lo que le pasó. El que no se lo merece sos vos.

-Me parece que al fin todos nos merecemos lo que nos pasó. De una u otra manera.

Traga saliva Carlos. Lo mira y agita sus manos queriendo explicar que no es así, intentando convencerlo. Pero a José Luis Nell ya no es fácil convencerlo de nada.

-Vos no te merecés lo que te pasó. Por favor, dejá de decir eso.

-Estoy buscando el sentido, si tuvieron algún sentido las cosas por las que luché. Por las que luchamos.

-Claro que lo tuvo. Sabíamos a qué nos exponíamos. Lo enseñó el Che. Al Che lo fusilaron los yanquis, pero sus ideas quedaron. Todos lo seguimos a él y sabíamos que podíamos terminar así.

-Sí, el Che. Un fenómeno el Che. Dejó todo por la revolución. Yo también. Pero no pude. Él tampoco. ¿Alguien va a poder acá en Argentina?

-Todavía se puede. Yo sigo militando en la Tendencia. Aunque se manden cagadas prefiero la Tendencia a Perón, Isabel y López Rega. No nos dejaron alternativa. Pero trato de no exponerme mucho.

-Nosotros estamos en la JP Lealtad. Queremos equivocarnos con nuestro pueblo y seguir a Perón antes que quedarnos solos con los fierros. No me parece lo que hicieron Montoneros y la Tendencia.

-El Viejo volvió gracias a nosotros. Vos te olvidás de eso.

-Y sí, volvió gracias a los jóvenes. Pero el viejo quiere al fin a los burócratas. ¿Cómo se explica que cuando vuelve viene bajo el paraguas de Rucci?

-¿Y qué querías? ¿Qué vuelva bajo el paraguas de Firmenich? Todos sabíamos que el viejo era facho. Nosotros lo íbamos a obligar a ir hacia el socialismo. Metiéndole doscientos mil tipos en las manifestaciones.

-No pudimos. Es una lástima. ¿Qué sentido tuvo tanto esfuerzo?

-Pero todavía no hay nada decidido, José. Todavía se puede seguir peleando. Falta que corra mucha agua bajo el puente.

-Me refería a mi vida. Terminarla así. Hubiera preferido otro final, que hubiéramos triunfado, por ejemplo. Hubiera aceptado la silla de ruedas si era el precio de un triunfo. Pero acá la victoria de lo que soñamos está muy lejos. Esto es muy complicado. No estoy de acuerdo con nadie, eso es lo triste. Es un triste final.

-No es el final, José. Acá todavía falta mucho. Entiendo tu impotencia. En serio, te entiendo. No me mires así.

-¿No podés entender que me estoy pudriendo en esta silla de ruedas? No quiero vivir más, pero por lo menos quería ver nuestro triunfo. O si perdíamos morir como el Che. No así.

Carlos se levanta y lo abraza. Las lágrimas surgen inevitables como el sufrimiento de ya no poder soñar. Luego seca las lágrimas con un pañuelo, buscando componerse mientras camina a cerrar de nuevo la ventana que ha vuelto a golpearse por una ráfaga de viento. José Luis Nell ya no hace esfuerzos por mirarlo y siente que no precisa su consuelo. Pide entonces el teléfono, vení Lucía, ya está. Ahí voy mi amor, dice ella. Vení rápido, por favor apurate, implora él.



“Con gran dolor debo transmitir al pueblo el fallecimiento de un verdadero apóstol de la paz y la no violencia”.

La voz monocorde de Isabel Perón retumba en la pantalla del televisor.

-Lucía, vení. Escuchá. No se puede creer.

Lucía se arrima enseguida, siempre atenta a las cosas que José Luis le pide.

-¿Qué pasó? –pregunta.

-Se murió. Se murió el Viejo.

-Noooooo – grita sorprendida.

-Síiii, se murió. ¿Por qué será que nos sorprende tanto mi amor?

Lucía no responde. Mira absorta las imágenes que reproduce el televisor.

-Los que estamos muertos ahora somos nosotros – alcanza a decir José Luis Nell, pero Lucía no lo escucha. Sigue mirando lo que reproducen los informativos.

Se murió el Viejo. Al final, Juan Domingo Perón era como todos los mortales. Se vino a morir como cualquiera el 1 de julio de 1974.

José Luis Nell se pregunta por el sentido de haber hecho tanto para que el Viejo volviera. ¿Tanto esfuerzo para traer a un viejo para que se venga a morir a la Argentina? ¿Por qué la muerte siempre sorprende? ¿Por qué asombra que un viejo se muera, cuando debería ser lo más normal del mundo?

Había mucha vida puesta en él. Muchos proyectos, muchos sueños. Los jóvenes que se jugaron por él. Y de repente todo se va a la mierda. Y Perón no dejó un sucesor. Gobernará la Chabela, Isabel. Que está manejada por el Brujo.

¿En qué manos nos dejaste Viejo?, le reprocha José Luis Nell como si le estuviera hablando a su padre.

Primero no hizo el socialismo nacional por el que tanto lucharon y ahora se muere. Ellos que rompieron con los Montoneros, con esos trasnochados. Que fundaron la Juventud Peronista Lealtad para seguirlo a Perón, que ahora se viene a morir. ¿Cómo puede ser? Ellos que querían equivocarse con su pueblo, que lo ama. Querían seguirlo a donde los llevara.

¿Y a dónde nos llevaste?, se pregunta José Luis Nell, y se contesta a la tumba, irremediabilmente.

Las salidas, los caminos se cierran. Se sienten pendiendo de un hilo esos dos jóvenes, que quedan ahora con sus ojos absortos en el televisor. No tienen a quién seguir ahora. No pueden seguir a Isabel y López Rega que les siguen matando compañeros. No pueden estar con los Montoneros, que se convirtieron para desilusión de ellos en fierreros que mandaron al muere a tantos mientras se ocultan en la clandestinidad.

Son sólo fieles a Perón. Con Perón sienten que muere todo. Se acaba el sueño de la patria liberada, se muere la alegría de millones que lo fueron a recibir, que volvieron a vivir luego de 18 años. Luchar tanto para eso, para morir. Para morir con Perón. Es la triste realidad, la única verdad, como decía el Viejo.

Si Perón hubiera dejado de vice a Cámpora, como alguna vez lo reclamó la Juventud Peronista, estarían ahora un poco más aliviados. Pero no. Dejó a Isabelita. Los empujó al vacío de su soberbia. El Viejo se creería inmortal, porque de lo contrario no hubiera dejado a la Chavela de presidente. Perón estaba seguro de terminar el mandato, no pensaba morirse. Pero bueno, el destino se ríe de lo que planifican los hombres. Y también se rió de Perón. Pero los que se jodieron son ellos y el país. ¿Qué será del país ahora?

No tienen ganas de salir, pero sí de despedir al Viejo. De ver cómo en ese cajón van muchas cosas que pensaban, muchos sueños compartidos que nunca volverán. Pero que al mismo tiempo no los avergüenzan, y por eso lo quieren despedir y enterrar como a un ser querido. O más, como a una parte de sus propios seres muy querida. Una parte de ellos sienten que muere con Perón.

La marea humana es imponente. Es un espectáculo tan conmovedor que las lágrimas surgen iracundas e inundan cuerdas y más cuerdas.

Con el Viejo se mueren muchas ilusiones y un líder, una referencia. Muchos se jugaron tanto por una causa tan frágil, tan perecedera. Todo por un Viejo. Y sin embargo lo volverían a hacer.

-¿Y ahora? – pregunta Lucía entre lágrimas.

-¿Y ahora? Y ahora vamos a casa.

Lucía asiente resignada y se van entre tantos llantos, lamentos y conversaciones de curiosos. Porque hasta en los días más tristes no faltan las personas impertinentes que cuentan anécdotas y estupideces.

Con Perón se mueren muchos proyectos colectivos, ese ser trascendente, ese pueblo ya no se unirá nunca más detrás de un caudillo así. Habrá muchos peronistas de aquí en más, pero ninguno que atrajera a todo el pueblo argentino como Perón. Se acabó. Se terminó todo.

“Sin Perón no hay Dios”, había dicho una vez el padre Carlos Mugica. Lo había visto escrito en un conventillo cuando lo echaron en el 55. Ni Dios pudo impedir lo que era imposible que no ocurriera. No hay Dios que salve a este país.



-Este es mi último fin de semana.

Lucía lo mira con esos ojos que se desgarran pero luego se da vuelta y sigue con las tareas domésticas. Quizás ya no lo toma en serio. Está preparando un excelente guiso de lentejas. Tiene muy buena mano para la cocina. Es obstinada, trabajadora. De hierro. Y así continuaría por los siglos de los siglos. Otra mujer quizás se hubiera marchado hace rato. Y José Luis Nell siente que no puede permitir que ella desperdicie su vida así. Por eso quiere que sea el último fin de semana.

-Me tenés que entender, Negra. Es lo mejor para todos.

Ahora sí ella para de hacer las cosas. Se acerca a José Luis.

-No es lo mejor. Pensalo bien. Cuando nazca nuestro hijo todo va a cambiar. Peleala más. No te me caigas.

-No quiero que mi hijo me vea así. Me tenés que entender vos, che. ¿Te imaginás un pibe, o piba, lo que sea? No voy a poder alzarlo ni siquiera. Esto no va más, mi amor. Es una mierda pero no va más.

-Tendríamos que ir a otro médico. – propone Lucía.

-¿Para qué otro médico? Estoy podrido de operaciones, de rehabilitaciones que no sirven para nada. El doctor Matera fue bien claro. Los daños son irreparables.

-Está bien. Pero no pongas fecha todavía. Pensalo tranquilo.

A Lucía se le entrecorta la voz y se le llenan los ojos de lágrimas. Sabe que es cierto lo que él le dice. Es obstinada, se niega a veces a aceptar la realidad. Siempre intenta buscar una posibilidad, una salida, hasta cuando no la hay. Prefiere estrellarse veinte veces contra la misma pared.

José Luis Nell no tiene más ganas. Está harto de ir a médicos, de mover apenas una mano. O algún tenue movimiento de una pierna. Está cansado. Si en algún momento temió a la muerte, ahora no. Si le temía a la muerte antes era porque tenía motivos, cosas interesantes que vivir. Tenía miedo de dejar cosas inconclusas. Hoy no, siente que no se perdería nada si acaba con todo.

Si viera cosas lindas desde la silla de ruedas quizás no se mataría. Si viera a Perón haciendo el socialismo nacional, el hospital de niños en el Sheraton Hotel. Si viera la villa de Retiro o de Lanús convertidas en barrios decentes. Quizás se quedaría a ver eso, y decir que dio la vida para eso, para traer la felicidad al pueblo argentino. ¿Cómo se iba a perder de ver la concreción de sus sueños, los de toda una generación? ¿Cómo no iba a ver con gran alegría la concreción de todo

por lo cual lucharon? De ninguna forma se mataría. Moriría de felicidad, aún en esa silla de mierda.

Pero qué lejos están de eso. Y José Luis Nell ve los desastres sucederse sin poder moverse. Sin poder hacer nada. Mira a su mujer de acá para allá atendiéndolo. Que muchos amigos se mueren. Ve a las caras de la gente aterrorizada en el Policlínico Bancario. Los dos muertos. Inocentes, laburantes. Para nada. Si hubiera tenido un final feliz todo eso, podría haber dicho que murieron inocentes pero que fue el precio del socialismo, de la felicidad de los argentinos. Un precio que no se debería haber pagado pero que no se pudo evitar. Pero murieron para nada. Los mató para nada, se repite todos los días. Por inexperto, por temer a la muerte. Era demasiado joven para morir. Hoy no. Hoy la muerte es su única posibilidad, su única salida. Su único futuro posible.



Todavía retumba en sus oídos, lo agujonea la voz desesperada de Lucía pidiéndole que haga algo por José Luis. Pero Cacho Envar el Kadri sabe que una vez que su amigo toma una decisión es muy difícil que vuelva atrás. Pero va a tratar. Porque nunca se perdonaría no haberlo intentado. Una amistad se demuestra en estos momentos o no es nada, pura charlatanería. Intentará un diálogo, convencerlo de que tiene mucho por vivir, que tiene muchas cosas que enseñarles a todos. Él es la experiencia viva del revolucionario.

¿Qué no vivió? ¿Qué no pasó por buscar una patria liberada? Estuvo en todas y se la jugó siempre a fondo por la revolución.

Como compañero y amigo de militancia, Cacho no puede resignarse a un final así, tan triste. Le cuesta, le parece imposible acostumbrarse a

eso, a la derrota. No puede digerir que los sueños se hayan convertido en esa cruel realidad. En esa mierda.

¿A dónde quedó el socialismo nacional? ¿Por qué, General, no lo llevó a cabo? ¿Qué vino a hacer, viejo? ¿El socialismo de López Rega? Todo estaba listo, todo marchaba hacia el socialismo. ¿Por qué todo se complicó tanto? Si tenían a Cuba, a Chile, a China, la Unión Soviética. El mundo entero marchaba a la revolución inevitablemente, el sistema se caía a pedazos. ¿Fue una ilusión, un espejismo? ¿Qué carajo fue? No encuentra la respuesta Cacho, pero por eso murió un montón de gente y sigue muriendo. Y por eso su amigo quedó en esa silla de mierda. ¿Por qué no pudieron? ¿Por qué lo que les parecía posible, cercano, se alejó tanto, tanto que ya no lo pueden ver, ni siquiera imaginar? Ni siquiera soñar pueden. Ni siquiera pelear, más que pelearse entre ellos mismos. Dividiéndose los compañeros en miles de grupos inútiles. ¿Para qué? El sistema se las tiene jurada y ahora que está ganando no va a retroceder. Les importa un carajo a los sicarios si son montos, JP, JP Lealtad. Los fachos matan sin preguntar a quienes los molestan o creen que podrían llegar a molestarlos.

No puede Cacho resignarse a que José Luis muera así. Con él se iría parte de su vida, de su militancia de muchos años. Son veteranos de treinta. Y sí, vivieron muchas cosas y pasaron muchos momentos duros. Pero hay que seguirla peleando. Cacho recuerda al José Luis que nació para pelear, para no conformarse. Lucía dijo que se quiere matar y no puede creerlo hasta no verlo. Porque es increíble que sea cierto.

¿Cómo se va a matar alguien como él, que se llevaba el mundo por delante, que no flaqueó ante nada, que mil veces estuvo preso, perseguido, clandestino, que siempre pudo salir a flote de alguna manera?

¿Qué pasa, compañero, dónde quedó eso que eras?, se pregunta Cacho. Lo pueden herir, lo pueden hacer pelota como lo hicieron, pero no hacerlo olvidar de lo que era y de lo que es.

Ahí está la puerta. Vacila un momento, no se decide a golpear. Prefiere en esos instantes seguir pensando que su amigo la sigue peleando contra viento y marea, que Lucía quizás se equivocó en un momento de desesperación.

Pero tiene que golpear. El deber de amistad y el inmenso cariño que los une se lo impone, aunque no quiera. Aunque no tenga ganas.

Golpea despacio, indeciso, como pidiendo permiso.

-Ya va.

Es la voz de Lucía. Cacho escucha que susurran algo detrás de la puerta y pasos que van y vienen. La puerta se abre. Lucía deja ver unas ojeras de días, años sin dormir. Agotada, las fuerzas parecen haber abandonado su cuerpo por completo. Es una muñeca desanimada. Sigue siendo bella sin embargo. José siempre con buen ojo para las minas, se dice Cacho. Es impresionante el levante que tiene.

-Pasá Cacho. Disculpá que tardé. ¿Cómo andás?

Lucía se pone la cartera preparándose para salir. La panza ya se le nota un poco. José Luis seguramente le pidió que se mande mudar no bien llegue su amigo. Antes de irse le dirige una mirada de súplica a Cacho. Viene a ser él una tabla de salvación, una última esperanza o intento de salvarlo. Lucía da media vuelta y desaparece como tragada por su tristeza.

-Vení Cacho.

José Luis Nell está en su silla de ruedas, ligeramente inclinado hacia la derecha. Está bien aseado, luce impecable, recién afeitado. Se ve que Lucía lo preparó por la visita que iba a recibir. Y a Cacho le viene la imagen de ayer, cuando tomó el teléfono y le dijo que lo quería

visitar, que hacía mucho que no lo veía. ¿Qué le iba a decir, que lo llamaba porque su mujer lo había buscado desesperada? Lo hubiera mandado a la mierda. Vení mañana, Cacho, te espero le dijo José Luis.

Cacho se acerca y lo abraza muy fuerte inclinando su cuerpo sobre la silla de ruedas. José Luis le corresponde con un movimiento ligero de su brazo derecho haciendo el gesto de acompañar el abrazo. Ni eso puede hacer.

¿Cómo, hermano, terminaste así? ¿Por qué a vos y no a mí? Estuve como vos en tantas, se dice Cacho en esos primeros momentos. ¿Quién decidió que te tocara esto a vos?

-Hace tiempo que no te veía. Quería ver cómo andabas.

José Luis Nell lo mira con cara de saberlo todo. Es que seguro lo sabe. Pero no lo dice.

-¿Cómo puedo andar? No puedo ni abrazar a un compañero, a un amigo.

-Vas a salir de ésta, José. Vos zafaste siempre de todas. Tenés que seguir intentando.

Hace poco el doctor Matera le quitó las pocas esperanzas que había. Podía hacer rehabilitación, pero se podía lograr poco, muy poco. Y José Luis Nell nunca fue un tipo de conformarse con poco. Siempre todo o nada. Hoy, es nada. Sólo la nada.

-Esto es distinto, Cacho. Acá no hay forma de pelearla. Si hubiera aunque sea un mínimo de posibilidades lo haría. Vos sabés que yo no arrugo, y que siempre di pelea. Pero no tengo ganas, me hinché las pelotas. No puedo ir años a rehabilitación para lograr mover un poco la mano, o un poco las piernas. No es que no quiera, no puedo.

-Sí que podés. Vos pudiste cosas peores.

¿Qué estás diciendo, José?, se pregunta Cacho. Si vos te fugaste hasta de Punta Carretas, de un penal de máxima seguridad. Te escapaste de

Tribunales, delante de las narices de los canas, burlándote de ellos, cagándote de risa en su cara. ¿Vas a decir que no podés, aunque sea, intentarlo? Y no, parece que no puede.

José Luis lo saca del trance mirándolo a los ojos. Va a decir algo mortal, terrible, como un disparo a la sien.

-¿Vos sabés Cacho lo que es que tu mujer te asee, te bañe, que ni eso podés hacer? ¿Sabés lo que es que te tengan que preparar la comida, alcanzarte lo que querés? ¿Sabés lo que es no poder moverte? Esas cosas que cualquiera hace tan naturalmente, como comer, como coger. Nada es natural para mí, no puedo hacer un carajo. Estoy hinchado las pelotas.

Y Cacho sabe que tiene razón. Es cierto lo que dice. Él no está en su situación y por eso es que vino a intentar convencerlo de que no se mate. Porque lo quiere, lo puede querer y apreciar un montón. Puede ser su mejor amigo y José Luis el de él. Pero nunca va a entender su dolor porque no lo está viviendo. Es así. Lo puede ver, le da una impotencia terrible, pero no lo siente como él. Nunca lo va a sentir así porque no le pasa. Y, sin embargo, intenta no decirlo. Darle la razón a José Luis sería matarlo, y él vino o quiso venir para salvarlo.

-La vida tiene sus vueltas. Te tenés que tomar un tiempo para pensar bien lo que querés hacer. No te tenés que apresurar, quizás es una calentura del momento. Yo estoy seguro que tenés muchas cosas que vivir todavía, y nos podés enseñar a todos tus amigos, a todos tus compañeros de militancia muchas cosas. Te necesitamos, José.

José Luis Nell se ríe. Mira a su amigo con ojos serenos. Demasiado serenos para ser él. Siempre su mirada irradiaba fuego, fuerza. Hoy no.

-¿Qué voy a ser, un consejero? ¿Un viejo sabio? ¿El ejemplo viviente de las cagadas que no hay que hacer? ¿Qué puede aconsejar un inválido? Al contrario, los compañeros van a decir: “Mirá cómo

terminó este". ¿Qué carajo habrá hecho para terminar así? Y la verdad que sí, hice mis cagadas. Y las estoy pagando.

-Todos hicimos nuestras cagadas. Vos tuviste mala suerte. Lo mismo que te pasó a vos me podía haber pasado a mí o a cualquiera.

-Pero me pasó a mí. Por algo será. Las cagadas que uno se manda en la vida no tienen vuelta atrás, Cacho. Yo derramé sangre de gente inocente. Eso no explica lo que me pasó, pero lo vuelve merecido.

¿Qué vas a merecer vos eso?, se indigna Cacho. Toda una generación creyó en la lucha armada. ¿Cómo iban a tirar si no al capitalismo? ¿Es que se merecen la sucesión de catástrofes que no dejan de pasarles? ¿Es que buscaron que los sicarios de López Rega se entretengan matándolos? ¿Es que merecen entonces la muerte, por haber creído en la lucha armada y la revolución? No es momento de hacerse tantas preguntas, sí del consuelo. José lo necesita hoy más que nunca. Y Cacho lo intenta.

-No, vos no te merecés esto. Nadie se lo merece.

De poco sirve lo que dice Cacho si José Luis tiene algo que no le puede sacar: la culpa. Esa mañana en el Policlínico lo sigue atormentando aún hoy. No se olvida más.

-El otro día recordé muchas cosas. ¿Te acordás de las canciones que tarareaba la JP? Perón/Evita la patria socialista, Si Evita viviera/ sería montonera. ¿Hubiera sido montonera Evita?

-Qué se yo. Pero lo hubiera dejado gobernar al viejo. Eso seguro – afirma Cacho.

José Luis sonríe ante su respuesta. Pero no parece conforme.

-Sí, nosotros nos mandamos nuestras cagadas. Los Montos no paran de hacerlas, la puta que los parió. Todo se fue a la mierda.

-Tenés razón, pero todavía se puede pelear. La militancia sigue adelante, José. Vos podés todavía hacernos un gran servicio a todos,

aconsejándonos y hasta dirigiéndonos. La JP Lealtad la hiciste vos, no la podés dejar.

-La JP Lealtad se fue con el Viejo a la tumba. Éramos leales a Perón. Sin Perón, se terminó. ¿Vamos a ser leales ahora a Isabel, que se preocupa por matarnos?

Es notable que no pierda su lucidez. A Cacho lo sigue sorprendiendo. La situación actual del peronismo es realmente para morir. Cacho siente que sólo le falta el coraje para seguir la determinación de su amigo.

-La única salida que tengo, Cacho, es pegarme un tiro en la cabeza. ¿Qué puede oponer a eso? ¿Qué salida va a poder enseñarle? ¿Cómo poder a ayudar a alguien que parece tan decidido? Sin embargo lo intenta, sin convicción.

-No, no es la única salida. Puede haber otras alternativas. Tenés que darte tiempo.

-¿Te escuchás lo que decís, Cacho?

José Luis Nell lo mira como diciendo: Pero boludo ¿de qué me estás hablando? Se conocen demasiado como para engañar al otro con estupideces. Después retoma, cortante.

-No hay tiempo, Cacho. Mi tiempo se acabó.

-Vas a tener un pibe, José.

Dijo la frase sin pensar. Como un manotazo de ahogado, un último recurso sabiendo que todo está perdido. José Luis la asimila como un golpe en la sien, como un cuchillo en las costillas, que lo sacude, que lo inquieta, que lo indigna. Tiembla levemente. Cacho está demudado. ¿Cómo explicarle, cómo remediar la culpa que tiene de haber dicho eso? Pero ya es tarde. No le alcanzará la vida para pedirle perdón. Todo para su egoísta deseo de salvarlo. Quiere que la tierra se abra y lo trague.

-¿Vos querés que mi pibe me vea como al pelele que soy? Prefiero que a mi pibe le lleguen mis recuerdos como anécdotas de cuando estaba vivo de verdad, no en esta silla de mierda. Quiero que Lucía le diga tu papá hizo de todo por la vuelta de Perón, fue un militante, tuvo muchos errores pero unos huevos así de grandes. No creo que le digan lo de los errores. Eso sólo lo pienso yo. Prefiero que entonces mi pibe pregunte quién fui, qué hice, y que le cuenten que me rajé de Tribunales y Punta Carretas. Que su papá era un tipo bravo, que peleó siempre por su libertad y la de todos. ¿Me entendés?

-Sí, te entiendo.

¿Y cómo no lo va a entender? Si los amigos sirven para algo es para eso, para entender y acompañar. Si no, no son verdaderos amigos.

-Necesito pedirte un favor, Cacho. Un último favor.

-Lo que quieras, José.

-¿Sabés que pasa, Cacho? Mi estado actual no me permite ni siquiera matarme.

José Luis lo mira para ver si lo sigue, dada la expresión de asombro que muestra el rostro de Cacho. Como diciéndole: ¿me seguís, boludo? ¿Estás acá o volando?

-Necesito que me ayudes a cumplir mi última voluntad. Ayúdame a matarme.

Nunca la vida da respiro. Cacho no podía aspirar a convencer a su amigo, sabía que era inútil. Era solamente intentarlo por la amistad que los unió siempre. Porque para Cacho que se mate José Luis es morir un poco con él. Un poco no, mucho. En la puta vida siente que va a encontrar un compañero con su imaginación, su voluntad, sus huevos. Un tipo que le pone el pecho a las balas como él. Nunca más. Pero una cosa es irse derrotado porque su amigo se va a matar, y otra bien distinta ayudarlo a matarse.

No podés pedirme eso, José Luis, se repite.

¿Quién iba a pensar esto hace tan poco, el 25 de mayo de 1973, cuando los sueños parecían volverse realidad? Cuando la patria socialista parecía al alcance de la mano. Había que estirla apenas, y tomarla. Los milicos se rajaban como cobardes, como giles. Estaban derrotados, los habían hecho mierda. De eso no se iban a recuperar más. En la Plaza millones de jóvenes, todos celebrando. Era la Historia. La marcha irrefrenable del país al socialismo. Ahí estaban los presidentes hermanos de Chile y Cuba saludándolos y diciendo que sí, que el socialismo se venía. Que no había forma de pararlo. ¿Quién iba a poder contra esos millones de pibes, contra esa fuerza incontenible de la juventud, contra esa avalancha revolucionaria? Nadie sabía que el enemigo iba a surgir del lugar menos pensado, para matarlos a todos. Que los verdugos, escondidos en la oscuridad, iban a venir por sus vidas una por una. Porque el demonio no viene por todo, va tomando las vidas de a una, una vez que la avalancha, que la masa se dispersó. Están indefensos, cada uno arrojado a su desastre. Y Cacho tiene que ayudar a ejecutar el último acto de la vida a su amigo. Aunque le duela en el alma, lo tiene que hacer. Porque es el amigo. Hasta el final.

José Luia, extrañado de que no respondiera, pregunta:

-¿Me oíste, Cacho? ¿Me vas a ayudar? ¿Puedo contar con vos?

La respuesta es un abrazo sentido, y las lágrimas ruedan hacia el suelo en un impetuoso torrente, empapándolos y acariciando sus quejidos de dolor. Las palabras sobran. Por supuesto que lo ayudará. Hará lo que le pida, es lo menos que puede hacer. Es lo único que puede hacer.



Es inevitable pensar si uno está haciendo las cosas bien o mal. Siempre hay tiempo para arrepentirse, para revertir las decisiones, aún las más maduras dentro de uno. Y uno se pregunta si no podrá hacerle, en el último momento de su vida, un servicio a la patria. En vez de morir en el anonimato, en una estación abandonada, con los diarios ignorándolo completamente, podría adquirir notoriedad matando, por ejemplo, a López Rega. Y si no lo logro, dedicar los últimos instantes de la vida a intentarlo. Para eso habría que estudiar sus movimientos, los actos en los que participe siempre atrás de la Chabela, siempre de guardaespaldas, como una sombra, como si ella no pudiera existir sin él. Lo triste es que ella es la Presidente de los argentinos. Lo patético es que el Viejo se murió y nos dejó en estas manos inexpertas. Y asesinas. Porque, no sé si a instancias del Brujo o por vocación propia, Isabel no hace nada por evitar que López Rega vaya matando a todos. Matan en cualquier lado, por la calle, irrumpen en casas de familia, fusilan a militantes de la Juventud Peronista que jamás habían tocado un fierro.

Habría que estudiar los movimientos de Isabel para saber los del Brujo. En una verdadera labor de inteligencia, estudiar los diarios, los lugares a los que acudirá la Presidente. En su reducto es todo muy difícil, con sus alcahuetes armados pertrechados junto a su oficina del Ministerio de Bienestar Social.

Me acuerdo cuando la Juventud le pidió al General:

“El pueblo te lo ruega, queremos la cabeza del traidor de López Rega”

Y el Viejo lo nombró de enlace para comunicarse con la Juventud. No le importó un carajo. ¿Quiénes eran esos pendejos para desafiarlo a él? ¿Pibes de 20 años le iban a explicar lo que tenía que hacer, le iban a señalar a los traidores?

No, los traidores son ustedes, pendejos de mierda. Voy a hacer lo que yo quiera, y el que no obedece es traidor. ¿A quién quiere el pueblo

argentino, a esos jóvenes o al general Perón? ¿A Firmenich, a Galimberti o a Perón? Déjense de joder, entonces.

Un trabajo de inteligencia prolijo, conocer sus movimientos, sus costumbres, su modo de proceder. Buscarle el punto flojo, porque aún los hombres más seguros cometen en algún momento un error, porque subestiman el peligro y se creen muy poderosos. Y darle el golpe ahí, acabar con el infame sin importar que luego acaben conmigo, si en realidad ya estoy muerto. Ver su cara de asombro en el último momento, cuando me vea desenfundar el arma, apuntándolo. Observar cómo la careta de hombre poderoso se desploma y deja ver un hombre con miedo, indefenso, desesperado, sin tiempo para nada. Porque no hay tiempo ni para gritar, ni para abalanzarse sobre ese parálitico ridículo, indigno de ser su verdugo. Imagino que sentiría vergüenza de ser ultimado por un desvalido y que todo el mundo se entere de eso, y salga en los diarios. “López Rega, asesinado por un extremista en silla de ruedas”. Eso podría titular algún diario que no tenga simpatía por él. Otro, más partidario, diría: “José López Rega fue ultimado ayer por José Luis Nell, líder de una agrupación extremista”. Y entonces descargarle un balazo en esa pelada lustrosa, que brilla como un mármol. Y ver que pierde el equilibrio, y que la sangre corre a torrentes en su despacho del Ministerio de Bienestar Social o de donde carajo sea, manchándolo todo, incluso las listas de las futuras víctimas de la Triple A. O, si fuera en otro lugar, la sangre correría sobre baldosas o se impregnaría en el pasto y la vegetación de algún patio de la Casa de Gobierno. Y los ojos hundidos, con la mirada que se va, que se pierde para siempre. Y López quedaría mirando el cielo, como pidiendo explicaciones al Padre Celestial.

Y luego esperar la balacera de los custodios con una sonrisa en la boca, como el Che en la Higuera. Y los medios sensacionalistas mostrando la fotografía. Y un entierro formal para López, ceremonioso,

con todos los honores de la policía y de los poderes del Estado. Isabel llorando, compungida. Su rostro retratado en todos los semanarios. Y los canales oficiales caracterizándolo como un servidor de la patria, como un luchador desinteresado y abnegado. Y peronista. Y en esto último no faltarían del todo a la verdad. Porque peronista es peronista. Secretario de Perón, de Isabel. Ministro de Bienestar Social.

Y sus amigos asesinos lo llorarán. Una vez repuestos, que no puede demorar más de uno o dos días, saldrán a la caza de zurdos. Investigarán y encontrarán los datos de la familia del verdugo para ir amasijándolos de a uno. Incendiarán, torturarán, fusilarán a decenas de militantes de la juventud peronista de todas las localidades del país. Y los diarios oficiales presentarán los hechos como protagonizados por grupos extremistas, culpando a las víctimas como siempre. Y la triple A encontraría otro jefe seguramente con menos principios que López Rega. Lo que es decir mucho. O sea, un tipo al que no le importe absolutamente nada, y que oficialice a la organización como una dependencia del Estado más. Y jure al asumir su jefatura sobre los santos Evangelios, y siguiendo el ejemplo de López Rega. Y vendrán por Lucía y su bebé, que en la panza no puede esgrimir ninguna defensa. Y la matarían sin importarles dónde ni cómo ni cuándo. Y a muchos compañeros. O a conocidos. Todos son potencialmente peligrosos, hay que arrancar el problema de raíz para que los zurdos no se vayan a reproducir. ¿Qué van a ser peronistas estos zurdos de mierda? Son zurdos, no son ni personas. Hay que matarlos a todos.

No vale la pena, entonces, intentarlo. Ahí viene el tren.

Entonces, un disparo.

El tren y una sociedad ciega que siguen, indiferentes a la muerte, que ha dejado de llamar la atención por haberse convertido en un hecho tan natural como el rocío o la humedad porteña. Es el 9 de septiembre de 1974.

Y la Argentina que sigue el tránsito irrefrenable hacia lo peor.



Hoy se cumple el aniversario de que te marchaste, mi amor. Para mí es como si hubiera sido ayer, ya no tengo noción del tiempo. Me duele tanto lo que hiciste que siento que fue hace poco. Dicen que el tiempo cura todo pero nada. A mí no me curó, yo sigo igual o peor que hace un año.

Te traigo una flor acá para demostrarte que nunca me olvido de vos. Para decirte que te amo a pesar de todo. Te dije que no sabía si me iba a recuperar de tu decisión. Y no pude. Aunque la peleo, estoy triste. Sigo yendo a Retiro, sigo trabajando en la villa, pero sin vos todo es distinto. Sin vos todo es peor.

Muchas cosas pasaron que por suerte no viste. Perdí al embarazo, a nuestro hijo. Murió antes de nacer, al poco tiempo de que vos te fuiste. Agradezco que vos no estuviste para sufrir eso. La decisión que tomaste te ahorró por lo menos ese sufrimiento. No podías seguir sufriendo, mi amor.

El destino se ha empeñado persiguiéndonos para hacernos sufrir. Murió la única esperanza de poder volverte a ver a través de él, de nuestro hijo. Es horrible. Cuando lo perdí, sentí que te perdía a vos también para siempre. Esperaba reconocerte en algún gesto suyo, en los rasgos de su carácter, en su físico. Pero no. Entonces me propuse venir a verte más seguido por temor a olvidarte. Nuestra historia de amor no puede quedar en la nada, como si nunca hubiera existido. No

puedo resignarme a eso. Parecíamos tan jóvenes, inmortales con el amor que nos teníamos. Nuestro país iba a realizarse con la vuelta de Perón y nosotros íbamos a vivir felices en nuestra familia dentro de una patria liberada. Nada de eso pasó.

La vida, el destino fue muy cruel con nosotros. Digo la vida, digo el destino porque si digo Dios le tengo que decir que no existe. Que no puede ser que exista y haya dejado que todo suceda así. Que suceda Ezeiza, que pierda el embarazo. Me parece demasiado. No lo merecíamos. Nadie merece esto que nos pasó mi amor.

¿Mucho pedir era formar una familia en paz, con amor? Me hago preguntas muy burguesas. Nosotros sacrificamos lo nuestro porque queríamos un país feliz. No queríamos vivir en una isla, en la nuestra. Lo pudimos haber hecho, como tantos. Pero no nos interesó nunca. Nos jugamos por un país mejor. Nos mandamos miles de cagadas. Y no fuimos los únicos que sufrimos. Muchos compañeros murieron y siguen muriendo. Menos mal que no estás para ver lo mal que van las cosas. Va todo muy mal, mi amor. Horriblemente mal. Te extraño horrores. Y no me resigno a olvidarte. A veces miro la puerta y siento que vas a volver, que me abrazás. Que me besás. Te veo en cada rincón de la casa. Todavía no conseguí un macho como me pediste. Te amo a vos. Por siempre. Soy tuya, seré tuya siempre. Tu Lucía.